

A woman with long brown hair, wearing a vibrant red, long-sleeved, floor-length dress with a black waistband, stands in a misty, foggy cityscape at night. A large, bright full moon hangs in the sky above her. The background shows the silhouettes of buildings and a street. The overall mood is mysterious and atmospheric.

de

A decorative border of intricate red and black floral and geometric patterns frames the title. The patterns include stylized flowers, leaves, and circular motifs, creating a rich, textured effect.

**La sombra  
de la araña**

Lectulandia

**AMAYA FELT**

Mi nombre es Victoria. Era una estudiante más de tercero de la ESO hasta que me dieron una beca para un internado en el Pirineo y me tocó compartir cuarto con la alumna más odiosa y rica de mi instituto. Pero ni ella, ni sus amigas, ni el chico que parece empeñado en sacarme de mis casillas son nada comparado con mi primer examen: desde la planta más alta, salir del edificio. Algo que sería sencillo si no fuera porque intentan matarnos por el camino.

El internado esconde un secreto. Algo oscuro. Algo que parece buscar devorarnos a todas.

**Lectulandia**

Amaya Felices

# **La sombra de la araña**

**La sombra de la araña-1**

ePub r1.0

fenikz 04.09.16

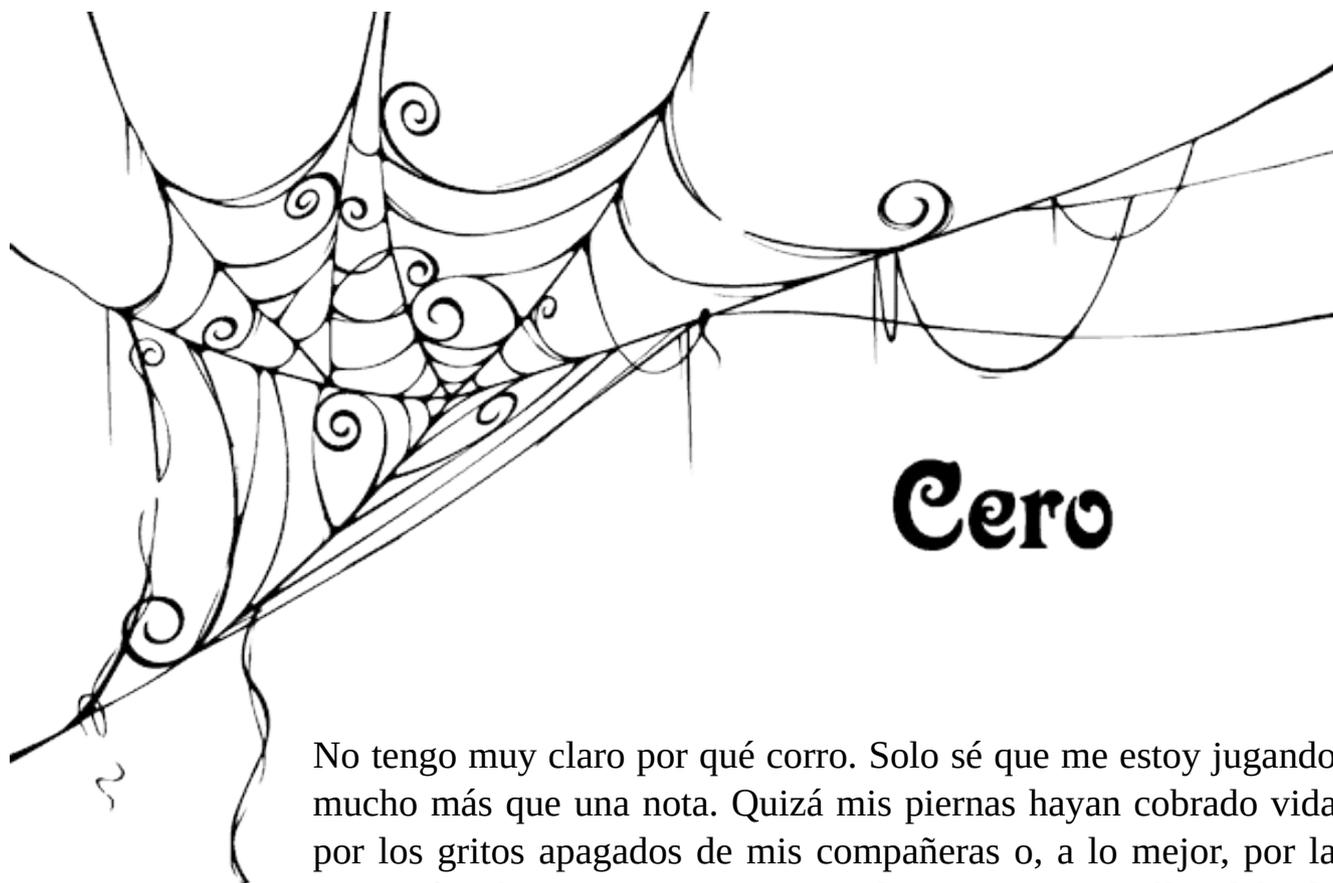
Amaya Felices, 2011

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



## Cero

No tengo muy claro por qué corro. Solo sé que me estoy jugando mucho más que una nota. Quizá mis piernas hayan cobrado vida por los gritos apagados de mis compañeras o, a lo mejor, por la sensación de que no estamos solas en este pasillo del ala prohibida. Hay algo en el ambiente, algo que lleva semanas fraguándose, que me hace sentir que el mal ya no está de vacaciones.

No recuerdo que las paredes fueran tan estrechas, ni las sombras entre las lámparas tan densas. Por suerte Kate avanza delante de mí. No nos llevamos muy bien pero juntas quizá logremos salir del internado.

—Kate, espérame —grito.

Y no puedo evitar asustarme ante el tono agudo de mi voz, como si llamar la atención fuera peligroso.

—Olvídame, perdedora —me contesta, tan odiosa como siempre, mi compañera de cuarto—. No tienes ni idea de lo que es esto.

Ni siquiera se vuelve a mirarme.

Abro la boca para protestar. Y la cierro. Poco a poco, mis piernas dejan de impulsarme hacia delante, las baldosas del suelo parecen aumentar su densidad alrededor de mis deportivas. Es un visto y no visto. Algo, de una forma demasiado aberrante para poder entenderla, sale de una de las sombras del techo, dispara un apéndice con garras hacia Kate, le secciona la garganta y la arrastra hacia arriba. Desaparece en la oscuridad que se apodera aún más de las desperdigadas luces, en medio de un escalofriante «glup». Otra de esas criaturas se descuelga cerca de mí.

Grito. Grito y recupero el control de mis piernas, dejándome parte de las suelas en las baldosas. Pero aquello es rápido. Me giro. Estoy asustada. No entiendo lo que está pasando pero no pienso morir como una cobarde. Aprieto los dientes. Entonces aparece él. Él. Que me empuja, que se coloca entre ese ser y yo.

Él...

Está tan imposiblemente arrebatador como siempre. Mi corazón palpita traidor con la idea de que va a salvarme. Lleva una espada y con un tajo demuestra que sabe usarla. La cosa se desintegra en una nube que huele a huevos podridos.

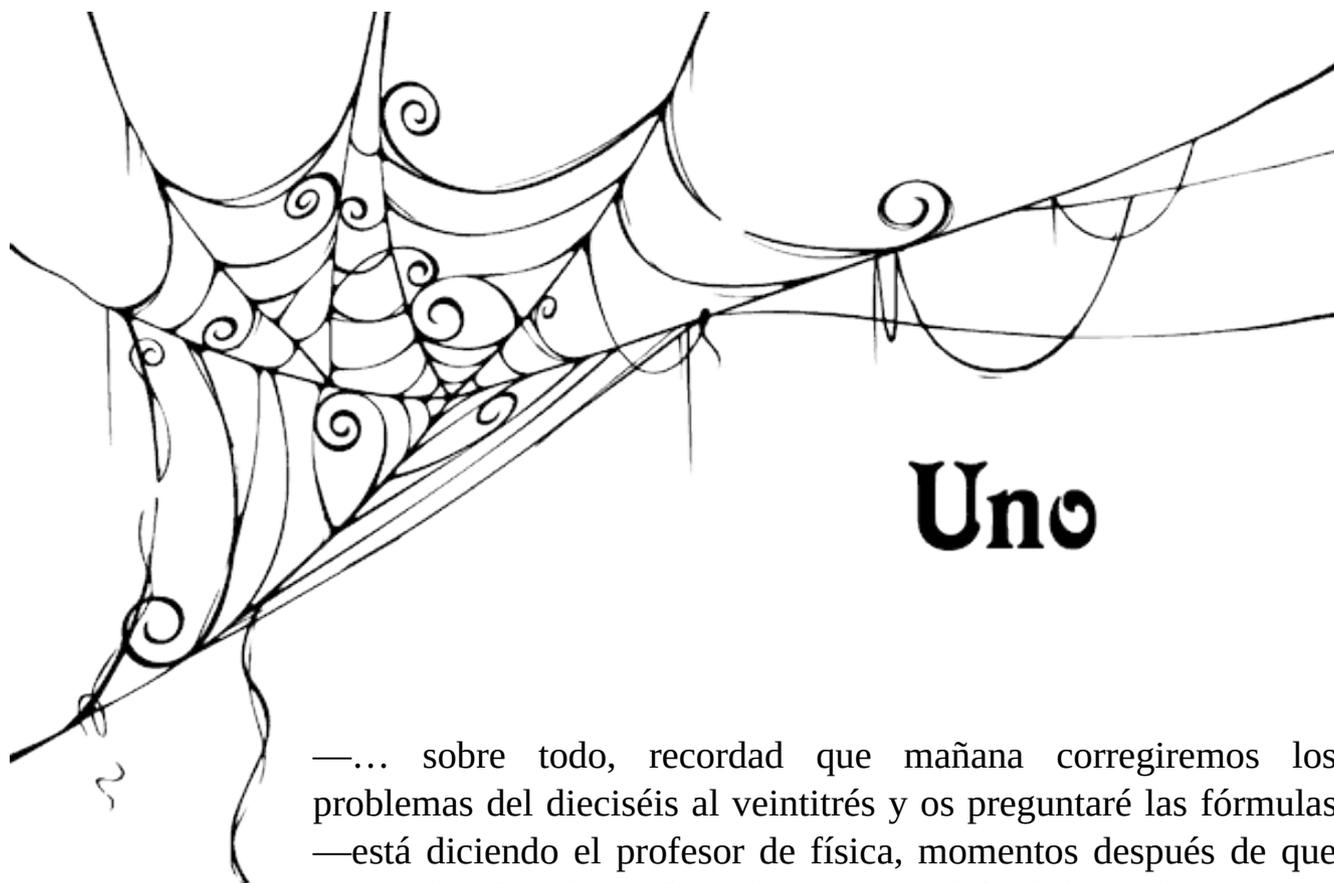
«Víctor...» —suspiro, como una boba.

No puedo evitar fijarme en la soltura con la que porta el arma o en el brillo de sus ojos azules mientras extiende el brazo hacia mí, ofreciéndome una salida.

—¿Otra vez? —Retira burlón su mano tendida antes de que la mía la alcance—. ¿De verdad crees que voy a sacarte de aquí? Solo venía a despedirme. Me decepcionas —silabea desdeñoso—, esperaba mucho más de ti. ¿No sabes enfrentarte a un demonio menor? Después de todo, va a ser cierto lo que dice Paula. Que no eres digna de mí.

Me sonrío. Un gesto sarcástico que pese a todo hace que los nervios revoloteen en mi pecho, bajando hacia mi desayuno. Es tan guapo... incluso cuando lo odio. Y tan silencioso como ha venido se va, apenas resonando sus confiadas pisadas por el pasillo.

Un demonio... Absurdo. Las lágrimas mojan mi jersey, gotas de humillación. No debería haber vuelto a pensar que le importo. Y corro. Sin rumbo. En vano. Aparece otro de esos seres delante de mí, esgrimiendo una sonrisa hambrienta en las desdentadas encías de su agonizante boca. Él me ha rechazado, ese cretino engreído ha vuelto a burlarse de mí. La rabia se pelea con el miedo en mi estómago. Me doblo hacia delante apretándome la tripa con un brazo. Voy a vomitar. Mientras unos tentáculos se alargan hacia mí, no puedo evitar preguntarme qué será más difícil de limpiar de mi ropa, si el vómito o la sangre. Aunque tampoco es que nadie vaya a querer de recuerdo lo que quede de ella.



## Uno

—... sobre todo, recordad que mañana corregiremos los problemas del dieciséis al veintitrés y os preguntaré las fórmulas —está diciendo el profesor de física, momentos después de que suene el timbre de las dos, el que marca el final de la clase.

Como siempre, solo los de la primera fila le estamos escuchando todavía. Deberíamos estar sentados por orden alfabético, pero lo cierto es que nos deja colocarnos a nuestro aire siempre que no molestemos demasiado. En cuanto a los demás, están recogiendo o abalanzándose con sus mochilas hacia la puerta. Acabo de anotar los deberes en la agenda y la guardo junto con el boli, el cuaderno de física y el libro. Me despido con un impersonal «hasta el lunes» del profesor y me reúno con mis amigas que, para variar, me están esperando en el pasillo.

—¡Por fin Tory!, qué lenta eres... —se queja Ana, mi mejor amiga, al tiempo que alisa su falda con sus uñas nacaradas—. Si te sentaras detrás con nosotras, no tendríamos que esperarte.

—¿Y privarte del placer de quejarte a gusto? —Le sonrío.

Me llamo Victoria pero, desde que a los doce Ana decidió que era un nombre demasiado serio, todos me llaman Tory. Menos mis padres, claro.

—Tía, eso sí que sería grave, ¿eh? —bromea ella mientras me da un codazo amistoso.

—¡Menudas amigas que tengo! —protesto poniendo los ojos en blanco—. Venga, ¡a casa a comer rapidito que después tenemos la fiesta!

—¿Fiesta?, ¿así llamas a una aburrida entrega de becas? ¿O quizá a ver como «las clónicas» se pavonean delante de todos para demostrar lo dignas que son de ir al internado?

La verdad es que desde que se ha hecho público que la prestigiosa academia para señoritas Belynda ha abierto un nuevo centro en el Pirineo oscense y que el único

modo de acceder es mediante becas... bueno, estamos todas preguntándonos si seremos una de las afortunadas que logren entrar. Me gustaría poder dárme las de adulta y decir que yo estoy por encima de todo eso, que entrar en una institución cuyas sedes en Francia, Inglaterra, Alemania y Suiza han llegado a tener incluso alumnas de la realeza no me importa en absoluto. Pero lo cierto es que, por muy madura que quiera parecer (más que nada para complacer a mi madre), no lo soy. Así que sí. No me importaría en absoluto ser admitida en un internado donde a lo mejor podría conocer a la hija de algún artista famoso. Y para no avergonzarse a esa parte racional que tanto se esfuerzan por cultivar mis padres, valoro el hecho de que todas sus graduadas obtengan muy buenos trabajos. En fin, no es que crea que vaya a acabar trabajando como directora de una revista de moda o ejecutiva de una gran compañía, pero tampoco puedo negar que pensar en una beca que me permita estar allí durante cinco años acelera mi pulso. Además, dudo que allí tengan tantas normas como en mi casa.

María, la otra integrante de nuestro trío inseparable, interrumpe mis, por llamarlas de algún modo, elucubraciones.

—Andaaa, ¿es que no te gustaría ser elegida? Imagina la cara de Paula «soy súper-guay-importante» —matiza con voz de falsete— si te eligieran en vez de a ella.

La imagen de Paula, la autoproclamada líder de su grupo de clónicas, frunciendo su impecable rostro maquillado, me hace sonreír. Pero de inmediato imagino a Ana y a María como nuevas víctimas de sus bromas crueles en lo que resta de curso, solo por ser mis amigas, y la diversión se corta de raíz. Siempre es mejor que esas brujas no se fijen en una.

—En todo caso, no sabemos qué criterios han seguido para dar las becas —les recuerdo—. Puede que hayan comunicado que van a elegir a varias alumnas de este instituto, pero si se fijan en cosas como el dinero las candidatas son Paula y sus amigas, no nosotras.

—Te recuerdo, guapa, que es absurdo dar una beca a alguien que ya tiene dinero —me comenta Ana mientras se dirige hacia la salida del instituto.

—Vale, pero no hay otro modo de entrar y no creo que a sus influyentes padres les agrade que se quede fuera.

Todos sabemos que, en realidad, ella es la única de familia realmente adinerada de su grupo. Las demás, exceptuando quizás a Gema se limitan a intentar imitarla. De ahí que nosotras las llamemos las clónicas.

—Puede —está de acuerdo María—. Pero que abran el centro en España nos da una oportunidad que no teníamos. Y estudiar allí es como mínimo un trabajo muy, muy bien pagado. Y estatus social. ¿Qué te crees que le debe recordar a esa su mamá desde que usa sostén? Y aunque ya sé que a ti no, la mía lleva un par de años la mar de pesada: «destaca en algo, hija, en lo que sea, a ver si cuando abran el internado les llamas la atención y te dan una beca» —parodia, aminorando aún más el paso.

En ese momento, estamos pasando por delante de los baños, cuya puerta está

abierta. Nos veo reflejadas en el espejo: yo algo más alta que ellas, María un poco «menos delgada» (como le gusta matizar) y yo la única castaña. Las dos tienen la suerte de tener un precioso pelo rubio oscuro.

—Tía, que tu madre se pasa... —bufa Ana.

—Además —continúo yo con su línea de pensamiento—, no creo que obsesionarse con entrar a una institución tan exclusiva sea bueno. Primero porque seguro que no lo conseguimos y segundo ¿se te ha ocurrido que si te eligen no nos verías, ni tampoco a tu familia, durante cinco años? —me pongo seria de repente.

Si María va a comenzar a hacer caso a su madre, más vale que no sea en esto.

—¡Qué tonta eres, guapa! Ya sé que no voy a entrar pero soñar es gratis. Y a vosotras os echaría de menos. ¡Pero a nadie más! Como si no ver a la petarda de mi hermana que siempre está intentando jugar con mis cosas fuera algo malo... Claro, que tanto tiempo sin chicos es otro cantar.

—¡María...! —finge escandalizarse Ana—. Tú siempre pensando en lo mismo...

—Ey, yo no tengo la culpa de que vosotras dos, mojigatas, aún no hayáis salido con nadie.

—¿Salir con alguien? —No puede evitar inmiscuirse Paula en la conversación al oírlo al pasar a nuestro lado—. ¡Como si alguien quisiera salir con vosotras, niñas!

—Mira quien fue a hablar —bufa María—, la reina de las citas. —Noto cómo se muerde la lengua para no decir «putas».

No conviene hacerlas enfadar. Son muchas. Todavía recuerdo cómo le hicieron la vida imposible a aquella pobre chica china que osó contestarles mal.

—Por supuesto, pequeña. Te diría que no fueses esta noche a la fiesta pero entonces no verías mi triunfo. Al menos, hazte un favor y no te molestes en arreglarte. —La mira con desdén de arriba a abajo, desde la longitud imposible de sus largas pestañas rizadas—. Ya sabes lo que se dice de las monas vestidas de seda... —Se acaricia sonriente su rubia melena platino y pasa de largo, seguida por su grupo.

Excepto por lo de solitarias, las clónicas me recuerdan a las garzas. Estiradas, esmirriadas, de pico peligroso. Qué poco me imaginaba en ese momento que Paula iba a parecerse en algo más a esas zancudas de piernas largas, pues iba a dejar de ir en grupo. O, menos aún, que su nueva mejor amiga iba a morir ante mis ojos.

—Tranquila, tía —calma Ana a María una vez que no pueden oírnos—, deja que se regodee esa bruja. Dios, ojalá no la elijan.

—Va —le quito hierro al asunto—, ojalá la elijan. ¿Te la imaginas acabar el instituto sin ella? ¡Una gozada!

—Eso sí. —Me sonrían las dos no muy convencidas.

—Bueno, nos vemos esta tarde —les recuerdo pues ya estamos llegando a la verja de salida.

—¡Vale!, a las cinco en mi casa —contesta María.

La noto alegre. Es muy posible que esté imaginándose la tarde de trapos que nos espera. Trago saliva.

—Nos vemos. Joder qué hambre tengo —se despide Ana.

Como mis padres me oyeran a mí hablar así... tendría el sermón asegurado.

—Esa boca... —me permito darle un golpecito amistoso en el hombro, ante lo que ella me saca la lengua y se apresura hacia su casa.

—«Señor —no puedo evitar pensar para mí— no me va a quedar más remedio que soportar una de las sesiones de belleza de María, ¡como si me fueran a servir de algo!».



Estoy en el camino hacia mi casa, apenas han pasado diez minutos desde que me despedí de mis amigas. Camino por la amplia calle bordeada de árboles que lleva al piso donde vivo, en el Actur de Zaragoza. Mientras mi mente divaga sobre qué comida habrá hecho mi madre hoy, comienzo a sentir una sensación muy extraña, como un escalofrío que me recorre la columna y me hace cosquillear todos los poros de la piel. Y no se trata de que me haya parado a disfrutar del sol de las dos y cuarto, pues no hay modo de confundir el delicioso picor de la piel y el entumecimiento de la mente que siento cuando tomo el sol, con ese frío que me invade pese a lo soleada de la incipiente tarde.

Desconcertada, alzo la mirada y entonces lo veo. Está a unos dos metros de mí, recostado indolente contra un tronco y es el chico más guapo que he visto nunca. No me extrañaría nada girarme y oír las risitas de un corro de estudiantes mirándolo embobadas. Pegarían más con su pose que una calle vacía, como si hubiera jóvenes que estuvieran hechos para ser admirados.

Y yo, estoy tan colgada de esa imagen que casi ni parpadeo. No lo entiendo, es la primera vez que me ocurre algo así. No es su cabello castaño oscuro, casi negro, cortado en largos mechones desiguales, ni las facciones angelicales que enmarca. Quizá sí el contraste entre la dulce belleza de esos rasgos y el brillo curvado de sus labios. No es su cuerpo proporcionado y fuerte, ni su altura algo superior a la media. Es posible que sí el modo de estar apoyado contra el árbol, con insolencia, como retando al mundo con un guiño de sus brazos. Tampoco son sus vaqueros gastados, ni su jersey que tiene pinta de ser bastante caro. Me inclino más bien por la combinación de ambos. Pero sobre todo sí es lo que no veo: su mente, tan fuerte que no puede dejar de impactarme aun sin haberme dicho nada, reflejándose en la rigurosa manera con la que me analiza; su sonrisa burlona, como si estuviera pensándose qué hacer conmigo; la fría arrogancia de sus ojos azules, que me evalúan como si tuvieran derecho a ello. Y, bajo su ceño un poco fruncido, una determinación tozuda, como si de decidir que yo le intereso ya estuviera perdida. Me estremezco. Es él, el chico con el que algunas soñamos, ese capaz de hechizarte con tan solo la intención de una mirada.

No puedo evitar acercarme, es como si me llamara. Esbozo un paso vacilante tras otro, aproximándome tanto que mis labios quedan a centímetros de los suyos. Yo jamás me he comportado así antes. Una cosa es bromear con Ana cuando presume de ligues y otra es tenerlos. No es que pase de los chicos, pero tampoco he conocido a ninguno que me atraiga así, como si él fuese un imán y yo una viruta de hierro sin ninguna posibilidad que no sea darme por vencida. Hasta ahora. Hay algo en él que me llama, me hace preguntarme cómo será desordenar esos mechones de pelo, si tendrán la suave aspereza que aparentan, si rozaré sus pómulos al retirarlos de su cara... estoy totalmente hipnotizada. Entonces él mueve los labios, muy cerca de donde, abstraída por su cabello, he colocado sin darme cuenta los míos. Contemplo cómo se curvan, muy despacio, con una lentitud que es casi dolorosa; anhelo que me bese. Hasta que él acaba su sonrisa sardónica, rompiendo el hechizo y transformando el incipiente aleteo de mi estómago en un súbito dolor de tripas.

—¿Qué pasa, Victoria?, ¿decepcionada? ¿Pensabas que iba a besarte? —me pregunta con una voz que, sin dejar de ser masculina, tiene un ligero deje musical.

—Yo...

Eso por si necesito algo más para arrancarme de la extraña y cálida ensoñación en la que me he sentido atrapada. Parpadeo y rememoro cómo me he acercado a él. Genial. Siento el calor en las mejillas que me indica que me he ruborizado y, muerta de vergüenza, me alejo tres pasos de espaldas, torpe y vacilante. No entiendo nada. Pero la manera en la que me mira, divertida y cínica, me hace desear no haberme levantado hoy de la cama. En todo caso, algo en mi estómago, que todavía protesta por la transición del estado «chica-hormonalmente-embobada al de patito-feo-que-osó-creerse-princesa», me insta a darme la vuelta y echar a correr hacia casa, con mi corazón latiendo demasiado raudo bajo la risa burlona del chico. Y entonces me doy cuenta de que conoce mi nombre.



—Pasa, Victoria, las chicas están en la habitación de María —me informa su madre tras abrirme la puerta esa misma tarde.

Con sus cabellos rubios y el mismo tipo de gestos, es la viva imagen de su hija veinte años más vieja.

—Gracias —le contesto y cruzo el umbral.

—Corre, Tory —grita una voz desenfadada desde el otro lado del piso—, que estamos a punto de empezar sin ti.

Atravieso el pasillo hacia la luminosa habitación de mi segunda mejor amiga. Siempre que entro experimento un *déjà vu* hacia mis días infantiles. El cuarto, con sus paredes rosas, sus cortinas de corazones y su enorme profusión de peluches no solo sobre la cama sino por todas partes, casi hace daño a la vista. No se puede negar

que la chica necesita o un decorador o un buen cubo de basura.

María, tras mirarme de arriba abajo, mueve la cabeza con desaprobación y me señala el montón de ropa desparramado sobre la colcha, apartados los osos y otra fauna blandita a un lado.

—Mira, chica, te he sacado algo para ti porque ya imaginaba cómo ibas a venir vestida —me comenta con cara de hada madrina.

Mentiría si no admitiera que un poquito sí me cabrea.

—¿Qué tiene de malo mi ropa? —le contesto a la defensiva.

—Ay, Tory, si crees que te voy a dejar ir con esos vaqueros viejos y esa camiseta enorme... Toma, por suerte tenemos la misma talla. —Me arroja un top y una mini.

—¿No pensarás que voy a ponérmelo? —Apoyo mis manos en las caderas, en un movimiento inconsciente que enfatiza el rechazo de mis palabras.

¿Desde cuándo pertenezco yo a la liga de cuanta más carne a la vista más guapa?

—Si no quieres que me enfade, sí. Ya sé que yo destacaré más si tú no te arreglas pero... qué se le va a hacer, soy demasiado buena —dramatiza echando la cabeza atrás y llevándose una mano a la frente.

—Venga, vístete, nosotras ya estamos —me anima Ana.

Como es lógico, me fijo en ellas. María lleva un vestido ceñido al pecho, muy escotado, y con vuelo desde la cintura (así disimula ese «menos delgada»), que deja ver sus piernas desde bastante más arriba de las rodillas hasta los tobillos, donde empiezan unos zapatos azules a juego y con tacón de cuña. Debe de haberse comprado el conjunto para la ocasión, pues no se lo he visto antes. Y no es que su madre la deje salir así de casa, es que encima deben haber ido juntas de tiendas. Yo alucino. Por su parte, Ana viste su top sin mangas favorito, con un enorme corazón justo sobre el suyo propio, junto con sus *shorts* de la suerte y unas botas altas. Parece que no voy a encontrar tregua ni para quedarme al menos con mis vaqueros... En fin, supongo que como ha dicho Paula da igual cómo nos vistamos; así que para no discutir me pongo la ropa que me ofrece María.

—Es una pena que no calcemos el mismo número, tus deportivas serán cómodas pero son tan planas y sosas... —se queja esta una vez me ve con su top y su minifalda.

María siempre ha sido una fan de los zapatos que más que calzar el pie lo adornan. Sobre todo si, como ahora, la temperatura permite lucir todavía el moreno del cada vez menos reciente verano.

—Claro, eso es. Necesito mis vaqueros para taparlos. —Chasqueo los dedos y hago ademán de recogerlos de encima de la cama de María, donde los he dejado.

No cuela.

—Ni se te ocurra volver a ponerte los pantalones. Lo de tus zapatillas... un mal menor. Con suerte no te mirarán los pies.

¿Cómo decirle a mi segunda rubia favorita, sin parecer una sosa, que lo de llevar la piel descubierta excepto por palmo y medio tanto de falda como de camiseta no me

resulta muy cómodo? Aunque solo sea porque no estoy acostumbrada y las otras veces que, como hoy, me han tendido una encerrona, luego me he pasado todo el rato pensando si se me vería la ropa interior si me agachaba o si el top, al no llevar tirantes, se me podía deslizar al bailar. Menuda mierda...

—¿Qué no me mirarán los pies? —le contesto en cambio—. Vale, o sea que no soy la única que piensa que enseño demasiado.

—De eso se trata, ¡ni se te ocurra quitártelo!

—No soy yo misma así...

—A callar bonita. Anda, te paso una chaqueta de punto pero solo para la entrega de becas. Luego te la quitas. Y ahora deja que te maquille.

Una chaqueta, pues menos mal...

—Yo no me maquill...

—Shhh —me interrumpe Ana—, déjate tía, que ya sabes cómo es María. Además, cuando nos den las becas tendremos que estar guapas, ¿no?

—Eso, si no me enfadaré —está de acuerdo María.

—Bueno... Por cierto, no os he contado que mi madre, a la hora de comer, me ha dado el sermón.

—¿Por qué? Tú sacas siempre buenas notas, así que no puede ser por eso —me pregunta Ana mientras le pasa a María su neceser con las cremas.

Me siento resignada en la silla de la habitación, separándola primero del escritorio, y le contesto.

—Por la beca.

—¿También te presionan con lo bueno que sería para ti ganarla? —se interesa Ana mientras me pasa un algodón con espuma limpiadora por la cara.

—Más bien al revés. Que si no voy no pasa nada. Se nota que no quieren que vaya. Por aquello de la separación tantos meses. Y, cómo no, que si voy será una gran oportunidad y bla-bla-bla. Por cierto, María, no me pongas un kilo de base por favor —añado al ver la cantidad que saca del bote.

—¿Pasarme yo? ¿Qué dices? Anda siéntate, que cuando acabe no te reconocerá ni tu madre.

Tiene el morro de fingir inocencia mientras me guiña un ojo, pero se le nota que está nerviosa con lo de las becas. No ha querido hablar de ello desde que fue oficial que en nuestro instituto se daba una, o al menos una de las totales, más alguna parcial. Sin embargo estoy convencida de que su madre debe presionarla mucho. Como si a estas alturas pudiéramos hacer algo por conseguirla... o supiéramos el qué.

—Eso me temo —le contesto bajito.

Esta chica es un peligro maquillando. Al menos para mí, que de normal con un poco de pintalabios y de raya blanca para los ojos ya estoy servida.

Pasan más de quince minutos hasta que mis dos amigas se dan por satisfechas con el resultado. Yo prefiero no mirar, me basta con saber que no es nada sutil. Pero en fin, ellas son las expertas. Me tapo con mi abrigo (fino pero largo, menos mal) y las

siglo hacia la calle. Antes de abandonar la habitación de María, no puedo evitar fijarme en que tiene el recorte del periódico donde se habla del internado en la pared, fijado en un corcho. Del Heraldo de Aragón, el 16 de octubre. Y con la palabra *becas* subrayada en rojo.

#### EL INTERNADO FEMENINO BROTO ABRIRÁ SUS PUERTAS EN OCTUBRE Enrique Juárez

La familia Niven, propietaria de varios internados en Europa, ha anunciado que no va a retrasar más la apertura de su nuevo centro.

Aunque un mes más tarde de lo previsto, ya se han acabado las obras del internado femenino Broto. El centro está situado en el antiguo pueblo Yosa de Broto, en el pirineo oscense, cerca de Ordesa y de Monte Perdido.

En esta escuela, bilingüe en inglés, se impartirán las enseñanzas de la E.S.O. y de Bachillerato. Sus profesoras son nativas inglesas, destacando la famosa botánica Mary Keiton que impartirá las asignaturas de ciencias de la naturaleza y biología y geología. Además, el centro cuenta con un enclave natural privilegiado que ofrece un amplio programa educativo al aire libre, con actividades tanto deportivas como de trabajo de campo en diversas asignaturas. Aunque en su ubicación no todo son ventajas: tan solo se puede acceder al centro en el helicóptero de la escuela o través del agreste camino de tierra que abrieron, desde la carretera de Oto, cuando construyeron el edificio.

La directora, Eloísa Niven, afirma que su escuela se basa en los principios pedagógicos constructivistas. «He querido construirla en un lugar tan apartado por varios motivos», nos cuenta. «Hay estudios que demuestran que el aire contaminado de las ciudades disminuye el rendimiento académico; así como que en los internados que están más aislados del resto de la comunidad, la concentración de los estudiantes aumenta. Yo me he basado en esto para dar un paso más. Si ponemos la escuela en un hábitat natural, que potencie el compromiso del estudiante con la naturaleza, un entorno lo suficientemente aislado como para que ni bares, ni drogas ni interferencias más modernas como los móviles o Internet lleguen a él, tendremos un ambiente donde poder educar a las futuras integrantes de nuestra sociedad, no solo a nivel intelectual sino también en valores».

Pregunta. ¿No es muy radical cortar a las jóvenes de las nuevas tecnologías, tan presentes en las TIC's y en el currículo escolar?

Respuesta. Por supuesto que las jóvenes aprenderán a manejar las TIC's, las Tecnologías de la Información y Comunicación, pero el acceso a Internet será posible solo en la sala de informática y por supuesto no será por *wifi*. Pretendo que no haya jóvenes que se queden hasta las tantas de la madrugada chateando por el móvil o las redes sociales y luego al día siguiente se duerman en clase. Además, recordemos que por definición un internado es una institución para aquellos padres cuyos trabajos no les permiten

atender a sus hijos, hijas en nuestro caso, como desean y están dispuestos a pagar para que, en el periodo escolar, les den esa misma educación que les darían ellos. Además, las compañeras de sus hijas son el tipo de chicas que ellos mismos elegirían como amigas para estas. El establecimiento de contactos sociales siempre ha sido parte de la importancia de un internado, así como un estilo de vida ordenada, sometido a unas reglas concretas, donde las alumnas adquieren competencias sociales, a trabajar en equipo, a tomar a los demás en consideración, autocrítica... y, sobre todo, amistades que les durarán toda la vida.

P. ¿Eso no va en contra del principio de educación común?

R. Para eso ya están los centros públicos. Broto es privado, es la visión educativa de mi familia, que lleva más de cien años funcionando en otros centros europeos y cuyos alumnos nunca han tenido problemas para entrar en una buena universidad. Además, para aquellas alumnas brillantes pero cuyas familias no puedan permitírselo, Broto ofrece cinco becas anuales.

P. ¿No cree que las alumnas no querrán entrar en un centro tan aislado, donde no se pueden escapar a una discoteca y el pueblo más cercano está a horas a pie?

R. Para eso tenemos nuestros eventos sociales, como el baile de fin de año donde se invitan a los chicos que posiblemente se conviertan en un futuro en los solteros más codiciados. O las fiestas de fin de curso que son cada año en un centro de un país europeo diferente. Son suficiente aliciente para ellas, ofreciéndoles un tipo de eventos del que difícilmente van a poder disfrutar de otro modo.

P. Este año han ofrecido también becas parciales, gratis la matrícula y el primer trimestre, para incentivar a las familias a probar su institución. ¿Han recibido muchas solicitudes?

R. Sí. Y es normal. Los padres se preocupan por la formación de sus hijos.

(Lo que me faltaría, que me quitaran el face y el tuenti).

Retrasada al quedarme mirando el recorte, salgo de su casa y bajo por las escaleras unos minutos después que ellas. De tal modo que, al llegar a la calle, me están esperando en la panadería de la esquina. Les hago un gesto con la mano y me dispongo a cruzar la calzada; justo entonces veo un descapotable, un precioso BMW Z4 negro que me llama la atención. A mi padre le encanta hablar de coches, señalármelos por la calle o mostrarme fotos por Internet de sus modelos favoritos y este es uno de ellos. Por eso, aunque yo estoy frente a un paso de cebra, me detengo para verlo mejor mientras cruza. Sin embargo el coche se para justo delante de mí. Le indico al conductor con la mano que pase y me encuentro con que, lo que yo había tomado por un hombre, es en realidad un chico apenas unos años mayor que yo. Cuando separa la vista de la carretera para mirarme, unos ojos azul oscuro me contemplan sonrientes. Es el modo más sencillo de describirlo. Ojos sonrientes. Las palabras acuden a mi cabeza nada más verlo pues parece como si me conociera, como

si fuera un viejo amigo que se alegrara de volver a encontrarme. Por lo demás, viste una camisa con un par de botones desabrochados y su pelo es rubio y muy fino, de ese tipo de pelo que te escapa de los dedos si intentas cogerlo.

Yo y el cabello... considerando que no voy para peluquera, me encantaría que alguien me explicase a qué viene hoy tanta fijación con los pelos ajenos.

—¿Eres Victoria Escartín, verdad? —me dice mientras ladea la cabeza, la sonrisa extendida a su boca.

«Genial. ¿Es que hoy todo el mundo conoce mi nombre?», pienso.

—¿Perdona? ¿Te conozco?

—Toma.

Se quita el cinturón de seguridad, se inclina hacia mí a través del asiento vacío de copiloto, agarra una de mis manos y la rodea con las dos suyas. Y yo, sorprendida, no atino a reaccionar. No estoy acostumbrada a que me ocurran cosas tan extrañas. Menos dos en un día.

—¿Qué?

Sus manos son cálidas pero no tanto como algo que hay entre ellas y mi palma.

—Lo vas a necesitar. Ya me lo devolverás cuando nos volvamos a ver.

Gira mi mano, me la cierra, vuelve a sentarse bien en su asiento y agarra el cinturón de seguridad.

—¡Espera!, ¿qué broma es esta?

Me mira otra vez, como considerando si decirme algo más. Veo cómo pasa una sombra por sus ojos, azules como los del otro chico pero tan diferentes, y se abrocha el cinturón.

—Tú guárdamela. Si la llevas en contacto con la piel, dicen que da suerte.

Hago ademán de agarrar la puerta del coche, pero veo en su postura que está apunto de pisar el acelerador, así que no hago nada. Lo dejo ir (¡como si tuviera otra opción!), en medio de una nube de olor a gasolina mal quemada. Acercó mi mano a los ojos y la abro. Estoy sujetando una gruesa cadena dorada, de algún tipo de metal envejecido, con un colgante esférico del tamaño de un albaricoque pequeño. Su color es rojo, con unas ondas pintadas que parecen lamerlo como si fueran lenguas de fuego. No sé muy bien qué hacer con él; pero antes de que pueda averiguarlo María me echa un grito, llamándome. Me lo meto en el bolsillo del abrigo, cruzo y sigo la calle hasta llegar a la panadería.

—¿Quién era el chico del cochazo? —se interesa Ana.

—No sé. —Me encojo de hombros—. Me ha preguntado por el paseo Independencia.

No sé por qué he mentado. El caso es que ahora mismo no me apetece nada contarles que un extraño, en realidad el segundo en lo que llevamos de día, me ha llamado por mi nombre y dado algo; ya sea un corte o un colgante. Esos dos pares de ojos azules, unos fríos y los otros sonrientes, parecen bailar en mi memoria.

—¿Estaba bueno?

—¡María! —Le da un codazo Ana.

—¿Qué? —protesta.

—Se supone que tienes novio, ¿o no te acuerdas?

—Bueno... eso no quiere decir que haya firmado un contrato de fidelidad. ¿A eso no lo llaman matrimonio?

—Anda, vamos, que se nos va a hacer tarde —les interrumpo.

Me miran como si hubiera gato encerrado. Lo entiendo. Cualquiera otro día no habría perdido la oportunidad de meterme con María y su teoría de «la búsqueda del chico diez», una basada en la prueba y el error, pero no hoy. Hoy no. Lo cierto es que no me apetece mucho hablar. Todavía estoy como en *shock* tras lo del primer chico. No necesitaba añadir otro más. El colgante, que en realidad tiene la solidez de una joya antigua y con mucho metal, pesa en mi bolsillo como si fuera de plomo. Quizá andando se me ocurra qué hacer con él, o quizá debería cambiarlo por una cruz que en vez de espantar vampiros ahuyente a los tíos raros.

Sigo a mis amigas, apenas interviniendo en su conversación. Noto que Ana me mira intrigada y que más de una vez se muerde las ganas que tiene de preguntarme. Una vez en el instituto, nos dirigimos al salón de actos. Pasamos por delante de la puerta del gimnasio. Ahora está cerrada pero después de la ceremonia la abrirán, ya que es allí donde se va a celebrar la fiesta. La verdad que yo no entiendo por qué añadir música y comida a un evento tan formal como una entrega de becas; pero en cuanto las de la comisión de cultura se empeñaron en que un baile era la mejor manera de acabar un evento así, milagrosamente nadie les llevó la contraria. Así que en vez de ir todas vestidas formalmente, llevamos ropa de bares, por aquello de que nunca se sabe quién se podía fijar en una durante la fiesta. Insistiría otra vez en que es ridículo, pero esos dos chicos parecen tener alquilada la parte que piensa de mi cerebro.

Cuando entramos al salón de actos, ya han llegado la mayoría de las chicas. Las clónicas, como suponía, todavía no. Son de las que apuran la hora para causar un mayor impacto. Y seguro que no irán tan maquilladas o cortas como nosotras.

«Ay... por qué me habré dejado convencer...» —me recrimino sin demasiada fuerza.

Ana puede decir que es así como se liga. Pero ni es esa mi intención ni estoy muy de acuerdo con ella. Todo el mundo sabe la cantidad de chicos con los que Paula se ha enrollado y yo nunca la he visto en plan exhibicionista.

Nos dirigimos hacia las sillas que quedan libres. Todo el mundo está algo nervioso, hablando sin parar, incluso los chicos, aunque no puedan ser elegidos. Supongo que se preguntan quién se irá. En fin, pronto vamos a saberlo. Solo son cinco becas totales para todos los institutos, de las cuales una será del mío. Considerando que no es un centro que destaque por nada, me parece una suerte increíble... ¡a saber por qué les hemos caído en gracia! Me siento al lado de Ana, que está siguiendo como puede el monólogo de María. Parece que tiene muchas ganas de

ser elegida. ¿Y yo? Me doy cuenta de que yo también debería estar nerviosa. O desearlo. Pero para qué. Dudo mucho que ninguna de las tres vayamos a ser elegidas y eso es lo único que importa. Llevamos juntas desde primaria y tenemos la intención de seguir así por lo menos hasta la universidad. Así que las escucho hablar sin hacer mucho caso a lo que dicen, me limito a vagar mi mirada por la sala, cada vez más llena. Veo entrar a Paula con su grupo. Con sus jerséis de cuello en pico, faldas entalladas medio palmo sobre la rodilla y sandalias de tacón de aguja están tan impecables como siempre. Quizá en la próxima fiesta me ponga mis vaqueros y pase de «la moda» según María. Sonrío ante la idea y entonces lo veo. Es él, el chico de los mechones castaños. Lleva la misma ropa con la que lo he visto hace unas horas y le sigue quedando impresionante. Sin que me mire, puedo observarlo con tranquilidad. Y sí, es muy guapo y proyecta un aire peligroso, como si estuviera demasiado seguro de lo que sabe hacer y lo que desea, pero por suerte esta vez mi estómago no se revoluciona y mi cerebro no deja de funcionar. Aunque esto me pasa por respirar aliviada, pues justo entonces él me ve y me guiña un ojo. Al instante el mismo hechizo parece caer sobre mí: me quedo mirándolo embobada y siento la necesidad de tocarlo. Tengo que clavarme las uñas en las manos para resistir el impulso de ir hacia él, no pienso hacer el ridículo delante de todo el mundo. Entonces me señala y forma lentamente con los labios (esos labios tan *sexys*) la palabra enhorabuena. Es una sensación muy rara, como si mis ojos tuvieran un *zoom* y pudiera verlos moverse muy despacio a pocos centímetros de los míos. Aprieto más fuerte las manos. No pienso volver a caer. Él acaba de felicitarme y desaparece por la puerta. La ensoñación se esfuma con él.

«¿Labios *sexys*? —pienso para mí, enfadada—. ¡Uf! ¿En qué demonios estoy pensando? ¿Y enhorabuena? ¿Por qué? ¿Por ser tan boba que me lo quedo mirando como si nunca hubiera visto a un tío bueno...? Ni que fuera Robert Pattinson en persona...».

Para quitármelo de la mente, llamo la atención de Ana con un toque en su brazo y saco el colgante del bolsillo del abrigo. María, que está mirando absorta el pequeño escenario de la sala, por donde están apareciendo el director y la jefa de estudios, no se da cuenta. Y lo del collar funciona. Nada como un chico para echar de mi mente a otro.

—¿Por qué sonrías? —me pregunta Ana que se ha dado cuenta de que debo estar pensando en algo que no tiene nada que ver con las becas.

—Por esto, mira.

Se lo enseño. Ella se inclina hacia mí y lo coge. Es como si el fulgor rojo que parece animar el pedrusco perdiera fuerza. Genial. Lo que me faltaba, ilusiones ópticas. Mi imaginación debe estar más influenciada por esos dos chicos tan raros de lo que me pienso. O quizá sea el desayuno... ¿Le habrá echado algo mi madre a los cereales? Me la imagino, tan cariñosa y despistada como siempre. Mmm... no. Decididamente no. Ni por error. Esto tiene que ser entonces que me va a llegar la

regla.

—¿Qué es? —susurra.

El director está hablando y la mayoría están atendiendo. Está contando eso de que el internado pertenece a una prestigiosa institución académica que comenzó en Inglaterra a finales del siglo XIX, que cada vez abren más centros nuevos y que hace mucho que ya no es solo para la clase «alta». Bajo aún más mi voz al contestar a mi amiga.

—Un collar. Me lo ha dado el rubio del deportivo.

—¿El del cochazo de antes? —puedo notar por su tono que no se lo cree demasiado.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Lo conoces?

—No. Es muy raro. Me ha dicho que se lo guarde, que voy a necesitarlo.

Desahogarme me hace sentir mejor. Ana, al principio, me mira con las cejas enarcadas. Pero me conoce, puede ver en mi rostro y mis gestos que no estoy tomándole el pelo; así que al final lo acepta.

—¿Tú crees que será un admirador secreto?

—Sí, claro, estoy convencida.

Tarda unos segundos en darse cuenta de que estoy siendo irónica. No es mi estilo, al menos no en voz alta. Suelo guardarme esas lindezas para mí misma pero tampoco tengo que enfrentarme a situaciones como esta muy a menudo. Y eso que no le he dicho lo del otro chico...

—Tory... no tengas mala leche.

Por eso mismo me suelo callar mis sarcasmos. En todo caso, acaban de presentar a la directora del internado. Las dos dejamos de hablar unos segundos para mirarla. Parece una mujer muy joven para el puesto pues no creo que tenga muchos más de treinta. También es muy guapa, con el pelo recogido en un moño demasiado austero para mi gusto pero muy guapa. Lleva un traje verde grisáceo y una colección de anillos y pulseras que choca con la sencillez del resto de su línea.

—Anda, Tory, dime... ¿No te suena el chico de nada? —vuelve a la carga mi mejor amiga.

—No. Y me habría fijado en él si lo hubiera visto antes, créeme.

—En fin. Si lo vuelves a ver me lo dices. ¿Qué vas a hacer con el colgante? Es muy bonito.

—No sé, por ahora guardarlo.

Me encojo de hombros y recupero el collar. Al cogerlo de la mano de Ana, esas lenguas rojas de la piedra parecen volver a cobrar vida. Lo observo con más atención. En realidad parece un cristal; como si fuera ámbar pero, en vez de con un insecto dentro, con un montón de reflejos más oscuros que simulan el fuego. Incluso está más caliente de lo que sería normal. Cierro los ojos un instante y me lo meto en el bolsillo. Un admirador... no me importaría nada, parecía simpático y agradable. Pero no me lo

ha regalado, me lo ha prestado y, además, se supone que un admirador secreto hace esas cosas a distancia, hasta que te dice quién es, no que te lo da en persona (o por lo menos así pasa en las películas, yo nunca he tenido ninguno). Miro otra vez a Ana. Está escuchando a la directora del internado. Me masajeo las sienes y me centro yo también. Aunque me cuesta, pues tengo cosas mucho más interesantes en las que pensar.



—... después de este breve recorrido por la historia de la prestigiosa institución Niven, vamos a pasar a la entrega de becas. Una total y dos parciales.

«Breve, ¡ja! —pienso aburrida—. Llevamos casi una hora todos sentaditos escuchando los méritos de los internados Niven en los otros países. Que si su familia lleva décadas fundándolas en los países europeos, que si todas las alumnas que finalizan lo hacen con un expediente impecable y entran siempre en la universidad que desean... Demasiado. A ver si acaba de una vez. Lo del colgante y el “enhorabuena” hace ya un buen rato que se me han olvidado, sustituidos por las palabras de la directora. Es enérgica y tiene un algo que hace que la mires y escuches pero... ¿una hora? Más que demasiado. Porque lo único que yo quiero saber es si nos vamos a librar de Paula. Su familia es la que más dinero tiene, así que es una buena candidata a una beca parcial. ¿Y la total? ¿Quizá para la capitana del equipo de baloncesto? ¿...?».

—Tory —me da un oportuno codazo Ana—, ¡que estás en Babia y te lo vas a perder!

Ops. La miro agradecida y continúo atendiendo. Para darme una colleja, mira que abstraerme en lo más interesante...

—... Paula Martínez.

En medio del estruendo de aplausos (casi toda la población masculina y su enorme grupo de admiradoras, compruebo de un vistazo), nosotras tres nos quedamos mirando.

—¡Qué fuerte! —dice María—, ya sabía yo que el dinero de papá...

—Bueno, nos libramos de ella. Eso está bien, ¿no?

Pese a que aparenta no estarlo, se la ve bastante decepcionada. Como si hubiera deseado ser ella. Ridículo. ¿De dónde iban a sacar sus padres el dinero para el resto de los trimestres? ¿Iban a apretarse el cinturón por una plaza?

—Shh, que nos lo perdemos —les digo viendo que Paula ya ha llegado a las mesas donde nuestro director le está dando dos besos y le cede el micrófono.

—Es un privilegio poder asistir a su institución, no me lo esperaba —pelotea a la directora de la academia, la cual está sentada detrás de la mesa que han puesto en el escenario.

Ana me mira y me susurra: «Seguro. Como que sus padres no habrán donado nada... ¿Quizá un ala de la biblioteca?».

Le sonrío: «No seas mala...».

—Para nosotros también es un privilegio tener alumnas con tus capacidades —le está respondiendo la directora; creo que la han presentado como Eloísa.

María enarca una ceja y nos pregunta: «¿Copiar en los exámenes o hacerse la manicura francesa?».

Contengo la risa tonta.

Tras darse la mano, Eloísa le señala unas sillas libres en un lateral del escenario y el director prosigue leyendo el breve listado.

—A continuación, me enorgullezco en anunciaros que la segunda alumna de nuestro centro que ha obtenido una beca parcial es Gema Ortiz.

No puedo evitarlo, bufo audiblemente. Por suerte el clamor de los aplausos ahoga el sonido. No es difícil imaginar para quién va a ser la tercera beca.

—Joder, la segunda al mando del club de las clónicas —resume Ana mis pensamientos.

María no comenta nada.

Y allí se ha levantado Gema que, tanto por su ropa en tonos pastel, su cabello platino cortado impecable en una media melena o por sus andares de princesa, parece una copia de Paula.

—Pues si les gustan las niñas con mal gusto, está claro que yo no tengo nada que hacer —parece resignarse María.

Aunque no lo tengo yo muy claro, se la ve muy decepcionada.

—Míralo por el lado bueno —la animo mientras Gema y la directora intercambian unas palabras—, nos vamos a librar de ellas. Porque sin cabecillas, su grupo se disolverá y dejarán de mangonear a todo el instituto.

—Mirándolo así...

—Claro que sí, vamos a estar genial este curso. —Le da un suave codazo Ana—. Aunque, si os soy sincera, me habría encantado que hubiéramos sido nosotras tres. Imposible, lo sé. Solo hay una beca total. Pero no me negaréis que habría sido genial, ¿no?

—Ya lo creo —se apresura a coincidir María—, las tres viviendo juntas...

—Bueno, ya lo haremos cuando la universidad, ¿vale? —les propongo—. Podemos estar en la misma residencia aunque estudiemos carreras diferentes.

A Ana le van las letras, a María la plástica y a mí las matemáticas. Menudo trío...

—Claro —me contesta Ana.

Su voz, pese a no haber sido pronunciada en un tono muy elevado, se oye por toda la sala. Por algún extraño motivo, así de repente, todo el mundo se ha quedado en silencio. Y mirándonos. Frunzo el ceño. ¿Qué ocurre? ¿Es que la tercera perfecta ha dicho que no quiere la beca? Giro la cabeza para otear mejor a mi alrededor. Tercera cosa rara del día. Todos me están mirando.

El director se aclara la garganta.

—¿Y bien, señorita Victoria Escartín, puede venir? —me pide con un ligero tono de reproche.

De algún modo todo sucede a cámara lenta, mientras mi cerebro se da cuenta de que yo soy la tercera elegida. Algo no tan sencillo como parece, porque se me da bien estudiar pero para sumar dos y dos en la vida real a veces parezco idiota. «En-ho-ra-bue-na, ya», rumio para mí. Mientras me levanto, escucho a Ana sofocar un grito y veo con el rabillo del ojo cómo María me mira con resentimiento, en vez de alegrarse por mí. Doy el primer paso hacia el escenario. Las caras, los gestos de los demás, me parecen ajenos, como si no fuera a mí a la que le está pasando. Percibo la tensión que crepita en el silencio más absoluto, tan solo roto por el amortiguado sonido de mis deportivas (menos mal que no llevo tacones). Mis compañeros, los que me conocen de clase o de los descansos en el pasillo, me miran con la boca abierta y los que no, intentan averiguar por qué yo. Lo cierto es que no puedo decírselo. Soy la típica chica que pasa desapercibida por no destacar en nada, ni siquiera en las notas que es lo que mejor se me da.

Como atontada, subo a la tarima elevada. Los cuchicheos comienzan a sonar a mis espaldas; me molestarían si no estuviera tan sorprendida. ¿Por qué me habrán elegido? Y mientras me acerco a darle la mano a la directora me fijo en sus ojos. Son de un negro profundo e insondable, como si escondieran una puerta a algún sitio gélido y oscuro. Y grandes. Y penetrantes. Quitando el color, me recuerdan al chico de los mechones castaños, pues me están analizando de la misma manera fría.

El chico de los mechones...

«En-ho-ra-bue-na», lo veo silabear otra vez en mi mente, su boca moviéndose y yo concentrada en la hipnótica mirada de sus ojos azul hielo. Por un instante me parece sentirlo a mi lado, erizándome la nuca con su aliento. Giro la cabeza. Demasiada imaginación. Tan solo distingo a los demás alumnos, mirándome ahora como si yo fuera un bicho raro. Genial. Por lo menos eso rompe la sensación de tenerlo a mi espalda. Y algo más: el tiempo vuelve a fluir con normalidad. Trago saliva. Estrecho la mano firme de Eloísa y me acerco al micrófono, dubitativa. No tengo la más mínima idea de qué decir. Las clónicas debían tener el discurso preparado (de hecho, las que no han obtenido beca me están mirando muy mal), pero yo no. Todo esto me pilló en blanco.

—Esto... yo... —comienzo a oír risitas.

Justo lo que me falta para redondear el día. No suelo ser el blanco de diversión de nadie, lo mío es ser como invisible, pasar desapercibida, pero hay que reconocer que hoy me estoy luciendo.

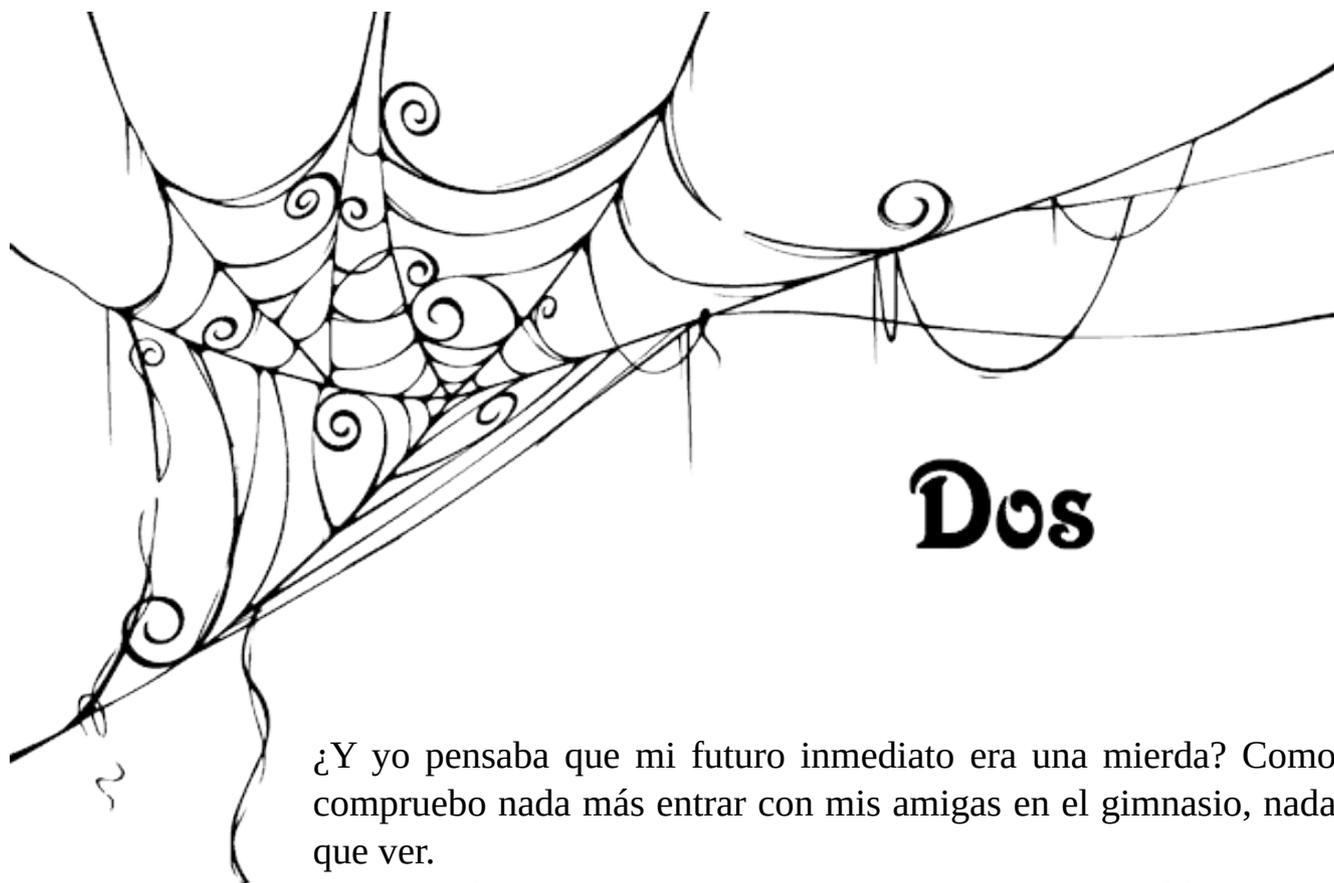
—Muchas gracias —acabo de un tirón, como si el micro quemara.

—No pasa nada. —La directora coge el micrófono con elegancia, como si yo no acabara de arruinar su entrega de becas—. Es normal sentirse abrumado pero yo estoy segura de que nuestra tercera becada no es la menos importante por haber sido

nombrada la última. De hecho, no podría venir mejor recomendada. —Me sonrío y se cortan en seco las risas tontas de mis compañeros.

Por mi cabeza pasan dos cosas... «¿Abrumada?, ¿pero qué estúpido concepto elitista tiene esta mujer de su propia institución?». «¿Mejor recomendada?, ¿desde cuándo tengo yo padrinos?».

Con cuidado, como una gata que no quiere escaldarse, le devuelvo la sonrisa y me dirijo hacia las sillas. Paula y Gema me están mirando con algo entre la hostilidad y el desdén. «¿Y estas van a ser mis nuevas compañeras? —pienso—. Genial». Me hundo en mi asiento. No para intentar ocultarme, no soy de las que rehuyen una situación difícil, sino más bien porque de repente me siento cansada. Mucho. Hay que ver de qué manera a alguna puñetera casualidad cósmica se le han cruzado los cables y ha decidido que mi vida no era lo suficiente interesante o divertida. Es una pena que yo no me ría.



## Dos

¿Y yo pensaba que mi futuro inmediato era una mierda? Como compruebo nada más entrar con mis amigas en el gimnasio, nada que ver.

La sala, espaciosa, tiene unas cuantas guirnaldas como decoración. Los bancos están pegados a las paredes y han puesto un equipo de música que supongo empezará a sonar en cualquier momento. Somos de las primeras en llegar, de lo cual me alegro ya que podré hablar con mis amigas con un poco de intimidad, sin ser el centro de atención. Lo de sentirme como si de repente me hubieran enchufado una bombilla en la frente no es demasiado agradable.

—Tu chaqueta, muchas gracias. ¿Ves?, me la quito incluso antes de que puedas echarme la bronca.

Se la tiendo a María, esperando que una pequeña broma aligere su ceño fruncido. Ella se limita a cogerla de un manotazo.

—Así que ahora te vas a convertir en alguien importante. Como si te lo merecieras más que yo... —me suelta con un tono que se parece, de manera muy sospechosa, a la envidia.

Vale que el breve paseo hasta aquí haya sido un poco silencioso y tenso, pero no me esperaba esto.

—¡María!, déjala —«gracias, Ana», pienso al oírla salir en mi defensa—. ¿No ves que ahora se va a codear con las clónicas?

«¿¡Queeeeé!?!?».

—¿Esto es una broma, no? —le pregunto mirándola dolida y asombrada.

«¿Es que mi mejor amiga se va a sumar también a eso de “Tory me ha quitado la beca”?».

—Pues claro que sí, tonta. —Coge mi mano para darme un apretón amistoso—. Y un aviso, prohibido pasarse al bando contrario.

En fin, por lo menos me sonrío.

—Por un momento me habéis asustado. —Miro a María pero ella me evita—. ¿María?

—Sí, claro. —No suena muy convencida.

—Oye, bonita —bromeo—, que somos amigas desde parvulario. No te me enfades ahora, que yo ni siquiera estoy segura de querer ir.

—¡Pues dámela a mí! —salta con vehemencia.

—Ehh. —Me retiro un paso atrás—. Bueno, no creo que se pueda.

—Pues por lo menos no nos lo refrotes —me dice mientras abre mucho los ojos, como reforzando sus palabras.

Y se va, girando con toda la teatralidad que le da su despecho, dejándome totalmente atónita.

—Oh, oh, no se lo tengas en cuenta, Tory. Parece que ella deseaba ir más de lo que nos ha contado. Su madre, que exagera demasiado, ya sabes. Yo... —Me mira indecisa—. Mejor voy con ella, ¿vale? Espérame, ahora vuelvo.

—De acuerdo Ana, no pasa nada.

Pero sí que pasa. En pocos días me tendré que ir a un internado donde no conozco a nadie (porque si pienso en las dos a las que sí conozco me pongo enferma) y una de mis amigas, de mis inseparables amigas, decide ponerse celosa y hacerme el vacío. Como si yo tuviera la culpa de haber sido elegida, si ni siquiera me lo esperaba... Desde luego, esto es demasiado para un solo día. Me alejo del rincón del gimnasio donde nos habíamos apartado a hablar e intento pasar desapercibida. No lo logro. Ya ha entrado más gente y yo soy la comidilla de la noche. La música empieza a sonar, pero lo que menos me apetece es bailar y menos sola. Decido esperar unos veinte minutos y si no vuelve Ana me voy a casa. Hay quien, al verme, se acerca a felicitarme pero casi todos se limitan a mirarme como si yo hubiera estado escondiendo algo todos estos años. Algo (o «alguien», si pensamos en lo que ha dicho la directora de que yo voy bien recomendada) que me ha permitido acceder a la codiciada beca total. Genial. Y cuando pienso que el día no puede ir a peor, veo a María y a Ana hablando en un rincón. Cuando hago ademán de ir, María aparta la mirada y Ana me dice que no con la cabeza. Aún más genial. Entonces se me acerca Paula seguida de su grupo de garzas (sí, estoy por cambiarles el mote) justo en medio de una balada lenta, una que suena a un volumen inferior al de las otras canciones.

—Vaya, vaya, parece que tus amigas no lo eran tanto —me comenta con una ligera sonrisa curvando sus labios marrón chocolate.

—Hola, Paula.

—En fin, no pienses que porque vayamos a ir al mismo centro vamos a ser amigas —me aclara Gema sin necesidad—. Tú y yo —se estremece— somos totalmente incompatibles.

Mira, en eso estamos de acuerdo. Cuando abro la boca para aclarárselo, Paula se me adelanta.

—Gema, cielo... déjame hablar a mí. —Su típico tono de terciopelo parece estar recubriendo agujas de hielo. ¿Así es cómo las tiene a todas comiendo de su mano? ¿Con amenazas encubiertas?—. Verás, Victoria, hasta ahora nuestros caminos no se han cruzado pero, si vamos a ir al mismo centro, lo mejor será que lo hagamos cordialmente, ¿no crees? Y ya que tus amigas te hacen el vacío —arruga su bonito ceño— quizá sea mejor que te unas a nosotras.

Me quedo atónita. Ya van dos veces. Si no cuento las de los chicos, claro. ¿Miss popularidad pidiéndome que me una a su grupo? ¿A mí, que para ella no soy nadie? Entonces recuerdo la insinuación nada velada de la directora de que yo tenía algún poderoso padrino. ¿Y se lo han tragado? No puedo evitarlo, me echo a reír. Eso es lo peor que puedo hacer, reírme de Paula delante de todo el instituto. Por mucho menos le ha hecho la vida imposible a muchas. Al darme cuenta, la carcajada se congela en mi boca pero ya es tarde: todo el mundo está mirando. Supongo que debería aclararlo en seguida, decirle que me reía de algo que no tiene nada que ver y que estaré encantada de ser su amiga (o al menos todo lo amigas que puedan ser las clónicas). Pero no lo hago. Tampoco me apetece confraternizar con ella. Somos muy diferentes y no me cae precisamente bien.

—Muy bien, cosita —escupe—. Veo que no sabes jugar en la nueva liga. Sigue entonces sola, tanto aquí como en Broto.

La canción cambia, por una más cañera, como si le siguiera el juego a Paula. La garza hace un gesto a las otras clónicas y se gira con un teatral golpe de pelo rubio. Por supuesto, todos están mirándola. El problema es que también a mí.

«Oh, oh... —pienso—, parece que, para todos, acabo de pasar del estatus de “chica normal y sensata, no la conozco muy bien pero parece maja” al de paria social».

Genial. Mejor mirarlo por el lado bueno: en pocos días me voy a estudiar a otra parte. Con toda la dignidad que puedo encontrar cojo mi abrigo y me dirijo a la salida, sintiéndome incómoda con tantos ojos clavados en mi espalda y yo encima con unas ropas que no son las mías (y si María no me habla... ¿cómo se las devuelvo?). ¡Dichosos top y mini!, ¿para qué me los he puesto si ni siquiera me voy a quedar al baile?

De algún modo, salgo del gimnasio y del edificio. Me paro en la calle vacía, justo al lado de la puerta de entrada del instituto, para recuperar el aliento. O más bien los nervios, pues estoy a punto de ponerme a gritar a pleno pulmón. El contraste del silencio con el bullicio del gimnasio me ayuda a contenerme. Comienza a anochecer. Es el veintisiete de octubre, todavía hace calor. Este otoño es de los más cálidos que recuerdo. Aunque mi abuela, la única que todavía vive, me ha dicho que cuando llegue el invierno, será especialmente frío. En todo caso, me pongo el abrigo. Es fino, pero me sirve tanto para parar el aire fresco como para ocultar el conjunto de María. Después, me siento en uno de los escalones de la entrada. Necesito unos minutos para rehacerme, no me apetece llegar a casa echando pestes.

Desde luego, mejor no pensar en la reacción de María, que se me clava como si fuera una traición. ¿Mañana se le habrá pasado y me pedirá perdón, no? Menos mal que Ana está como siempre. La pena es que no se haya dado cuenta de que yo necesito más su apoyo que María. Y encima, para acabar de arreglarlo, me he ganado la enemistad de Paula. Genial.

—Si te pones unas ropas tan provocativas, deberías saber llevarlas. Tanto recato no te queda bien —me sobresalta una voz burlona detrás de mí, una voz masculina que parece recorrer cada una de las vértebras de mi espalda.

Está claro que solo puede ser él; así como que me ha dado un buen repaso antes de que me pusiera el abrigo.

—Genial, eres el último al que deseaba encontrarme. ¿No tienes nadie más a quién molestar? —le contesto sin girarme.

No me apetece volver a sumirme en ese estado de ensoñación en el que entro cada vez que lo miro.

—Lo haría, cosita. —Debía haber oído a Paula llamármelo, pero en su voz no sonaba despectivo sino más bien posesivo y provocador—. Pero estoy esperando a que me des las gracias.

—¿Gracias?

Comienzo a atar cabos. No puede ser. Eso me hace sentirme mal, no quiero deberle nada a un chico tan odioso.

—Por la beca. ¿No es lo que queréis todas? —Ahora sí que sus palabras están cargadas con desdén.

—Serás gilipollas. —Me giro. La ira me ayuda a no caer en ese estúpido trance otra vez—. ¡Yo no la quiero! ¿Y quién coño eres tú para recomendarme?

—Esa boca, cosita, no está bien ser tan mal hablada. —Lo cierto es que no suelo serlo pero estoy muy cabreada—. ¿De verdad no quieres ir?

Me quedo como congelada, mi enfado esfumado por arte de magia. No tengo ninguna gana de ir, pero lo cierto es que estudiar allí me abrirá las puertas de un buen trabajo cuando sea mayor. Me muerdo el «no» que pensaba arrojarle a la cara al estilo de un obsoleto guante de duelo y recupero el mando de mis emociones, como la chica sensata que mis padres creen que soy. ¡Ja!, más bien realista. Me lo quedo mirando. Sus ojos siguen pareciendo tener la capacidad de leer mi alma, con ese azul que como me descuide va a empezar a poblar mis sueños. Sus labios, orgullosos, están algo curvados en una sonrisa divertida.

—Perdona, lo cierto es que sí me interesa la oportunidad académica —me obligo a decir—. ¿Pero quién eres tú y por qué a mí?

—A la primera pregunta responderé otro día. Y en cuanto a la segunda... —Me sonrío indolente—. Dejémoslo en que me debes una. Ya me la cobraré. Nos vemos, cosita.

Hay algo en ese «ya me la cobraré» que me pone la carne de gallina. Me encantaría saber en qué sentido lo ha dicho. Mientras estoy intentando averiguarlo, se

inclina hacia mí, roza mi nariz con un dedo, me da un beso en la mejilla y se va.

Aclarémoslo. Sus manos huelen a acero. Sí, a metal, a acero. Su caricia me ha sorprendido, parecía hasta dulce. Algo fuera de lugar con semejante engréido. Y su beso... su beso ha apagado mi enfado, como la falta de oxígeno a un fuego. He notado la ligera aspereza de sus labios y una leve presión, cosquilleante; todos y cada uno de los nervios de mi piel se han aliado en pie de guerra. Suspiro y comienzo a resignarme. Su figura se pierde a lo lejos, calle arriba. Yo sigo sentada, un rato más, antes de volver a casa. Permanezco estática con una mano en la mejilla, mis yemas en el lugar exacto en el que me ha besado. Ahora sí que no entiendo nada.



Yo no escribo diario. En vez de eso uso la ventana. Es más discreta y nadie puede leerla sin mi permiso. Por eso, una vez a solas en mi habitación y con el pijama puesto, en vez de acostarme me acerco a ella. Es una de esas con radiador debajo, persiana blanca y una cortina sencilla del mismo color. A mí me encanta. En verano la abro y respiro el aire fresco de la noche. En invierno me acurruco junto a ella, dejando que el calor de la calefacción se extienda por mi cuerpo. Y pienso... A veces parece que las ideas se aclaran de un modo tan sencillo que es como si me las susurraran las estrellas (lo sé, en el fondo soy una cursi romántica).

Hoy mis padres no han encendido la calefacción pero la noche tampoco invita a abrir la ventana. Así que acerco mi cara al cristal, sentada en una silla, dejando que mi mente divague libre por el día que acabo de vivir. Menudo día...

Me han dado la beca completa, soy la primera sorprendida. Mis padres se lo han tomado con bastante calma; aunque mi madre ha intentado, sin éxito, ocultar una lagrimilla. Están tristes porque voy a irme. Pero pese a todo me animan, es una oportunidad que ellos no podrían pagarme, aunque se pudiera entrar sin ser «elegida» mediante una beca. Elegida... yo alucino. Menudo sentido del *marketing* más raro que tiene la tal Eloísa. Aunque, con la difusión que ha tenido en los periódicos e Internet, no me extrañaría nada que el año que venga, que no darán becas, le sobren las alumnas.

Yo, por mi parte, no entiendo nada. Mi expediente académico no es tan bueno. Y desde luego, si el muchacho de los mechones castaños ha tenido de verdad algo que ver, dudo mucho que sea porque yo le gusto. A los guapos y peligrosos no los atraemos las chicas normales. Más bien las sofisticadas como Paula o las explosivas como esa de 4.º C, la del equipo de baloncesto. En todo caso, no puedo dejar de pensar en él sin ponerme colorada por lo del casi-beso o enfadarme por su comportamiento arrogante posterior. No sé quién se cree que es pero no voy a dejar que se burle de mí otra vez.

Y el otro... El colgante está todavía en el bolsillo de mi abrigo. No sé por qué me

lo ha dado. Ni de qué me puede servir. Si no fuera porque se lo veía muy normal, pensaría que el chico estaba loco o algo así. Pero dudo que a los que no están bien de la cabeza sus padres les dejen semejantes cochazos. Y si había cámara oculta, yo no la he visto. Así que debo suponer lo más evidente, que lo de los dos chicos tiene que ver con la beca. Una no pasa toda su vida en la sombra para llamar la atención tres veces en un día sin que estas estén unidas por una causa común.

Estoy comenzando a pensar si habré ido todo el rato con un «déjame atónita» escrito en una nota y pegado en la espalda, cuando mi teléfono vibra. Un *WhatsApp*. Se supone que cuando me voy a dormir los teléfonos se apagan (son las normas). Además, el ordenador con internet está en otra habitación. Pero por si acaso mis amigas quieren decirme algo, mi móvil lo pongo siempre o en vibración o en silencio.

Me levanto y me acerco a la mesilla, donde lo he dejado cargando. Es Ana. Menos mal. Estoy bastante preocupada por lo de María, aunque en casa todo haya sido por mi parte sonrisas falsas, como si la beca fuera la mejor noticia que me hubieran podido dar. Y de los chicos ni mu, si mis padres se enteran me veo castigada una semana y llevando el collar a objetos perdidos. Ellos me creen estudiosa y buena chica. En cierto modo lo soy, sobre todo si solo les cuento lo que quieren oír: cosas buenas.

—HLA, SOY YO —leo en mi nokia.

—MENS MAL :) —escribo con mis pulgares y se lo mando.

Al cabo de unos segundos oigo el zumbido de su respuesta.

—MARÍA STA MEJOR. NO T PREOCUPS, DLE TIEMPO PARA Q SE L PASE L NFADO.

—HABLMS MÑN?

—OK, EN EL RECRE.

—MJR SOLAS.

—OK, STA TRDE EN TU CASA. DEW^^

—\*

Me quedo algo más tranquila. Quizá no todo está perdido. Me meto en la cama. Me cubro con la sábana, apago la luz y cierro los ojos pero no puedo dormir. Los rasgos del chico de ojos azul hielo y el tono burlón de su voz se me aparecen una y otra vez, mezclados con los simpáticos del rubio del colgante. Voy en silencio a la cocina a tomarme un vaso de leche fría. Al volver, observo que hay una rendija de luz en la puerta de la habitación de mis padres. Haciendo oreja me parece que están hablando en tono preocupado, seguramente por lo de mi beca. De un modo aún más sigiloso deshago el camino a mi cuarto y me meto en la cama. Solo me faltaría que supieran que no estoy para nada entusiasmada con la idea y que se preocupen más. Y qué decir si se enteran de que ese chico, sea quien sea, me ha recomendado. Como sé que de esta línea de pensamientos no puede salir nada bueno, intento pensar en cualquier otra cosa. Por ejemplo en problemas de matemáticas. Nada. Lo último que recuerdo antes dormirme, aparte de esos dos pozos azules insondables, son los dígitos

luminosos de mi reloj despertador pasando de las tres a. m. Supongo que por eso me levanto tan hecha polvo cuando suena la alarma cuatro horas después.



Es viernes. Tras dos cafés y un desayuno me quito el pijama y pongo un par de vaqueros gris descolorido junto con un jersey fino. Me recojo el pelo en una cola, agarro el abrigo y me dirijo al instituto. Comienza a refrescar por las mañanas. Quizá debería haberme puesto calcetines. Aunque, en realidad, podría haberme quedado en casa. Como el domingo voy a ir a la otra escuela y la directora nos dijo ayer que el programa de estudios es algo diferente, no creo que pase nada por no ir a clase hoy; pero mi madre ha insistido. Según ella todas las enseñanzas tienen que cumplir con el currículo oficial (el aragonés en este caso), las dé el centro que las dé. Y como no me apetece romper aún más la «normalidad» le hago caso. Eso que al ir a clase tendré que encontrarme con todo el instituto, algo que no me apetece en absoluto después de mi salida acelerada del baile de ayer. En fin, será cuestión de comportarme como si nada hubiera pasado. Eso deberá desalentar cualquier cotilleo.

Al llegar al centro, cómo no, todos me miran. Algunos se acercan a felicitarme, otros a cotillear por qué no me quedé al baile. Vamos, como que comportarme igual que siempre es de lo más sencillo... Me refugio en las clases cruzando los dedos para no encontrarme con Paula. Tengo suerte y, para no tentarla demasiado, al sonar la campana salgo pitando y me voy a casa sin esperar a mis amigas. De todos modos, una me evita y la otra ha estado muy rara durante el recreo, se ha limitado a poner cara de «esta-tarde-hablamos». Así que no creo que se sorprendan porque no las haya esperado. Ni porque por una vez en mi vida haya sido la primera en salir de clase.



El día pasa a la velocidad de un caracol herido. Sobre todo considerando que, poco antes de la hora a la que habíamos quedado, me llega un *WhatsApp* de Ana diciéndome que no puede venir. Y no contesta a mis llamadas. Además, para cerrar el broche, mis padres están muy pesados con eso de que están orgullosos de mí. ¿Cómo decirles que ya me he cansado de oírlo con relación a la dichosa beca? Así que... lo siento mamá, yo me voy a mi cuarto. Ya me cuesta bastante mantener la sonrisa en la cara como para encima estar todo el día hablando de lo maravilloso que va a ser. Si tan solo Ana contestara al teléfono...

Al final, decido probar con el fijo y la llamo a casa. Se pone su madre, la cual me informa de que está con María y que, por si llamaba, me ha dejado un mensaje (qué detalle). Parece ser que vendrá a despedirse el domingo.



El sábado, al caracol, además de romperle la concha le han puesto obstáculos. Pero no pienso llamarla, una tiene su orgullo. Por lo menos, el preparar las maletas me mantiene ocupada. Aunque si la mayoría de las alumnas tienen el nivel económico de Paula, me parece que voy a ser o «la pobre» o «la rara». Si por lo menos hubiera uniforme, lo compraríamos en el Corte Inglés e iríamos todas iguales. Así, es probable que, con tantas garzas juntas, esto sea una maldita competición por la que lleva el conjunto más caro.

Sí... no dudo que será todas clavadas a Paula. Sé que no debería juzgarlas sin conocerlas pero, por ahora, llamarlas garzas alivia un poco mi malestar por lo de Ana y María. ¡Esta maldita beca me está jorobando la vida!



La mañana del domingo, sin embargo, es como si hubieran montado al caracol sobre un galgo: de repente todo corre demasiada prisa y mi madre quiere revisar bien mis maletas.

En cuanto tengo un rato, ya que Ana no viene me conecto a Internet para mandarle un mensaje. Me gustaría que supiera que me parece una auténtica guarrada que pase de mí así. Una cosa es intentar comprender que está entre dos amigas y otra esto. Por suerte para mí, mis padres se acercan un momento a mi cuarto justo cuando comienzo a teclear. Ha venido a verme.

—¿Tory?, ¿puedo pasar? —pregunta Ana vacilante ante mi puerta abierta.

—Pasa.

Estoy sentada en mi silla de ordenador, giro con ella 180° y la encaro con los brazos cruzados. Ella entra en la habitación y cierra la puerta; parece que tampoco quiere orejas indiscretas.

—Lo siento, Tory. —Se retuerce las manos—. Tienes que entenderme...

«¿Entender el qué? —pienso—, ¿que has pasado de mí para atender a las expectativas heridas de la pobrecita María? ¿Que a saber por qué no podías ni contestarme al móvil?».

Me tomo un minuto. Y cuando le hablo, mi voz suena fría.

—No intentes hacerlo más suave. Suéltalo.

No suelo ser tan borde, para nada, pero tras dos días de rechazo, estoy bastante cabreada.

—Vale. María dice que se pensaba que tú eras de otra manera. Y que, de todos modos, como está claro que no vas a seguir yendo a clase con nosotras, ni a la misma residencia en la universidad, todo eso de la amistad para siempre no tiene mucho sentido. Así que no quiere saber nada más de ti —suelta de un tirón, como si cada

palabra le quemara en la boca, y solo se relaja cuando ha terminado.

—Bien.

«¿¿¿Bien?!? —pienso sorprendida por lo que acabo de decir—. ¿Mi segunda mejor amiga me acababa de clavar un puñal y todo lo que hago es pronunciar “bien” con voz átona, como si no pasara nada? Como siga así me voy a acabar pareciendo a Paula».

Me estremezco. Ana respira hondo y sigue hablando. Me mira a los ojos.

—Lo siento, Tory. Me entran ganas de mandarla a la mierda pero entonces tendría que buscarme otra amiga con la que ir y en fin, que tú y yo sabemos que es pura envidia lo que la mueve. Por lo que le he sacado parece que su madre la presionaba mucho con que destacase en las notas, por eso el curso pasado había subido su media a notable. Pero claro, eso no es demasiado... Y su madre se lo ha estado recriminando y no ha dejado de compararla cruelmente contigo. Ya sé que eso es demasiado irracional hasta para María y que no es excusa para lo que te ha hecho pero... qué quieres que te diga. A mí me tendrá que servir, al fin y al cabo me dejas sola aquí.

Me la quedo mirando incapaz de reaccionar, sintiendo que si pongo palabras a mi voz acabaré gritando como una verdulera. Eso si no me da por soltar juramentos como mi abuela cuando se enfada... Entonces me doy cuenta de la otra parte de sus palabras, esa que no tiene que ver con que María ya no quiere seguir viéndome, sino con Ana. Con la joven rubia, de largos cabellos rizados, ojos marrones y expresivos, que parece suplicarme que la entienda. Con mi mejor amiga, la que me acaba de decir que si ha pasado de mí para contentar a María ha sido porque no quería quedarse sola.

—Tory, dime algo. —Su voz sonaba angustiada—. Dime que no se lo tienes en cuenta. Ni a mí. Yo no pienso dejar de ser tu mejor amiga porque te vayas. Chatearemos o hablaremos por skype todos los días. Será como si aún estuvieras aquí pero mejor pues tendrás un montón de cosas nuevas que contarme.

Consigue hacer que mis ojos amenacen lluvia. Estamos unidas desde parvulario, cuando me ayudaba contra los abusos de juguetes.

—Duele. Pero no pasa nada. Lo entiendo. Pero no intentes que esa y yo volvamos a ser amigas porque no pienso volver a dirigirle la palabra en la vida.

Me levanto y me coloco a su altura.

—Estás enfadada, es normal —intenta suavizar las cosas y esboza una sonrisa de tanteo.

—Prefiero no hablar más de eso. Dime mejor por qué no podías llamarme.

—Porque si lo hacía temía que fueras a casa de María a decirle cuatro verdades. Y luego sería yo la que tendría que aguantarla.

Me quedo pensativa. Qué bien me conoce.

—Ya... ahora me voy y ya no puedo, ¿no? —Le sonrío.

—Eso es, guapa.

—Vale. No pasa nada. Lo entiendo.

—¿Sin rencores? —Frunce los labios en un gesto que le quita años de encima, haciéndome recordar el colegio.

—Sin rencores.

Nos abrazamos. Tomándonos nuestro tiempo para despedirnos.

—¿Vendrás a verme en navidades? No se puede antes, para no romper el periodo de adaptación. Seguro que mi madre te lleva si yo se lo pido.

—Claro, cuenta con ello.

Es difícil decir adiós, aunque sea un hasta luego. Cuando salimos, me acompaña con mis padres al aeropuerto, donde está estacionado el helicóptero del internado. No entiendo muy bien eso de que tenga un helicóptero. ¡Con lo caros que son! Pero por lo visto se comparte con los demás institutos de la familia Niven, que suelen estar todos en zonas bastante agrestes e inaccesibles. A mi madre le tiembla la voz al despedirse. Es difícil incluso un «hasta dentro de dos meses». Un brindis por la educación en plena naturaleza. Y otro por los cambios de vida. Solo espero estar a la altura.



## Tres

Vamos a la escuela en helicóptero. Hasta que estoy a medio camino no me doy cuenta de que Ana y yo no hemos tenido tiempo de hablar sobre quién sospecho que me ha recomendado.

Como estoy segura de que se muere de ganas por saberlo, saco el móvil y se lo cuento en un *WhatsApp*. Al poco me llega un «K FUERT» con su respuesta. Paula, que está junto con Gema a mi lado, me mira enarcando una ceja, una de sus delineadas cejas perfectas, y continúa hablando con su amiga de tonterías como si yo no existiera. Supongo que me lo he ganado al haberme reído el jueves de tal modo que parecía que me estaba burlando de ella. Resignada al infierno que me espera, repaso los pocos datos que he podido recabar del internado Broto.

Por lo visto, está en Yosa de Broto, un pueblecito abandonado en un valle del Pirineo oscense, todavía activo en tiempos de mis abuelos. Las fotos a las que he accedido desde Google me muestran casas de piedra y un bonito paisaje. Eso ya no está. Me refiero a los edificios. Cuando la directora lo compró, los demolió para construir la escuela. En cuanto a los accesos, para poder construir ampliaron una senda que había, un camino forestal a través de árboles desde donde se deja la carretera local. Se supone que es el único que hay pero vamos, debe estar tan bacheado que yo no entraría a no ser que fuera en *land rover*. En fotos de excursionistas de hace varios años, se ve la senda corriendo en medio de un pinar y después, montaña arriba, con aliagas y cacas de vaca invadiendo el sendero hasta las casas de piedra medio derruidas. Por lo visto, hace unos cuarenta años que nadie vive allí y desde el aire veo que las cosas no han cambiado mucho. Ni los pinos, ni el hermoso y sobrecogedor paisaje de laderas escarpadas, ni un pueblo cercano al que para llegar poco menos que habría que ser una cabra y bajar por el otro lado la montaña donde está Broto. Eso sí, el internado no estaba en esas fotos; hasta ahora, solo lo había visto en folletos. Es un edificio de ladrillo caravista en forma de U,

lleno de ventanas y con un precioso patio en el centro. Un sendero de baldosas grises lleva desde este hasta lo que parece un bonito riachuelo. El camino que va a la civilización, por el contrario, es de tierra y, tras discurrir por el valle, se pierde en el pinar que baja hacia la carretera. Al descender el helicóptero observo otra diferencia: no hay rastro de las vacas que tanto abundaban en las fotos que he visto por Internet. Eso sí, las montañas adyacentes, con sus muros, eran de piedra destrozadas por la falta de cuidado y las lluvias, siguen allí marcando antiguos campos ganados al monte; así como la naturaleza agreste.

Precioso. Un helipuerto en una de las cuatro torres, cada torre en una de las esquinas de la U, pero ni cine, ni centros comerciales, ni nada... ¿Qué narices se supone que voy a hacer allí encerrada, en medio de rocas y aliagas, durante tres años?

Miro la cara de Paula, tan impenetrable y altiva como siempre. La tensión que denotan sus hombros, algo subidos hacia el cuello, es lo único que me da una pista de cómo se siente ella al darse cuenta de lo mismo que yo: seguro que está pensando que esto parece una cárcel. Gema, algo más descifrable, está con la boca un poco abierta, en un gesto que expresa tanto su asombro como su desagrado.

«¡Bienvenidas al rural culo del mundo! —no puedo evitar pensar—. No hay duda de que esto va a ser una experiencia irrepetible. Una de esas que dejan huella».



Al bajar del helicóptero, nos despedimos del conductor y nos recibe una mujer de edad indefinida entre los treinta y los cuarenta, bastante guapa, con su delgada figura enfundada en un vestido recto azul oscuro, el cabello ébano recogido en un moño francés y unos enormes ojos verdes. Un aura de autoridad emana de ella. Cuando habla, su voz suena tan musical como fría.

—Bienvenidas, sois las últimas en llegar. Os enseñaré vuestras habitaciones y os podréis cambiar. Una breve reunión en el salón de actos y después la cena. Podéis ahorraros las preguntas, la directora os explicará todo.

—¿Y usted es, señora? —pregunta Gema acercándose un paso hacia ella.

Yo estoy demasiado desconcertada por el extraño recibimiento como para hablar y Paula es demasiado orgullosa o desea demasiado encajar como para articular alguna protesta. Parece que le ha tocado a Gema poner palabras a nuestro «¿qué?».

—Las presentaciones después. En todo caso, soy una de tus profesoras. —La fulmina con la mirada—. Ahora limitaros a seguirme.

Esto es raro, muy raro. Nada de cordialidad, la carretera más cercana a dos horas y media de paseo (o eso decía Internet sobre el sendero antes de que lo ensancharan) y aunque llevamos móviles algo me dice que es muy probable que la zona ni siguiera tenga cobertura. Tiene que tener, lo sé. He visto demasiadas películas de misterio y mi imaginación se está disparando. Pero me siento como si tuviera sangre de gato y

no lo supiera, porque puedo sentir como se me eriza un inexistente vello de la espalda. Malo, muy malo... Comienzo a preguntarme si la excelente fama de las academias Niven no se deberá a que se parecen tanto a un convento de clausura que las alumnas acababan estudiando por puro aburrimiento.

Del helipuerto, una enorme plataforma metálica, bajamos por una estrecha escalera a lo que es propiamente la terraza que hace de tejado de la torre. La entrada es tan poco impresionante como el edificio en sí. Nada de cúpulas góticas y gárgolas de piedra como he visto en los folletos de las academias Niven más antiguas (una que adora google). Ni de sobrecogedores muros de piedra e impresionantes vidrieras. De hecho, me he fijado al aterrizar que lo único en lo que llama la atención el internado es en el tamaño. He podido contar que tiene cuatro plantas, un par de alturas en todo el edificio y las dos últimas tan solo en las torres. Como dato curioso, he visto hay paneles solares en dos de las cuatro torres, en lados simétricos de la U. Supongo que llevar energía eléctrica hasta aquí no ha debido ser sencillo. He visto postes con cables, imagino que de teléfono, entre los pinos; pero ninguno de alta tensión. Además, justo detrás del edificio, hay una explanada con más paneles. Nada como un bonito paseo aéreo para hacerte una idea del terreno.

La entrada por la que accedemos al interior es una especie de trampilla que se desplaza hacia el lado dándole a un botón. Algo así como las puertas de los supermercados pero en el suelo. Encogiéndome de hombros, sigo a nuestra anfitriona hacia el interior. Ya que mis dos compañeras no parecen acabar de decidirse, yo no tengo ningún problema en pasar primero.

Bajamos un montón de escaleras hasta que llegamos al piso adecuado. Tomamos un pasillo, bastante amplio y decorado con baldosas, que se dobla una vez noventa grados (parece que pasamos de la base de la U a uno de los laterales) antes de llevarnos a nuestro destino. Las baldosas son grandes y blancas, parecen algún tipo de cerámica cara. Las paredes son también blancas. Y lisas, como el techo. No hay ni un cuadro, tan solo enormes y rectangulares ventanas, tan funcionales y modernas como el resto del edificio. Si me dijeran que su opacidad varía en función del mes del año y de la inclinación de los rayos del sol, no me extrañaría. Me recuerda un poco a una casa domótica que tuvieron un tiempo expuesta en el centro de Zaragoza. Todo parece demasiado nuevo y estudiado, blanco impoluto y reluciente, luminoso y espacioso. Y sin el más mínimo toque personal que demuestre que aquí vive gente.

—Estamos en la primera planta, donde las habitaciones de las alumnas —nos indica la profesora—. En la segunda hay más pero son para las pequeñas, las de primero a tercero de la ESO. Aquí estáis cuarto y bachillerato. Hemos traído alumnas de primero de bachillerato de otros centros, para que hagan de tutoras y os ayuden a centraros. A vosotras os repartimos de dos en dos. —Paula y Gema intercambian una mirada que parece decir «genial»—. En vuestro caso, junto con chicas del curso superior que hemos traído de nuestra sede en Inglaterra. Bien, hemos llegado.

Se acerca a una puerta de madera de ébano y la abre tecleando una contraseña en

un panel digital de su derecha. La puerta hace «clic» indicándonos que está abierta y accedemos a una habitación bastante grande, parece incluso mayor que el salón de veinticuatro metros cuadrados de mi casa. Está dividida en dos espacios idénticos, ambos con una cama, una cómoda, un armario y un conjunto de escritorio, silla y ordenador con escáner-impresora.

—Aquí os quedáis vosotras dos. —Nos señala a Paula y a mí—. Esta puerta da al dormitorio de Kate. —Avanza hasta otra idéntica a la que acabamos de cruzar, también con su panel para la contraseña, que está en el fondo de la habitación—. La veréis luego. Os hará más leve el familiarizaros con todo. —Hace una breve pausa—. Bien, la reunión es a las nueve. Así que tenéis una hora para asearos antes de que venga Kate a las 8.50 para presentarse y guiaros al salón de actos. —Gira su cabeza hacia Gema—. Jovencita, sígueme, te llevo a tu habitación. Tu compañera es de otro instituto de tu ciudad y te está esperando.

—Será un error, ¿no?

La pobre, con tanta información de golpe, está incluso más saturada que yo. No parece asimilar que no vaya a dormir con la clónica original.

—Yo nunca cometo errores —le contesta muy seria la profesora, tan erguida y distante como ha estado desde el principio.

—Pero Paula y yo somos amigas. No como ella. —Me señala con un gesto de desdén.

—Bien. Seguid siéndolo. Sígueme.

—¡Protestaré a mi padre!

—¿Vas a cuestionar nuestros criterios de alojamiento? Ellas dos se quedan aquí porque presentan características afines. —«¿Qué?», me sorprende—. Tú no. Y tu padre, por más que sea el principal accionista de una gran empresa, no tiene nada que decir aquí. Pero si lo que deseas es irte, lo puedo arreglar fácilmente —me parece detectar algo de deleite en su tono helado.

—No. —Su cara bronceada se vuelve tan blanca como el papel—. Perdonadme, señora, no deseo irme.

Contengo una risa, ¡qué melodramática!

—Muy bien —la evalúa con la mirada—. Sígueme pues. Vosotras. —Nos mira—. La contraseña es 441. Cambiarla a vuestro gusto.



—Ni lo sueñes —me dice Paula una vez que se ha cerrado la puerta—. No voy a ser tu amiga después de que te burlaras de la idea el otro día. Aunque tampoco es que desee que nos llevemos mal. —Se dirige hacia la cama del lado de la habitación donde en vez de un cuadro hay una de esas amplias ventanas rectangulares—. Ah, este lado es el mío.

Deja allí sus maletas y enarca una ceja en señal de desafío.

«Sí, señor —pienso—, bonito modo de no llevarnos mal».

—Muy bien. Como deseas.

Mi voz suena neutra y me encojo de hombros. Supongo que me esperan demasiadas batallas con ella como para desgastarme por algo tan trivial como quedarse con el lado de la ventana. Por más que ese también sea mi favorito, sobre todo por aquello de que me gusta pensar pegada a al cristal.

Dejo mi única maleta en la cama. Por el tamaño del armario, dos metros con triple puerta y altillos, supongo que se esperaba que trajera tanta ropa como ella. Pero claro, para eso primero mis padres me la tendrían que haber comprado de propio porque nunca he poseído mucho más allá de tres o cuatro conjuntos por época del año. Y no son de marca como los veinte mil de Paula. En cierto modo, aunque solo sea por eso, debe ser una suerte nacer rica.

Coloco mi ropa intentando no sentirme intimidada por la cantidad y el precio de la de Paula. A continuación, me dirijo al cuarto de baño para asearme un poco. Por lo visto está anexo nada más salir al pasillo. Cada habitación con su baño, qué lujo... Veo al entrar que es espacioso, pintado en un bonito color azul lavanda y con azulejos verdosos en la pared con motivos de animales marinos. Al fondo, justo al lado de la cabina de ducha, hay un enorme armario tipo columna con tres puertas. Considerando que una de ellas da a una cantidad de cosméticos tan grande como la que usaría mi madre en dos años, no es difícil deducir que debe ser el de Kate. Soltando un silbido casi inaudible, deposito mis artículos de aseo en el compartimiento de al lado. Después, me lavo la cara, mojo y retoco un poco mi pelo, me pongo brillo de labios y vuelvo a la habitación. Paula se ha cambiado de ropa. Esta vez en vez de sus típicos conjuntos de falda y jersey lleva un vestido recto de manga corta que, conociéndola, seguro que es de seda. Está de pie, con los brazos en jarras, mirándome con mala cara.

—Verás, Victoria, faltan quince minutos para que venga nuestra compañera. No me gusta que acapares el baño. Más te vale que tenga tiempo de retocarme el maquillaje.

Suena molesta, como si fuera un fastidio tener que aclararme las cosas. Me lanza una mirada exasperada y sale hacia el lavabo.

¡Ag! Será arpía. Solo faltaría que no pudiera ni lavarme la cara para no «acapararle» el baño. Me acerco a la ventana. Como le dé por decir que es suya por estar en su lado no le pienso hacer ni caso. Su poder está en su grupo y aquí está prácticamente sola. Intento relajarme. La vista a través del cristal da al patio interior, en el cual destacan un bonito jardín, una fuente y bancos. Está vacío. Supongo que todo el mundo debe estar preparándose para la reunión.

—¿Bonita vista?

Me giro sobresaltada. Una chica morena de pelo muy liso y ojos verdes me mira con aires de suficiencia. Increíble que con los tacones que lleva no la haya oído

acercarse.

—¿Kate?

—Sí. Tú debes ser una de las novatas. Bienvenida. —Me alarga una mano de dedos pálidos y delicados, con largas uñas rojas. Su vestido negro de talle estrecho acompaña a su movimiento.

—Eh... gracias.

Y yo en vaqueros desgastados y camiseta... Si las cenas aquí son medio formales estoy a punto de dar la nota. Genial. Le estrecho la mano. Por cierto, darnos la mano en vez de dos besos... qué frío.

—Bueno, ¿y tu amiga?

—¿Amiga? —suenan la voz de mi garza favorita.

Paula, tan radiante como siempre, asoma por la puerta. Quitando su elección de colores en tonos pastel mientras que los de Kate son más bien el rojo, negro y azul oscuro, parece encajar con esta como un bolso caro con sus zapatos a juego. Cada vez me siento más fuera de lugar. Y no me gusta.

—Amiga... —repite— yo no diría tanto. —Le sonrío—. Tú debes de ser nuestra compañera de cuarto.

—Sí, quitando que el mío es para mí sola. —Le estrecha la mano—. En fin, como pronto comprobaréis, más que compañera voy a ser vuestra niñera. Esta institución tiene sus reglas y no conviene romperlas.

Nos regala una sonrisa crítica y se dirige hacia el pasillo. Paula la contempla pensativa unos instantes antes de seguirla. Suspiro resignada. Cada vez tengo menos ilusiones de que estar aquí pueda ser, de algún modo, divertido.



El salón de actos es una enorme sala en la segunda planta. Está en lo que sería la base de la U que forma la estructura del edificio. Por lo que he visto y se ha dignado comentarnos Kate, las habitaciones y las clases están en las dos alturas de uno de los laterales, el único al que tenemos acceso. Los dormitorios en el segundo piso y las aulas en el primero, es decir, el del nivel del suelo. Como en medio de todo están los jardines, cabría pensar que la base de la U es igual de estrecha que sus laterales. Pero no es así: es bastante ancha. Y es allí donde está el salón de actos. Nada más entrar, me sorprenden sus muebles: sillas plegables dispuestas en ordenadas filas. Ni siquiera están ancladas al suelo. Además, el enorme escenario de tarima donde han puesto una mesa y varios asientos para las docentes también parece móvil. Me lo quedo mirando con el ceño fruncido. Por su tamaño, parece ideal para hacer teatro o representaciones de danza. Espero que se use también para eso y no solo para darnos discursos. Tiene unas cortinas negras recogidas en los laterales que me dan cierta esperanza. Sin embargo, arrugo cada vez más la frente porque no consigo entender por qué las

paredes están recubiertas de espejos. Por suerte la alumna inglesa se apiada de mí, me aclara entre susurros que esta enorme sala también se usa como gimnasio.

Avanzamos hasta la segunda fila.

Por inercia, Paula se sienta al lado de Kate y yo tras ella. En pocos minutos, todo el mundo está en su sitio y en silencio. Cómo se nota que todavía no nos conocemos. O eso o que hay algo en la pose de la directora, como una reina evaluando a sus nuevos súbditos, que no da mucho pie para hablar. Esa mujer, desde el primer día que la vi, me pone los pelos de punta. Es como si tuviera un aura capaz de invadir todo el espacio, apenas dejándonos nada a los demás. Y aquí, en su casa, es todavía más palpable que en mi instituto.

Eloísa, la única de pie entre su silla y la mesa de madera rojiza con aspecto de ser tan cara como elegante, nos mira unos instantes. Con fijeza. Yo juraría que me mira a mí, pero por la tensión de Paula y de la otra chica que tengo al lado, debe estar haciendo eso con todas. La chaqueta de su traje entallado gris plata se mueve cuando respira. Es la única parte de ella que lo hace mientras nos (me) taladra con esos ojos azules. Incómoda, bajo algo la mirada y veo sus piernas enfundadas en medias oscuras bajo la mesa. No es que me guste ese modo de vestir, demasiado serio para mí, pero he de reconocer que tiene estilo, sobre todo por los taconazos que lleva. Cuando por fin habla, su voz llena la sala sin necesidad de micrófonos, con una autoridad tan inherente que seguramente ha nacido con ella.

—Buenos días —nos saluda—. Soy Eloísa Niven. Bienvenidas a la institución educativa Broto. Seguramente pensaréis que es un honor estar aquí. —Deja transcurrir un silencio expectante—. Pues bien, así es. Aunque no imagináis cuánto. Por eso, la que no estudie, la que no rinda, la que no se supere... se va.

Hace una pausa melodramática. Quizá no haya nacido para jefa sino para actriz, porque es increíble que a ninguna nos entren ganas de reírnos.

—Veréis —continúa con el mismo tono de voz desapasionado—, esta es una institución antigua. Oficialmente data del siglo XIX. Pero eso ya lo sabéis. Así que añadiré que, en realidad, es más anterior. En algunos conventos de la Edad Media se seguían los mismos principios educativos para formar a las religiosas y la misma finalidad. —Esta vez el silencio no es teatral sino para mirarnos una a una, como si quisiera ver hasta dónde la estamos siguiendo—. Sí, finalidad. Queremos forjar mujeres excepcionales y ofrecerles todo. Pero no lo vais a conseguir ni la mitad. —Sus labios se curvan en una mueca sardónica—. Por eso, no esperéis un discurso de bienvenida típico donde os anime a integraros, a formar un grupo que trabaje junto y se respete mutuamente. No. Aquí los trabajos son en su mayor parte individuales. Aquí no premiamos a las débiles ni a las que no sean poco menos que brillantes. La puerta está libre para que os vayáis si no podéis soportar la presión. Pero la que lo haga, la que tenga claro que sus objetivos solo pueden lograrse a través del trabajo individual, del esfuerzo, de la fuerza de voluntad, de no dejarse arrastrar por las perdedoras, esa alumna, tendrá un futuro con todo lo que haya soñado y más. No

quiero lloronas, ni a nadie que no desee estar aquí. Y tened por seguro que muchas vais a acabar de vuelta en vuestros institutos antes de que acabe el curso.

Deja de hablar y la sala permanece envuelta en un silencio sepulcral, con todas nosotras intentando asimilar lo que acaba de decir, sin ser capaces de creérselo excepto por las alumnas que, como Kate, son veteranas. Ellas están concentradas en cada palabra, bebiéndolas como si fueran el elixir más maravilloso de transformación en Dios sabrá qué. Los ojos de la directora parecen traspasarme y continúa con su explicación.

—Podría hablaros de los logros de otras alumnas nuestras o del nivel de excelencia en vuestros estudios que se espera que logréis. Pero eso ya lo sabéis y ya os lo recordarán en clase. —Sonríe con levedad. No es un gesto al que su cara parezca muy acostumbrada. A continuación, se lleva uno de sus dedos acabados en largas uñas oscuras a los labios—. En vez de eso voy a volveros a confesar mi secreto, otra vez, por si no os ha quedado claro, para que despierte del todo vuestro espíritu competitivo. —Su voz se torna acerada y apasionada de un modo que me recuerda una tormenta invernal—. Esto —remarca— no es una enseñanza basada en el compañerismo. Olvidar todo ese rollo sobre integrar la diversidad, sobre que todos somos iguales. Tonterías. —Si sigue así va a acabar por derrumbar de un plumazo los pilares educativos—. Quien más se aplique más conseguirá y no solo en notas sino también en conocimientos y privilegios en la vida diaria en este internado. Y no os engañéis, jovencitas, el saber vale su peso en oro. Aquí podéis ser listas, sacar la cabeza por encima de la masa mediocre del alumno medio y nadie os la cortará. Aquí no os marginarán ni por leer ni por estudiar ni por saber más. Más bien por lo contrario. No hay nada peor que ser del rebaño. —Su boca se abre en una sonrisa que me hiela la sangre. Es como si le divirtieran nuestras caras de desconcierto—. Además, aquí tampoco somos justos: algunas de vosotras van a empezar con más ventaja que otras. —Y esta vez sí que me mira solo a mí, lo sé porque las demás giran sus cabezas para seguir su mirada—. Mary...

Hace un gesto a una profesora que está sentada a su lado. Esta se levanta y se me acerca. Me prende un broche con forma de mariposa púrpura. Y otro más a Paula, a Kate y a tres chicas más.

—Gracias Mary —continúa diciendo y puedo ver un brillo complacido en sus ojos—. Como iba diciendo, estas seis chicas son las que empiezan con ventaja. Pronto se os explicará en clase de historia qué significan esas mariposas. Por ahora os bastará con saber que ellas han sido elegidas a dedo para ser las favorecidas. Si a alguna no le gusta este concepto elitista, competitivo y caprichoso de enseñanza, que se lo diga a su alumna tutora asignada y nos encargaremos de que vuelva a su casa. Y ahora, jovencitas, os dejo con la jefa de estudios que os presentará a vuestras profesoras.

Eloísa se sienta y la profesora que nos ha llevado a nuestras habitaciones se levanta. Comienza presentándose, diciendo que es Ashley Bloom. Pero yo no estoy

para escucharla. ¿Qué locura de instituto es este donde premian valores individuales e incluso egoístas? ¿Y qué es eso de que yo soy una favorita? Mi mente vaga hacia los rasgos de aquel chico de mechones castaños, aquel que me dijo que me había recomendado. Me sonrojo al recordar también mis ganas de besarlo. Después sacudo la cabeza para desvanecer su imagen. Todo esto es una maldita locura.

En cuanto a eso del rebaño, ya he experimentado en carne propia que no conviene alardear de notas ni con mis amigas, ni contestar demasiado a los profesores cuando nos preguntan cosas, porque si a una la marcan como empollona su vida social pasa de un agradable anonimato a un desagradable vacío. Y eso con suerte. Pero... de allí a llamarnos «rebaño», «masa mediocre»... ¿No se ha pasado un poquito? Aunque algo de crédito sí tengo que darle, pues mis padres siempre dicen que cuando accedamos al mercado de trabajo tendremos que tener claros nuestros valores, porque este no los respetará. Nos encontraremos en una jungla donde habrá de todo, incluida gente que te querrá pisar. Mis padres defienden que frente a una sociedad que predica una cosa y luego se comporta de otro modo, las buenas personas no podemos olvidar que lo somos (uf, me parece que aún tendrá razón Ana cuando me dice que los escucho demasiado...). Eloísa parece tener eso claro, no por lo de ser buenas personas pese a todo, sino por lo de enseñarnos a defendernos desde el principio. Pero si esto es una escuela que prepara a tiburones empresariales, mejor me voy, porque yo no quiero ser eso.

Respiro hondo y me obligo a atender. Quizá todo esto no sea más que una broma pesada, una especie de novatada o algo así.

—... os enseñará historia europea —está diciendo la jefa de estudios.

Genial, me había perdido la lista de profesores y asignaturas. ¿Y para qué narices íbamos a estudiar historia europea? Eso no se enseña en mi instituto. Ni en ninguno que yo sepa.

—Por último, yo os daré la que va a ser vuestra asignatura más importante: física y química. Aunque el enfoque no es al que estáis acostumbradas. —Curva los labios en una sonrisa tan maliciosa que me revuelve el estómago—. También quería comunicaros que debido a nuestra inusual localización geográfica, no tenemos ni cobertura para los móviles ni *wifi*. Vuestra tutora ya os informará sobre cómo manteneros en contacto con vuestras familias y amigos. ¿Alguna pregunta?

—Pero... yo tengo que llamar a casa esta noche. ¿No hay cobertura? —pregunta una chica con pinta de estar tan perdida como yo, que ha levantado la mano.

—Señorita Otal —vaya, se sabía su nombre de memoria—, parece que no sabe escuchar. Ni formular un pensamiento coherente, ya que estamos. Le recomiendo que no vuelva a pedir la atención de todos para demostrar lo que NO —remarca— sabe hacer. O de lo contrario nos vamos a ver obligados a clasificarla como alumna poco capacitada. No creo que haga falta decir que las alumnas poco capacitadas no titulan aquí.

Se oyen unas cuantas risillas que la jefa de estudios parece aprobar. La pobre

chica se pone como la grana y mira sus zapatos como si así las demás fuéramos a ignorarla.

—¿Alguna pregunta más? —continúa Ashley.

Silencio total.

—Lo suponía. Bien, señoritas, pueden retirarse al comedor. Que tengan una agradable cena y pasen una buena noche.

«¿Por qué será que tan buenos deseos no parece creérselos ni ella?», me pregunto a mí misma. Esto cada vez se pone peor.

El resto equipo docente se levanta y, junto con la jefa de estudios, se dirige hacia la salida.

Yo solo puedo quedarme sentada, inmóvil, pensando dónde me he metido hasta que Paula me da un codazo para que me mueva. Me entran ganas de bufarle, como los gatos. No sé, se supone que ahora soy una mariposa o algo así. Prefiero ser un gato y verla como a una garza. Así me la puedo merendar si se pasa.

Me levanto y salgo, cada vez más decidida a ponerme en contacto con mis padres (ya le preguntaré cómo a mi tutora) para que me saquen de aquí. En cuanto al camino al comedor, el cual por lo visto está justo debajo de nosotras, no lo conozco; pero encontrarlo es fácil: solo tengo que seguir al «no-rebaño».

El comedor es una enorme sala en la planta baja, con varias hileras de mesas rectangulares con manteles de hilo, blanco o amarillo, y cubiertos para seis comensales. Presidiéndolas a todas, hay una mesa colocada perpendicular a las demás y con una buena visibilidad del resto de la sala gracias a los dos escalones que la elevan un par de palmos sobre nuestro nivel. Su mantelería es negra.

Hago un cálculo rápido: una matriz de cuatro mesas de ancho y tres de largo dan doce mesas de hilo blanco, con seis platos por mesa, setenta y dos alumnas. Y tan solo una fila de amarillo. O sea, cuatro por seis, veinticuatro alumnas más. Noventa y seis es un número bastante pequeño para una escuela. Claro que, en el comedor sobra sitio para más mesas y siempre se puede comer a turnos. Además, que yo sepa, han aceptado pocas alumnas por curso.

Kate nos lleva hasta una de las mesas amarillas. Una cuyas sillas están tapizadas en púrpura, en vez de en el color de la mantelería. Se sienta con nosotras y las otras tres chicas con los broches morados. Empiezo a entender eso de la disposición elitista. De algún modo, nosotras debemos ser las más dotadas (¡qué marrón...! ¿Por eso comparto cuarto con Paula?). Luego van, deduzco, el resto de mesas amarillas. Más que nada porque nuestra mantelería lo es. De algún modo, considerando que la otra chica de internado europeo que lleva el broche va con sus dos compañeras de habitación (así se nos presenta), deben haber adjudicado a cada dos alumnas una tutora de su «nivel» o «potencial». Sea eso lo que sea.

El comedor, por cierto, está bastante lleno. Debemos ser de las últimas en llegar. La mesa presidencial, sin embargo, está vacía. Es muy posible que sea para las profesoras, aunque quizá solo coman con nosotras en ocasiones especiales. Dejo de

elucubrar y sonrío a las otras chicas de mi mesa, las que no conozco. Y noto que van tan arregladas como Paula. Miro mejor a mi alrededor. Alguna más, en otros sitios, lleva vaqueros como yo. (¡Menos mal!). Exhalo el aire que he estado conteniendo, algo menos nerviosa; por lo menos no voy a ser la única en no conocer la etiqueta. Tras intentar en vano establecer una conversación con mis compañeras, las cuales parecen que han aceptado instintivamente a Paula como una de las suyas, decido concentrarme en la comida. Cualquier cosa antes de demostrar lo incómoda que estoy con las cinco charlando como si yo no existiera. Por lo menos está bastante bien cocinada y me entretengo disfrutándola. Sopa de pescado y asado de ternasco con verduras de segundo. Me encantaría de no ser por el nudo de ansiedad que tengo en el estómago. Ni el discursito de bienvenida ni mis compañeras son lo mejor para relajarla a una.

Hay una chica, en una mesa de detrás, una de las blancas, que parece tan fuera de lugar como yo. Considerando que está cerca de Gema, me pregunto si compartirán habitación. Es castaña, con una melena lacia por los hombros y un flequillo deshilachado. Nos miramos unos segundos. De algún modo, consigo poner los ojos en blanco y la veo sonreír.

Cuando estamos acabando los postres (tan variados como que nos han traído un carrito por mesa para que elijamos), el equipo directivo llega para cenar. La jefa de estudios, en vez de sentarse como las demás, a la espera de que nos vayamos para comenzar su comida, llama nuestra atención y nos dirige unas palabras.

—Buenas noches. Espero que vuestra cena haya sido agradable.

Algunas asienten con la cabeza. Yo paso, aunque no tengo nada en contra del asado; más bien al revés. Deben tener una cocinera excelente y un muy buen presupuesto.

—Bien —continúa con su voz melodiosa—, tan solo quería haceros notar que las alumnas de la mariposa están en una mesa especial para ellas, con el color púrpura. El resto de mesas con mantel y servilletas amarillas son para las alumnas que les siguen en capacidad. Y el blanco, para las demás. Que nadie se desanime si su color es este último. Estar aquí ya implica unas capacidades superiores a las del resto de chicas españolas de vuestra edad. No es el momento de deciros los criterios que hemos seguido. Vosotras mismas los deduciréis tras el primer examen, en diciembre. Tan solo saber que nada —remarca— es inamovible. Aquí puede haber ascensos y caídas. Tomároslo como un aprendizaje de la vida real. Esa que os espera más allá de las puertas de esta institución. Por cierto —continúa al ver que hay alumnas deseando intervenir—, bajar vuestras manos. No es el momento de contestar preguntas. Bien. No tengo nada más que deciros. En cuanto acabéis el postre sois libres para ir o a la zona recreativa o a vuestros cuartos.

En ese momento Paula me mira, frunce el ceño contrariada y decide dirigirme la palabra. «¡Qué amable!», no puedo evitar ironizar para mí.

—Bueno, Victoria, has estado muy callada. ¿Te apetece acompañarme a la zona

recreativa cuando acabes tus... eh... pasteles? —acaba de decir arrugando los labios con desaprobación.

—Me parece que paso. Por más que lleve la mariposa, no me veo precisamente conjuntada con vosotras.

Entiendo que intenta incluirme en el grupo. Integrarme, ya que soy una de las privilegiadas. Pero de verdad, ella puede comerse su gelatina *light*; es más, me parece genial. Pero que no se meta, ni de modo subconsciente, con mis pastelitos de crema y chocolate: hoy necesito darme el gustazo, azúcar como sustituto del cariño de mis amigas. A ver cuándo tengo un momento para mandar un mensaje a Ana. Y por eso, porque no sé quién se cree Paula que es para juzgarme, le contesto de un modo más brusco de lo que pretendo. Este es el segundo y último error que me permite.

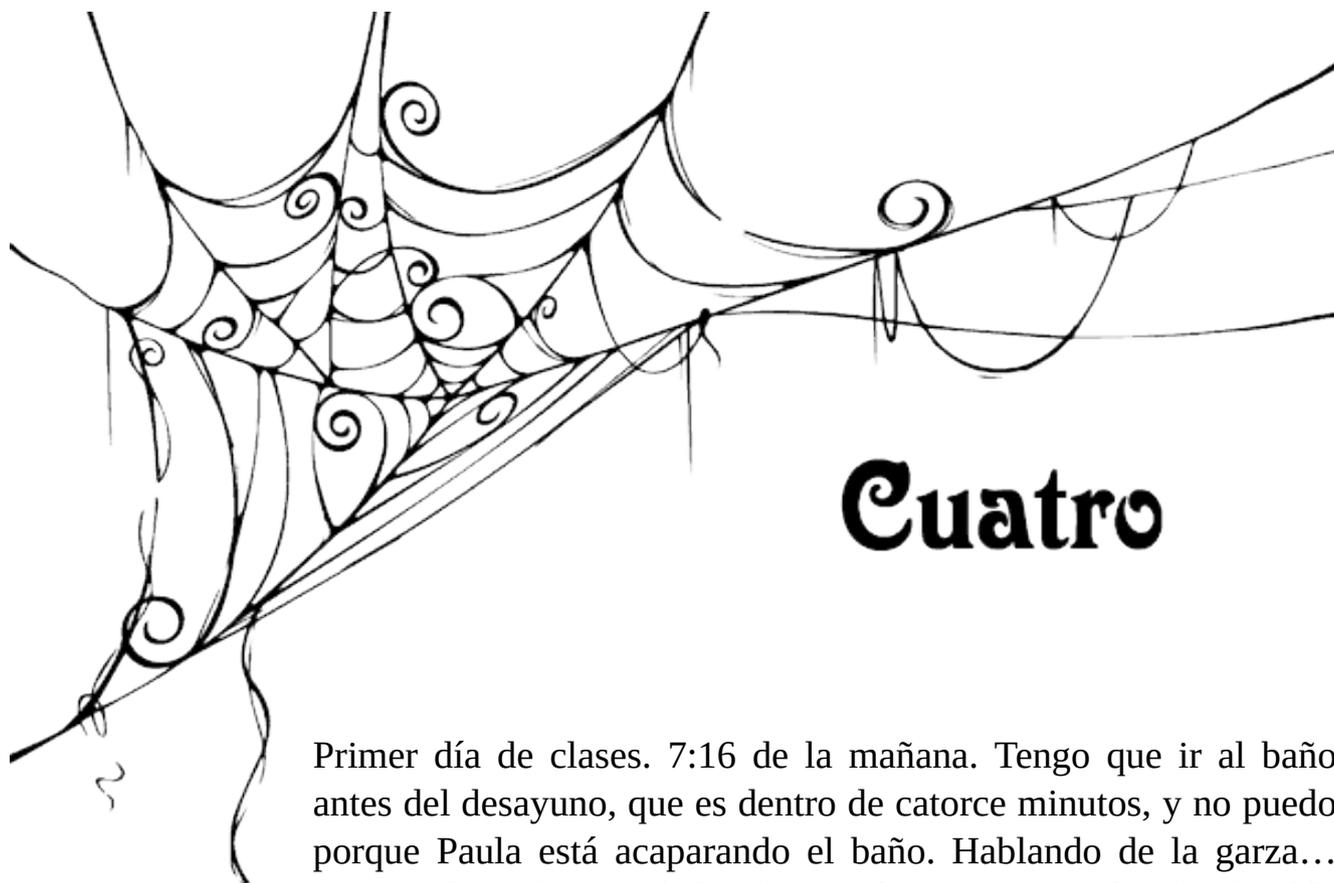
—Muy bien. Tú por tu cuenta. Que te diviertas. ¿Chicas?

Las cinco, como un bloque, dejan los restos de su gelatina o su manzana y se levantan. Me quedo sola acabando el postre, con la sensación de que acabo de meter la pata hasta el fondo.



Para empezar, sin Kate no sé cómo voy a llegar a ese salón con las teles y los juegos. Debería haber vendido mi alma al grupo vip. Entre darme de tortas por eso y el pensar en la filosofía competitiva y absurda de esta escuela, se me amarga el final de mis pasteles. Menudo desperdicio de azúcar... Pero, jolines, es que tengo razón. ¿En qué valores pretenden educarnos? ¿En los del egoísmo, narcisismo y ambición? Además, para rematarla, desde que he entrado en el edificio he comenzado a encontrarme mal del estómago, como si tuviera muchos nervios o ganas de vomitar. Y cada vez va a más. Salgo del comedor e intento orientarme, como un turista en medio de una ciudad-laberinto. Miro sin ver las ventanas del amplio pasillo, intentando averiguar qué escalera, de las dos de la base de la U, debo coger. Elijo la primera con la que me topo, al azar. Subo. Sigo el pasillo. Y entonces un movimiento tan rápido que parece imposible capta mi atención. Donde antes no había nada más que baldosines y unos bancos vacíos, allí está él, mirando hacia la ventana. Yo estoy en la segunda planta y ni siquiera pegada al cristal. Él en el patio del edificio, el enmarcado por la U, y por la cara de reconocimiento que pone juraría que me está viendo. ¿Es posible? Si es así, como suele decir mi madre, que Santa Lucía te conserve la vista. Curiosa, me acerco a la ventana. Las risitas tontas de otras alumnas, a las que me estaba acercando, se pierden en un giro del pasillo. Luego las alcanzaré, si es que van a la sala común, claro. Pego la nariz al cristal y miro hacia abajo. Sí, es él. El chico espectacular de los mechones castaños, que me está mirando fijamente. Sus ojos, tan fríos como otras veces, capturan mi mente, me hacen olvidar dónde estoy. Mi corazón se ralentiza, como marcando los tambores de algún ritmo ancestral.

Siento latir mi pulso en las sienes y en el estómago, cuyas náuseas comienzan a remitir. No sé cuánto tiempo estamos así, su expresión impasible y mis ojos enganchados a ella como si fuera una droga alucinógena. Pero juro que siento cómo mi visión se aclara y lo llevo a mirar como si estuviéramos cara a cara a través de la ventana. En ese momento él parpadea, sacándome de mi extraño trance. Me observa aprobador y con posesividad, como si yo hubiera pasado alguna especie de prueba o hecho algo bien. A continuación desaparece, dejándome aturdida. Entonces el malestar de mi estómago vuelve con repetidas fuerzas. ¡Dios! Mañana no cenó tanto, palabra. Mascullando una palabrota de esas que me cuido mucho que oigan mis padres, me doblo un poco por el dolor y me dirijo hacia el final del pasillo, esperando ser capaz de encontrar la dichosa sala de esparcimiento. Y una respuesta coherente a qué narices hace un tío en un internado para chicas.



## Cuatro

Primer día de clases. 7:16 de la mañana. Tengo que ir al baño antes del desayuno, que es dentro de catorce minutos, y no puedo porque Paula está acaparando el baño. Hablando de la garza... ayer pasé por delante de la sala común pero no entré. Solo de oírla riendo en un tono demasiado alto con Kate se me quitaron las ganas y me fui directa a dormir. Bueno, en realidad, a intentar llamar a Ana y a mis padre. Pero el móvil no tiene cobertura y como supuse que los teléfonos (no me creo que no haya ninguno) estarán en la habitación de ocio que acababa de evitar... decidí dejarlo para mañana. Es decir. Hoy. Lunes. Primer día de clases.

(Espero que Ana no se piense que la estoy evitando).

Vuelvo a mirar el reloj. 7:17. Decido esperar a la puerta de los aseos. Paula no sale hasta y veinte. Ni me contesta a mi «ya te vale». Genial. Una compañera de cuarto estúpida y yo sin tiempo para nada más que un lavado de cara y un peinado rápidos. Encima, casi llego tarde al desayuno y me quedo sin poder entrar. En este sitio son bastante estrictos con los horarios. A las 8:00 estamos todas en clase, aunque en 4.º de la ESO «todas» seamos diecinueve alumnas.

Mi intención era sentarme en una de las mesas de la primera fila pero parece que están muy solicitadas. Acabo en tercera, al lado de la chica con la que intercambié unas miradas el otro día en la cena. Me estoy planteando el presentarme cuando entra la profesora, la cual casualmente es la jefa de estudios.

Ashley Bloom lleva el mismo moño francés que el día anterior; así como un vestido similar, pero esta vez a juego con sus ojos verdes. Deja unos libros sobre la mesa, enciende el ordenador y la pizarra digital y se vuelve para mirarnos.

—Buenos días. Como habréis adivinado al verme llegar —continúa sin esperar una respuesta a su saludo—, soy vuestra tutora. Además, os daré física y química, danza moderna y meditación aplicada.

Se gira hacia el pc, cuyo teclado y pantalla está sobre su mesa en forma de L, y comienzan los cuchicheos sobre qué será eso de meditación aplicada. Ashley, sin volverse ni elevar la voz, nos informa de que la próxima vez que hablemos sin su permiso, las que lo hagan se irán a su casa. Así, como quien comenta que si llueve y no llevas paraguas te vas a mojar. Lo peor de todo es la musicalidad de su voz, que le da un toque siniestro, como cuando salen niñas cantando en algunas películas de miedo. Desde luego consigue su objetivo: se hace el silencio. Uno tenso, pues todas la creemos. Mientras tanto ella mete un *pen* de memoria en un puerto USB y selecciona de allí unos datos para mostrárnoslos en la pizarra digital.

—Bien, esta es una lista con vuestras asignaturas y profesoras. No hace falta que la copiéis. Al final de la clase transferiré el archivo a vuestros portátiles.

Sí, portátiles. Hay uno en cada mesa. Algo me dice que tenemos que llevárnoslos a nuestros cuartos para estudiar con ellos. No, netbooks, no... De dieciséis pulgadas. Este internado lo hace todo a lo grande, hasta pasarse mil pueblos.

—Puede que las asignaturas os suenen extrañas, así que voy a comentaros de qué área son unas cuantas. Vuestras profesoras ya os lo aclararán. —Se dirige hacia la pizarra con un puntero para señalar—. Danza moderna y meditación aplicada son de educación física. Literatura fantástica, Códigos y pictogramas y Declamación de poesía son de Lengua y Literatura. Botánica de Biología y Geología. Sociedades antiguas y Etiqueta de Historia. Astronomía es una optativa que os hemos incluido a todas, al igual que cocina. Inglés, francés, matemáticas... no necesitan explicación. Y así con el resto. —Se vuelve a sentar detrás de su mesa—. En fin, no voy a explayarme en esto. Cada profesora os hablará de su asignatura. Como tutora, aparte de daros unas hojas para que me rellenéis con vuestros datos, simplemente deciros que voy a estar en contacto con vuestros padres. Tenéis teléfonos en la sala común. La sala de Internet también está abierta por las tardes. No hay *wifi*. Ni cobertura a móviles. No queremos que el mundo exterior os distraiga de vuestro trabajo. Ya os lo comuniqué ayer. Y en cuanto a mis asignaturas, Danza moderna es una fusión de estilos que trabajan la elasticidad, el equilibrio y la coordinación. Meditación aplicada son una serie de técnicas de relajación que damos a todos los alumnos nuevos, independientemente de su curso, por si tienen problemas en adaptarse a las nuevas normas. —Curva los labios en una sonrisa irónica—. Es algo de yoga, de concienciación corporal... en fin, el típico rollo *New Age*. Si hace falta, ponemos hasta incienso. Y física y química... digamos que tiene un contenido de laboratorio muy algo, un enfoque muy práctico.

Después de esto, el resto de la clase transcurre con más normalidad, rellenando datos de casa, gustos y esas cosas tan típicas que te piden los tutores el primer día; sin embargo, yo no dejo de darles vueltas a las asignaturas. Entiendo que sea una institución para niñas ricas. Pero... ¿etiqueta?? Y eso por no hablar del yoga o de la astronomía. Y la declamación de poesía... ¿eso va por el rollo de las competencias?, ¿para saber expresarnos oralmente? Yo alucino. Miro a Paula de reojo. Está en tal

actitud de reina que me echaría a reír si no fuera porque entonces igual hasta me expulsaban. Vale que quiero que mis padres me saquen de aquí si consideran que los valores de este centro son de locos, pero por lo menos que lo decidamos juntos, no que me expulsen. Por un momento, la pilla mirándome con una mirada de resentimiento... Me lo imagino, la garza me guarda rencor eterno por haber vuelto a rechazar su acercamiento. Quizá deba disculparme al salir de clase, aunque el «lo siento» y yo no nos llevamos demasiado bien. Sobre todo con una tía tan insufrible.

Cuando toca el timbre y se va la profesora, en los breves minutos antes de que entre la siguiente, me giro hacia la chica de mi derecha, la de la lacia melena castaña del comedor. Por lo menos voy a intentar llevarme bien con alguien, porque desde que me han dado la beca parece que podría escribir un manual de cómo NO hacer amigos.

—Hola. —Le sonrío—. Me llamo Victoria, pero prefiero que me llamen Tory.

—Hola —contesta a mi sonrisa—. Soy Noelia. Sin diminutivos.

Nos damos dos besos. Por fin alguien normal. Alguien que no va divina de la muerte. Me relajo un poco, lo cual hace que me dé cuenta de que llevo toda la mañana con los hombros tensos. A este paso, me va a entrar un buen dolor de cabeza.

—Tú eres una de las chicas de la mariposa púrpura —me comenta curiosa.

Asiento.

—¿Por qué? ¿Tan buenas notas sacas?

Contengo las ganas de echarme a reír.

—No, para nada. Es decir, no suelo bajar del ocho. Pero seguro que mucha más gente de aquí tampoco y no les han dado broches estúpidos.

—Cierto.

—¿Me ganas?

—Sí, yo no suelo bajar del nueve. Broche estúpido... ¿es que no te hace ilusión? A mí me la haría. Aunque no supiera por qué me lo han dado. ¿O es que destacas en alguna otra cosa? ¿Dinero, deportes...? —Se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No, tranquila, dinero no. Ni deportes ni nada, ya que estamos. Mi única capacidad envidiable era la de ser camaleónica y fundirme con el mobiliario para pasar desapercibida. Y ahora ni eso.

—Oye, ¿no será por guapas?

—Sí, claro. —Esta vez sí me río—. Yo la supermodelo. Además, una de las chicas de mi mesa púrpura es bastante gordita y su cara... mejor no hablamos.

Se une a mis risas. Y no nos da tiempo de más al entrar por la puerta nuestra nueva profesora. Me pongo seria como puedo y continúa el desfile de asignaturas. Y lo peor de todo es que, como algunas son tan raras, he de confesar que me entra el gusanillo de la curiosidad por saber de qué van. Directora – 1, yo – 0. ¿Quién va a querer dejar un instituto cuyas clases de repente son tan interesantes? Aunque solo sea hasta que me entere exactamente qué se va a ver en ellas.



Tarde. Fin de las clases. Hemos hecho una parada para comer, donde la garza y sus nuevas amigas se han dedicado a ignorarme por completo. Por mi genial, paso de su cháchara sobre ropa. No es por ser envidiosa, pero si yo tuviera su dinero, lo último en lo que me lo gastarían sería en una chaqueta de doscientos cincuenta euros. Tampoco es que hayan hablado mucho de precios, pero lo de esa chaqueta rosa pálido me ha llegado al alma ya que, por lo visto, era toda una ganga. Así que he agradecido la vuelta a las clases, donde todavía no nos hemos enterado muy bien de qué van a ir las asignaturas. Más bien un resumen general y, como no, normas de comportamiento. La diferencia con mi viejo instituto es que aquí, si no las cumples, la expulsión no es precisamente de tres días.

En fin, como en el rato de la comida no nos han dejado apenas tiempo, ahora estoy yendo a la sala común a llamar a mis padres. Claro que, yo y mi orientación... necesitaría una brújula para saber dónde está el norte. O los baños. O la esquiva sala de esparcimiento.

Cuando por fin la encuentro, tras un giro de la U del edificio, su puerta está entreabierta y por ella salen luz y risas; parece que no he sido la primera en llegar. Me acerco. Me acerco y casi me quedo alucinada en el umbral sin acertar a entrar. Menos mal que no es así, solo me faltaría que encima me etiquetaran de paleta.

Es una estancia enorme, gigantesca, y por si eso no fuera suficiente como para dejarme boquiabierto, está amueblada sin reparar en gastos. Tiene cuatro pantallas negras planas de más de sesenta pulgadas con un equipo de home cinema cada una y varios pares de auriculares, supongo que para poder ver la tele sin molestar a nadie. Todo ello con una serie de sofás de cuero tapizados en marrón y negro que quitan el hipo. Y en el resto de la sala, mesas rectangulares de lo que parece algún tipo de madera de tonalidad cálida y oscura, estanterías con libros, DVDs y juegos de mesa, un par de neveras lacadas en negro (¿es que tenemos coca colas a nuestra disposición?) y mullidas alfombras color marfil en el suelo. Guau. Ah, y en el fondo, unas puertas de cristal que dan a varias salitas minúsculas con teléfono, una butaca y una mesa.

Todo genial. Menos Kate, Paula y el resto de las mariposas que están en unos de los sillones bebiendo lo que si mis ojos no me engañan parece cerveza y picoteando un revuelto de maíz y cacahuètes. Digo yo que será cero, no creo que esté permitido tomar alcohol.

Como no puedo evitar cotillear al pasar por su lado (hasta ver que, en efecto, la San Miguel es apta para menores), Paula frunce el ceño y me intercepta.

—Hombre, mi compañera de cuarto, ¿te has perdido? —Observo que Gema y otra chica más se han unido a ellas—. Porque lo que es aquí no te sientas.

Escucho risitas. Nunca he tenido problemas para relacionarme, esto es demasiado. Estoy en una academia de *snoobs* con los principios educativos vuelta al revés. Y

estas engréidas parecen estar en su salsa.

—Tranquila, no tengo el más mínimo deseo de hacerlo.

—¿Qué miras, pues? —interviene Gema, mordaz.

—Tú cerveza. Yo pensaba que a vosotras erais más bien de cócteles.

—Muy graciosa, cosita —me contesta Paula despectiva—. Sobre todo para venir de alguien que ni siquiera sabe vestirse.

Ya está. Si no saben qué hacer, se meten con mis vaqueros desgastados y mi camiseta. La cual, por cierto, a mí me encanta porque es del lobo de Crepúsculo.

—Paula, no me digas. —Capturo sus ojos y no los suelto. Si esto va a ser una pelea de voluntades no pienso perderla—. ¿Qué debería llevar según tú? ¿Falditas y collares de perlas?

—Las perlas hace siglos que pasaron de moda. —Escucho las risas del grupo, despectivas—. Pero claro, cómo vas a saberlo...

—Mira, déjalo. Somos compañeras de cuarto. Al menos podríamos fingir que nos aguantamos.

Se levanta y me encara sin dejar de mirarme. Sus ojos echan chispas. Lo que yo decía, rencor eterno.

—Olvídalo, cosita, ya perdiste esa oportunidad.

—¿Qué quieres? ¿Qué nos desafiamos cada vez que nos veamos? No seas ridícula.

Ya está. Lo he vuelto a hacer. Alguien debería decirme que primero se piensa y luego se habla. La garza se estira, como pretendiendo demostrarme con su lenguaje corporal que yo no soy nada comparada con ella. El malestar de mi estómago, que se había calmado tras una noche de sueño, vuelve con renovadas fuerzas. Contraigo los labios en una mueca de dolor que ella y su grupo mal interpretan.

—Déjala, Paula. —Se levanta también Kate—. Yo tengo que tratarla porque se supone que he de ayudarla a adaptarse. Pero tú... pasa. Alguien que viste con ropa de rastrillo benéfico no se merece que te desgastes.

Genial, vivan las exageraciones. Me enfado.

—No necesito tu ayuda. ¿A qué pretendes adaptarme?, ¿a sentirme superior? Porque dudo mucho que sepas hacer otra cosa.

—Tienes razón. —Sonríe, desconcertándome—. No me necesitas. Ya se encargará el internado de demostrarte que no eres nada.

Vale. Han ganado lo de las miradas: no aguanto más, retiro la mía. Bufo pero no se oye con las risas de las otras. Me doy media vuelta y me voy por donde he venido, sin llamar por teléfono; pues que no me apetece seguir estando en la misma habitación que semejantes brujas.

—Eso, lárgate —escucho decir a mis espaldas.

Considero si volverme y contestar pero para qué. Con una guerra dialéctica no voy a llegar a ningún sitio y siendo ellas más, tampoco es que la pueda ganar.

Encima, para acabar de rematarla, estoy tan concentrada en rumiar mi cabreo que

me muevo por la escuela sin fijarme. De tal modo que cuando me quiero dar cuenta, no tengo ni la más mínima idea de dónde estoy. Así que, varios tramos de pasillos, escaleras y malestar de estómago después, acabo apoyando mi vapuleado trasero en algún lugar del edificio, pensando si de verdad no debería empezar a cuidar lo que como.

Se me escapa un resoplido de rabia. Contengo unas lágrimas de humillación. Esas tres no son nadie para tratarme así. Supongo que en estos momentos agradezco la educación que me han dado mis padres, la manera en la que han intentado que yo vea el mundo; porque desde luego unas niñas ricas no son más que yo por su dinero. Y porque se crean las reinas del instituto, o lo sean, no por eso son mejores que yo ni que nadie. Si piensan que pueden meterse conmigo lo llevan claro, no pienso dejar que me ninguneen. Nadie me ha tratado así nunca, siempre me he mantenido en un sano anonimato, y nadie va a hacerlo ahora. Me seco esa gota rebelde que ha escapado de uno de mis ojos y continúo haciendo acopio de fuerza. Está claro que tengo que hacer algo y aunque todavía no sé muy bien el qué, lo más evidente es no demostrar que pueden herirme. Quizá (arrugo el ceño al pensarlo) debiera intentar vestir como ellas para integrarme. Si le dan al aspecto físico un valor mayor de lo que realmente tiene (mi madre siempre dice que lo importante son las personas y cómo las tratas), quizá deba comportarme como si yo también se lo diera para ganar estatus e impedir que se metan conmigo. Pero ¿no será eso algo tan patético como jugar en su liga? Me muerdo el labio pensativa. Caray, qué difícil es estar sola, lejos de casa y de mis amigas. Suspiro. Me levanto del suelo en el que me he sentado e intento ir a mi habitación. Entonces me doy cuenta de que no sé cómo hacerlo: estoy en una zona del edificio que me resulta desconocida, una que no he visto nunca.

Miro curiosa a mi alrededor. Hay muy poca luz. Las lámparas ya no están sobre mi cabeza, como en el resto del edificio, sino en la pared; además, demasiado espaciadas para lograr algo más que una misteriosa penumbra. El techo está pintado con imágenes de damas de la Edad Media y no sé por qué el juego de luces hace que me dé escalofríos mirarlas, así que lo evito y bajo los párpados. Los baldosines son más pequeños que los que están colocados en el resto del suelo del internado y, en vez de blancos, son de un gris oscuro decorado con formas espirales, bastante hipnóticas si dejas vagar tu vista por ellas. Y en cuanto a las paredes, en vez de estar desnudas presentan cuadros y tapices. Sí, sé que suena raro: tapices.

Como el pasillo desaparece tanto por delante como por detrás de mí, me acerco intrigada a una de esas composiciones multicolores para mirarla más de cerca. Representa una escena donde varias damas del medioevo lucen sus vestidos en lo que parece una merienda campestre. Curioso. Sobre todo por lo que se parece una de ellas a la directora. A saber, igual es una antepasada suya, a lo mejor hasta tiene un título nobiliario. De semejante mujer cualquier cosa y eso explicaría un poco el elitismo del centro. Además, este sitio tiene algo que me pone la piel de gallina, como si el artista que tejió el tapiz hubiera atrapado la esencia del ancestro de Eloísa y esta no tuviera

nada mejor que hacer que espiar a las incautas que se acercan. En fin, esperando no encontrarme con nadie (a ver cómo explico que en mi segundo día ya me he ido de «excursión» a una zona que no parece habilitada para nosotras) y no sabiendo por cuál de los dos lados he venido, comienzo a andar hacia delante.

Esta escuela es muy grande, mucho más de lo que parece desde fuera. Cada pocos metros observo un tapiz o un cuadro que representa escenas similares, con mujeres de vestidos de amplias mangas y cinturones largos en lo que supongo que son escenas de su vida cotidiana: reunidas en torno a una mesa, sentadas en un prado, en clase de danza (no hay hombres para que pueda ser un baile), cocinando... ¿cocinando? Frunzo el ceño. No creía que la nobleza de la Edad Media hiciera eso. En fin, al cabo de siete imágenes más llego ante una enorme puerta de madera tallada con motivos similares que me corta el paso. Sin pomo. Genial. Estoy andando en el sentido equivocado. En fin, ya que estoy aquí puedo probar a abrirla, es probable que me guíe hacia alguna salida; tras tanto andar no puedo estar lejos de uno de los extremos de edificio. Es una pena que aquí no haya ventanas para mirar por ellas, así al menos podría situarme. Alargo una mano y justo antes de tocar la puerta la retiro. No sé decir por qué pero aunque nunca he sido muy dada a creer en la intuición algo me indica que es mejor no hacerlo, que no quiero saber lo que hay al otro lado. Es como si todas las mujeres, pintadas, tejidas o grabadas, me estuvieran observando con más atención, conteniendo el aliento mientras acerco mis dedos; por lo que me doy la vuelta y comienzo a andar hacia el otro lado del pasillo. Una vez he vuelto al lugar donde he estado sentada, continúo andando hasta que llego a una escalera enorme y con una bonita barandilla, que se pierde hacia abajo. Y por cierto, los baldosines, que al lado de la puerta eran negros, aquí son casi blancos y de un tamaño más acorde con el resto del internado. Me paro unos segundos a analizar la información que tengo y, aunque el corredor prosigue más allá de la escalera, deduzco dos cosas: estoy en la última planta y posiblemente he subido antes por estos peldaños. Así que me apresuro a bajar por la escalera; la cual, por su anchura y diseño en espiral, parece sacada de una película antigua. De una de esas donde su protagonista suele descender ataviada con un vestido impresionante y todo el mundo contiene la respiración cuando la ve llegar. Las diferencias son su mayor longitud y que es bastante más moderna.

Pese a que mi ropa de impresionante no tiene nada, yo tampoco la abandono hasta llegar abajo. Y por suerte no siento una mirada fría sobre mi espalda hasta que he avanzado unos pasos por el pasillo que nace de ella. En ese par de metros incluso me da tiempo a respirar aliviada pues la decoración vuelve a ser como la del resto del edificio; es decir, apenas existente, nada que ver con la zona de arriba. Además las lámparas cuelgan otra vez del techo, a una altura normal y en una frecuencia que es capaz de iluminar. Es justo cuando me paro un instante a exhalar el aire con desahogo, cuando una mirada fría quema mi espalda.

Es la directora. Clavadita a la dama de las imágenes.

—Señorita, ¿qué está haciendo aquí? Debería estar en la zona común o en su

cuarto descansando.

—Yo... buscaba un baño y me he perdido.

—Un baño. Ya.

Me sonrío con ironía desde sus perfectos labios maquillados de rojo. De hecho, ahora que la veo de cerca, para tener cuarenta y tres (como me comentó María que dijeron en la tele), apenas tiene arrugas. Por favor... si en esta escuela hasta las profesoras parecen competir por estar estupendas.

—Tenga cuidado, señorita Escartín, esta no es una zona para novatas, por muy bien recomendadas que estén.

La mirada que me dirige reptará por mi columna vertebral como una serpiente. ¿A qué viene tanto melodrama? ¿Me lo estoy imaginando o la idea de que yo pueda haber estado husmeando arriba no le gusta?

—Si pudiera indicarme como llegar a uno se lo agradecería.

—¿A un baño o a su ala del edificio? —Sin esperar mi respuesta continúa hablando—. En todo caso, un consejo. He observado su comportamiento desde que ha llegado aquí. Si sigue comportándose de un modo tan poco acorde con su potencial, va a desperdiciarlo, lo cual sería una auténtica pena. ¿Conoce aquello de que a las enemigas ni las gracias? Yo añadiría que lo importante es qué quieres de ellas, lo cual solo puede ser la yugular. Y no me malinterprete, solo las fuertes son capaces de labrarse buenos rivales.

Me mira enarcando una ceja, como para ver si la he seguido. Pues sí, eso creo. ¿Es que me ha estado espiando?, ¿acaso nos graban en el comedor o en la sala común? ¿Y me está diciendo que vaya a por Paula?, ¿que tengo una «fuerza» interior que desconozco? ¿Es que se ha quedado dormida viendo Star Wars o estoy en un programa de cámara oculta?

—Le diré, señorita Escartín, que a veces hay que parecer ser buena pero es mucho mejor serlo. Por cierto, el baño no es por esa escalera. —La señala con un frío ademán—. De paso, esta zona no es adecuada para alumnas pues son los alojamientos de las profesoras. Pero no se preocupe, supongo que este joven estará encantado de llevarla de vuelta a su habitación.

—¿Quién? —me extraño.

Una sombra se materializa desde su derecha. Supongo que he estado tan atenta a la inquietante presencia de Eloísa que no he reparado en nada más.

—Víctor, te presento a Victoria.

Algo extrañada porque se llame como yo, miro su cara y mi corazón deja de latir por un breve instante. Es él. ¡Él! El chico de los mechones castaños. Me está observando con una sonrisa divertida, como si se burlara de mí con esos ojazos azules. Mierda. Y yo prácticamente sin peinar. No pienso volver a dejar que esa garza me acapare el baño.

—Un placer —me saluda como si no me conociera.

Lo cual en parte es cierto, pues no nos habíamos presentado. De todos modos, yo

estoy tan paralizada que no acierto a inclinar la cara para darle dos besos en las mejillas. Tampoco me hace falta. Él, sin dejar de mirarme, coge mi mano. La gira y como a cámara lenta apoya sus labios en mi muñeca, justo donde late el pulso. El cual, por cierto, se me desboca a Dios sabe qué frecuencia. No es porque el tacto de su boca sea ligeramente áspero o porque no deje de mirarme mientras besa mi mano. No... es por su actitud de estar pasándoselo en grande: un cóctel que me marea. Junto con un chorrito del licor que es su arrogante indiferencia.

—Eh... hola.

Ya lo sé, soy genial. Pero es todo lo que de manera estúpida acierto a decir.

—Vamos. —Despega por fin sus ojos de los míos y, sin soltarme la muñeca, tira de mí lejos de la directora, la cual se despide con una inclinación de cabeza.

Está en la academia y conoce a Eloísa... no si, al final va a ser verdad eso de que me ha recomendado él.

Lo sigo por el pasillo, observando su espalda y su trasero. No es culpa mía, lo tengo justo delante. He de reconocer que los vaqueros le quedan muy bien.

—Espera.

Me paro en seco cuando pasamos por delante de lo que creo que es la puerta del comedor. Él, al ir tirando de mi brazo, se ve obligado a detenerse y se gira.

—¿Por qué me recomendaste para la beca? —le digo y me obligo a mirarlo al entrecejo.

Si me vuelvo a perder en ese par de abismos helados y azules no creo que pueda formular ningún pensamiento coherente.

—¿Crees en el destino, cosita?

—¿Qué?

—Olvídalo. —Hace un gesto con la mano como desechando su pregunta—. Te recomendé porque me gustas. Creo que tienes potencial para ser mía. O al menos para entretenerme.

Su sinceridad y su gilipollez me dejan totalmente boquiabierta. Vamos progresando. Ya no necesito mirarlo a los ojos para perder el anclaje con la realidad. Porque nadie puede ser tan caprichoso y arrogante como para decirle eso a alguien, ¿no?

—¿Qué? —logro balbucir tras unos segundos de pasmo.

—Lo dicho.

Acerca su rostro hacia el mío. ¿No se pensará este idiota que, después del corte que me dio aquel día en la calle y de lo que acababa de decirme, me voy a quedar quietecita y con los labios entreabiertos? Aparto la cara.

—Sí, justo lo que pensaba... —Es más rápido que yo y susurra justo frente a mis labios, mareándome con su aliento, como si estuviera hecho de alguna droga potente—. Pocas son capaces de siquiera intentar rechazarme, dulzura.

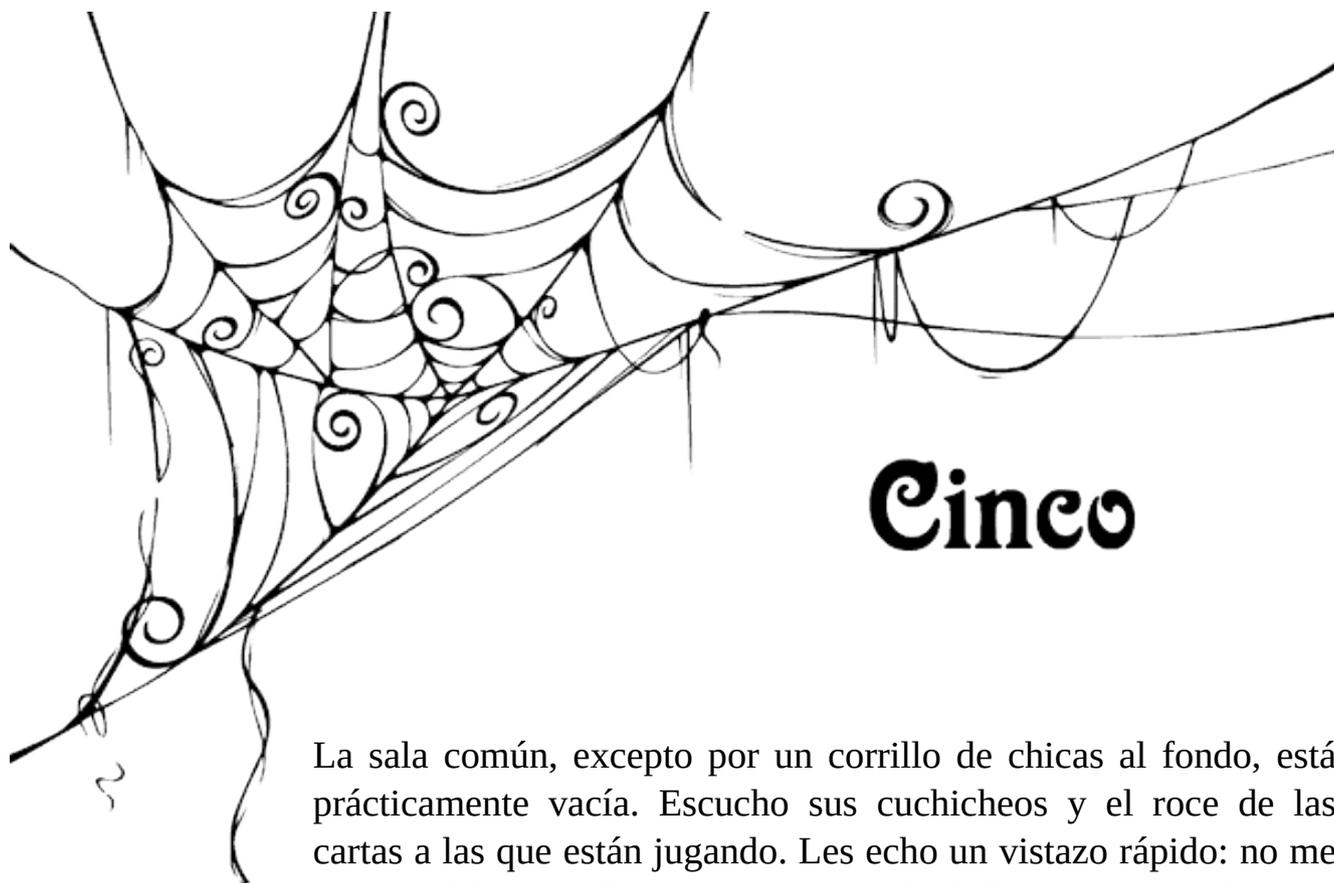
Se retira. A más de un metro.

¿¡¿Dulzura?!?

—Creo que desde aquí ya sabes seguir sola. —Me mira interrogante y asiento—. Descansa un rato. Y no te preocupes por tu pelo revuelto, sigues siendo muy guapa.

Me lanza una mirada entre burlona y apreciativa y se va.

Yo me quedo allí, sola, junto a la puerta del salón donde pronto tendré que ir a cenar, incapaz de moverme, incapaz de asimilar todo lo que, en el corto periodo de tiempo que ha transcurrido desde que llegué, ha pasado. Por no hablar ya de su descarado coqueteo. «Me gustas», «muy guapa»... Hasta que escucho una risa apagada y comprendo que es mía. Abro bien la boca y la dejo salir. Señor... esto es tan demencial como mi carcajada. Lo mejor, sin duda, va a ser irme a mi cuarto. Y si cierta odiosa compañera de cama ya ha llegado y tiene pensado seguir jodiéndome, que se prepare. En estos precisos instantes ya no estoy para bromas. Así, sintiéndome más absurda y decidida de lo que nunca me he sentido en mi vida, me apresuro por los pasillos de la academia Broto. Entonces me doy cuenta de sigo sin tener ni idea de qué pinta un chico en un internado femenino.



## Cinco

La sala común, excepto por un corrillo de chicas al fondo, está prácticamente vacía. Escucho sus cuchicheos y el roce de las cartas a las que están jugando. Les echo un vistazo rápido: no me suenan, deben ser de primero o segundo de la ESO. Y por cómo me miran con un mal disimulado reojo, imagino de quién están hablando ahora mismo. «Mira, es una de las de la mariposa». «¿Por qué será una de ellas? Esta no parece precisamente nadar en dinero». «Pues tampoco es muy guapa que digamos». «¿Será una empollona?». Me aguanto las ganas de bufarles. Últimamente parece que estoy en modo gata; será por compartir cuarto con la garza. En fin, las ignoro y voy a una de las salitas a llamar por teléfono. Al entrar cierro la puerta a mis espaldas, no me apetecen más cotilleos. Mis padres desean saber qué tal me va, no sé por qué no les cuento lo de la filosofía a lo nazi de la escuela. Aunque claro que lo sé. Es Víctor. No quiero irme antes de averiguar qué hace aquí. Aparte de que me apetece aprender un poco de ese yoga... Así que les oculto cosas. No miento, no... pero eso no quita para que me sienta mal. En lo importante suelo confiar en ellos. Cuando cuelgo, marco el número de Ana. Con ella sí que me desahogo a gusto, quejándome del elitismo del internado y poniendo a caldo a las demás mariposas. Víctor es lo único que me guardo para mí.



Lo que queda de día es bastante monótono. Arreglarme para cenar, al comedor y a dormir. Durante la cena pienso si pegarle un buen bocado a la yugular de Paula. Pero considerando que no soy un vampiro me conformo con ignorar sus miradas despectivas y sus risitas tontas. Cuando lo vea claro, o consiga formular una

estrategia donde la ecuación «ellas=muchas > yo=1» pueda resolverse a mi favor, ya les pararé los pies.

Y a dormir. Aunque no sin sueños como me gustaría. Porque me despierto en plena noche con esos dos ojazos azul hielo que todavía parecen flotar frente a mí en la oscuridad de la habitación. Intento que la sensación de malestar que me ha dejado el sueño se desvanezca, por lo que me concentro en respirar de una manera más pausada. Entonces escucho un sonido que hasta ahora me había pasado desapercibido: Paula ronca. Suavecito pero ronca. Ja. Esa tontería me pone de mejor humor. Algo que agradezco, porque sé que he soñado con mi humillación por ese beso que pensé me iba a dar Víctor el día que lo conocí, así como con su manipulación de mis sentimientos en el pasillo. Menudo caradura. Consiguió irse sin revelarme nada. Ni quien era ni qué esperaba de verdad de mí. Porque eso de que soy tan guapa o tengo tanto potencial como para ser digna de él, no me lo trago. Este busca algo y no sé el qué. Sexo lo dudo. No porque a mí puedan calificarme de estrecha, sino porque con lo atractivo que es debe tener las chicas a puñados. Ojalá se lo hubiera contado a Ana antes de irme, al menos me habría desahogado. Se lo hubiera contado como le conté lo del rubio del colgante. Pero lo cierto era que la pobre ya tenía bastante con lo de María y con que yo me fuera. Así que tendré que esperar a verla en persona, cuando venga, porque no es algo que me apetezca tratar por teléfono. Y hablando del colgante... Me levanto sin hacer ruido (no es cuestión de despertar a la garza) y lo saco de mi maleta. A continuación me lo pongo debajo de la camiseta de pijama. Es extraño, pero me conforta sentirlo contra mi piel, tan cerca de mi corazón. Me vuelvo a dormir. Al despertar no recuerdo mis sueños, pero sé que son sobre el chico rubio y me levanto con una sonrisa en los labios.



Mañana siguiente. Las clases comienzan a asombrarme. Por ejemplo, a primera hora tenemos Códigos y pictogramas, donde nos enseñan un alfabeto muy raro, rúnico diría yo, y lo usamos para codificar palabras como aire o fuego. En Danza moderna, en el gimnasio que por lo visto se utiliza también como salón de baile, tras calentar nos dedicamos a intentar contorsionarnos. Y sí, tenemos una enorme habitación cuadrada con las paredes cubiertas de espejos donde se rumorea que se dará un baile de Navidad. Suena tan extraño y anticuado como parece, pero tampoco podemos pensar mucho en ello pues la profesora de danza, una francesa rubia que nos da también Francés, nos tiene toda la hora concentradas en intentar imitarla. Algo, como poco, bastante difícil pues ella misma parece una boa y se dobla como si no tuviera huesos. Sin embargo nosotras... más bien damos risa. Quitando lo raro que es el currículo y que todavía no entiendo cómo ha conseguido Eloísa que le dejen enseñar en su escuela uno que no puede ser el oficial, lo que más me impacta de la mañana es

una intervención de la docente de Códigos y pictogramas. A mitad de clase, una alumna le pregunta que por qué no traducimos palabras más cotidianas, como mechero, cigarrillo o falda. Le comenta que ella, vocablos como aire o espíritu no los ve muy útiles, por más que la profesora nos asegure lo contrario. Todavía tengo grabada su respuesta. Que es muuuuy educativa. Vamos, otra de esas perlas de valores tan alejados de los que se suponen que deben enseñarnos. Mientras voy hacia mi habitación a por un libro que me he olvidado, aprovechando el descanso de veinte minutos de la mañana, la revivo en mi mente.

—Bien. —La profesora fulmina con la mirada a la alumna que acaba de preguntar para, a continuación, echar un vistazo a toda la clase en general—. Creo que ha llegado el momento de hacer un pequeño inciso. Porque me parece que hay cosas que no tenéis todavía claras. Pese a que se os han comentado.

Hace una pequeña pausa para tomar aire, durante la cual todas intentamos estar muy calladas.

—Trabajar solas, vuestras compañeras son vuestros rivales. En cuanto al juego sucio... tenéis mi beneplácito siempre que no os pille. Es decir, ¿qué copiáis en un examen o buscáis atajos para las tareas encomendadas? Genial. Pero cuidado: si os pilló, la primera vez es una sanción y la segunda expulsión. ¿No os creeréis que la vida real es bonita o está rodeada de rosas?

—Pero... profesora... yo solo le he hecho una pregunta... —le intenta hacer entender la alumna que la ha interrumpido antes.

—Una pregunta que no viene de ti. No estoy sorda. Tu compañera, que no quería hacerla ella, te ha pasado la pelota; quizá se pensara que me gusta desayunar alumnas díscolas. Y tú has sido tan idiota como para picar. Su problema es que lo ha hecho de un modo tan evidente que me he dado cuenta, por lo cual ella se va a quedar después de clase para que le explique su sanción.

—¿Y yo?

—Tú, nada. Codificaremos las palabras que yo diga. Esto es un ejercicio para aprender rudimentos de encriptación. No para que juguéis a decir «pásame el mechero que quiero encenderme un cigarrillo» en clave. Y por cierto, hay dos alumnas de primero de bachillerato sancionadas por fumar en el monte y tirar al suelo las colillas. Fumar está prohibido. Tirar basura también.

Juro que en cualquier otro centro alguien habría soltado una gracia del estilo «y que las profes tengan ojos en el culo también». Pero no aquí. Aquí estamos tres tipos de alumnas. Las que nos asombramos y no entendemos cómo se permite un instituto así, las que se acobardan y miran al suelo y, por último, las que se regodean observando cómo la chica sancionada se muerde el labio angustiada. Por supuesto, todas las del broche de mariposa menos yo están en ese último grupo.

Pensando en ello, estoy subiendo a mi cuarto por la escalera del ala (la de alumnas, que ni de broma vuelvo a meterme en la otra), cuando oigo un carraspeo delante de mí. Levanto la mirada de los amplios escalones de baldosas blancas por los

que estoy pisando, para llevarla al frente. Y allí, apoyado en una de las dos barandillas de metal lacado, está Víctor. Lleva una mochila y una sudadera, además de deportivas. Tiene todo el aspecto de ir a salir fuera del internado. Yo aún no he dado más que un breve paseo por los jardines exteriores, como llaman al trozo de monte que está más cuidado. Me encantaría ir con él, sobre todo si ha cogido comida y va a hacer alguna excursión larga. Pero todo eso son elucubraciones y tengo algo más importante que preguntarle que a dónde se dirige.

—¡Víctor! —elevo la voz más de lo que me gustaría. Es porque no esperaba encontrármelo—. Hola. ¿Qué haces en este internado?

Se echa a reír divertido. Sí señor, lo mío son las relaciones sociales.

—Cosita...

Menos mal que en su boca no suena despectivo o me largaría ya, por muchas ganas que tenga de enredar mis dedos en esos mechones desordenados y contemplar cómo está con el pelo bien peinado.

—Cosita... —repite, esta vez sonriendo ante lo que debe leer en mi cara—, ¿de verdad saludas siempre así?, ¿preguntándole a la gente cosas tan personales?

—Vale, no estoy para juegos, en serio.

—¿Qué juegos? —Su voz se enronquece ligeramente, adquiriendo un matiz acariciante, como si fuera capaz de traspasar el aire entre ambos y enroscase insinuante en mi nuca.

—Los que te llevas conmigo.

Intento ser fuerte. Que no se note que como me siga mirando con esos ojazos, los cuales por momentos parecen abandonar su gelidez para mostrarse tan cálidos que incluso parecen decirme que le importo, caeré otra vez a sus pies. Como la boba que soy cada vez que está cerca.

Pero él no me da tregua. O eso o ve vacilar mis rasgos. Porque abandona su barandilla para acercárame, despacio, sin romper el contacto visual, haciéndome temblar en anticipación, deseando... no sé... no tengo claro el qué. Pero sí que si no acaba su movimiento y me roza me voy a sentir morir.

Y se para, a pocos milímetros, atormentándome con su aliento en mis labios. Nunca he estado tan cerca de un chico, no así. El calor que me recorre el cuerpo se ceba en mis mejillas, sonrojándome. Huele a cuero, pero sus pantalones son vaqueros y no lleva cazadora. Miro de reojo sus brazos. Por la manga medio subida de la sudadera del que ha apoyado contra la otra barandilla, aquella en la que yo me he escudado, veo parte de un ancho brazalete negro. También huele a pájaro; aunque dudo mucho que esconda unas alas en su espalda.

—Dulzura... me debes algo. ¿Me lo cobro ahora?

Una parte de mí quiere gritar ¡¡¡sí!!! Pero otra, la que para decepción de mi cuerpo gana, se escabulle bajo su brazo, agachándose para salir de la trampa que forman su pecho, su mano y la barandilla.

Se ríe. Otra vez. No parece molesto. El medallón que llevo bajo la camiseta

parece arder contra mi piel sensibilizada.

—Otro día será, cosita. Y lo que hago es estudiar. ¿Esto es una escuela, no?

—Pero de chicas —le contesto, respirando entrecortada, al par de palmos de distancia escaleras arriba al que me he colocado.

Él pone los brazos en jarras y sonrío enigmático.

—¿Y? Siempre hay excepciones a las reglas. Además, si quieres, siempre puedo estudiarte a ti —acaba entre burlón y sugerente.

—Vale. De acuerdo con las excepciones —acepto.

Hago, por mi cordura mental, como si no hubiera oído la última frase. No me apetece entablar una batalla dialéctica que está claro que no voy a ganar. No mientras esos ojazos azules sigan mirándome con calidez.

—¿Qué relación tienes con mi beca? —continúo preguntándole—. Es decir, ¿cómo lograste que me la dieran?

—Sencillo, se lo pedí a la directora. —Me guiña un ojo—. Por cierto, dulzura, espero que no seas tan vergonzosa la próxima vez que te recuerde que me debes una.

Suficiente. Ni me despido. Si no, estoy perdida. (Si no es que no lo estoy ya y no me atrevo a reconocer que haría casi cualquier cosa con tal de besarle...). Paso de ser un juguete de semejante engreído. Este tío tiene claro que es irresistible y yo no pienso ser una muesca más en su historial de conquistas. Ni me despido. Lo miro con toda la frialdad que soy capaz de reunir y me voy. Casi corriendo. Oyendo sus carcajadas a mis espaldas. Yo sí que sé cómo relacionarme con chicos.

Cuando vuelvo, al cabo de diez minutos con el libro, ya no está. Siento una punzada en el pecho. ¿Y qué esperaba?, ¿que estuviera aguardándome para robarme un beso? Bufo contra mí. Mejor estar en modo gato que en el de gatita complaciente. Me pega más y es menos peligroso. La de cosas que tengo para contarle a Ana cuando venga a verme. Y no han pasado ni tres días.



Durante el resto del día, observo algo muy curioso. Las mariposas, por llamar a esas cinco del broche de algún modo (aunque con Gema y la que debe de ser su compañera de cuarto son siete en ese grupito inseparable), se han convertido en el no va más del internado. Y una vez afianzado su dominio, ahora las luchas por el poder son internas: tanto Paula como Kate lo quieren. He de confesar que es divertido ver cómo la garza parece haber encontrado la horma de su zapato, sobre todo hoy en el comedor, donde por una vez la comida no es aburrida. El problema es que en el pasillo, después de las últimas clases de la tarde, Noelia tiene la mala suerte de estar en el sitio equivocado. Qué más quieren esas dos que un chivo expiatorio para demostrar cuál de ellas es la más peligrosa.

Noelia y yo tan solo hemos intercambiado algunas palabras desde que nos

presentamos; no demasiadas pues ella es un poco tímida. Parece buena chica y tiene también una beca completa. Hoy ha salido de clase antes que yo, que me he quedado a acabar de tomar unos apuntes. Como la profesora de Inglés va siempre tan rápida, algunas palabras las he anotado con mala letra y abreviaturas que me he inventado sobre la marcha. Por eso me he quedado en clase a completarlas lo antes posible, no se me fueran a olvidar. No es que yo sea una empollona, sino que mi memoria deja mucho que desear y en los idiomas soy un poco negada. Sin embargo, no he podido acabar de dejar mi cuaderno limpio y claro porque me han interrumpido los gritos. Nada más oírlos, me apresuro a recoger mientras las voces de Paula y Kate, demasiado elevadas, se filtran por la puerta entreabierta.

—Tus disculpas no me sirven, torpe —puedo escuchar a la inglesa—. Estas botas cuestan más de trescientos euros y me has tirado tus libros encima.

—He tropezado... ha sido sin querer —apenas oigo a Noelia.

—¿Sin querer? —interviene la garza. Yo cada vez guardo mis cosas en la bandolera más rápida—. ¡Ja! ¿Ahora se llama así a ser una inútil?

—Además, ¿por qué llevabas los libros con los brazos? ¿Para tirármelos? ¿O es que tu mochila es tan vieja que no soporta su peso? —Ahora es Kate.

Esas dos se están pasando la pelota. Y yo me imagino a la chica apocada y sin saber qué hacer. Salgo corriendo. Me encuentro con que la están empujando. La pobre parece a punto de echarse a llorar.

—Basta. —Me planto delante de ella—. ¿A qué jugáis?

—Tu amiguita me ha tirado los libros en el pie —me contesta mi estirada alumna tutora.

«¿Amiguita? —pienso—. No estaría mal».

Miro al suelo. Hay tres libros y un cuaderno desparramados.

—Creo que ya se ha disculpado. Dejarla en paz.

—¿O qué? ¿Vas a defenderla?

Suspiro. Sé que esto me va a traer problemas pero no puedo evitarlo. No me han educado para aguantar semejantes bravuconadas.

—Sí.

Noelia aprovecha para agacharse y recoger sus libros. Veo que Kate amaga una patada. Actúo por instinto y la paro con mi pierna. Duele. Pero no demasiado: la muy zorra pretendía desequilibrarla y tirarla al suelo, no lesionarla. Y por cierto, no me gustan sus botas. Son de un rojo brillante con multitud de tiras adornándolas y me parecen de lo más llamativo y recargado; por lo menos la garza tiene mejor gusto.

—¿Tú estás tonta? —me pregunta furiosa.

—Déjala —interviene Paula—. Esta es mía.

No entiendo de qué van. Parece como si todas las tonterías con las que nos han estado bombardeando la cabeza desde que hemos llegado hubieran encontrado en esas dos un magnífico terreno de abono.

—Perdona, Paula. Pero yo no soy de nadie.

Me coloco frente a ella, desafiándola, no pienso dejarme amedrentar otra vez. Observo, por el rabillo del ojo, que Noelia se escabulle y que las demás nos hacen corro. Y algo más que me pone la piel de gallina: La profesora que nos acaba de dar clase pasa por delante de nosotras, nos ve, dirige una sonrisa aprobadora a la garza y pasa de largo. ¡De largo! ¿A esto llamaba Eloísa tirarse a la yugular de tus enemigos? Genial. Vuelvo a encontrarme mal por los nervios.

Además, mientras todo esto ocurre, Paula saca un botellín de agua de su bolso, lo abre y me lo arroja a la cara. Sí, señor, la maldita ley del más fuerte. Veo que las profesoras no estaban de broma. Pero no pienso rebajarme a pegarle un puñetazo a la perfecta. No es que no me encantaría borrarle la sonrisa presuntuosa de la boca, es que la violencia no conduce a nada. Respiro hondo, me seco con el dorso de la mano y sigo mirándola con muy mala cara.

—Me tienes harta con tu actitud de niña aplicada. —Avanza un paso hacia mí, su melena se mece a causa del brusco movimiento—. Y... mala suerte, ¿sabes? Aquí no puedes llamar a nadie para que te ayude.

—Nunca he llamado a nadie para que me ayude.

Es increíble, con la guerra que me está dando mi estómago por la ansiedad, lo fría que llego a sonar.

Mi oponente parece algo descolocada. Kate suelta una risilla de suficiencia, como aclarando a todo el mundo que ella sabría llevarme mejor.

—Vete de aquí, perdedora.

—¿Perdedora? ¿Es mi nuevo mote? Porque yo pensaba que era una de las alumnas más prometedoras de la escuela.

Dirijo mis ojos hacia mi mariposa, para que todas la miren también. Un ligero calor en el pecho me recuerda que llevo puesto el colgante del chico rubio. Comienzo a preguntarme si esos cambios suyos de temperatura podrían serme de alguna ayuda (al fin y al cabo, él me dijo que lo necesitaría en el internado, ¿no?). Pero enseguida la garza vuelve a llamar mi atención.

—¿Tú crees?, ¿con esas ropas? No será más bien que le has dado pena a la directora... Eres la única pobre con una mariposa, ¿no lo has pensado antes? —Me dirige una sonrisa cruel, destinada a hacer daño.

Casi lo consigue. Menos mal que entiendo que no sabe atacar por otro lado. Por eso se repite, no es que yo sea tan cutre como pretende hacerme creer; es que el dinero es la diferencia entre ella y yo, a la cual se aferra para sentirse distinta y superior. Si se la desmonto está acabada. El problema es que no tengo ni idea de cómo hacer eso porque los billetes, desde luego, no caen del cielo.

Así que hago lo único que se me ocurre: me doy la vuelta, dándoles la espalda, y me voy. Veo que no aprecian mi gesto. Se supone que dejar mi espalda vulnerable debería ser un indicador de fuerza, algo así como gritarle «no te temo, no puedes hacerme nada». Que debería dejarme en paz. Sin embargo, en vez de eso lo único que consigo es oír burlas y que todas se echen a reír. Genial. Me volvería, pero para qué.

Parece que ni con una sola puedo. Y encima, he ayudado a la garza a afianzar su liderazgo sobre el grupo y Kate.

—¡Y no te queremos en nuestra mesa!

—¿Cuántas veces has llevado esos vaqueros tan desgastados? ¿O es que son de la temporada pasada?

—¿Habéis visto? Remojada y aun así pretende tener razón. Igual es que está mal de la cabeza y por eso le han dado la mariposa, para que no moleste...

Sus crueles voces se van desvaneciendo. Me obligo a avanzar despacio, por lo menos hasta que doblo el recodo del pasillo y dejan de verme. Entonces sí corro. Hacia la puerta de entrada, que es lo que tengo más a mano. Afuera. A los jardines. A algún sitio donde poder dejar salir esas lágrimas de rabia, desconocidas hasta ayer, sin que nadie me vea. ¿De qué me sirve pensar que ese par de brujas con las que comparto dormitorio se van a enterar?, ¿de qué si está claro que no es verdad? Me siento tan impotente... En fin, cuando me calmo, pienso que por lo menos Noelia se ha ahorrado lo peor. Aunque podía haber tenido la decencia de quedarse. Maldita sea, ¿y yo qué hago ahora? ¿Organizar la resistencia con las demás chicas? ¡Lo dudo!, la mayoría parece querer emular a sus nuevas heroínas «las mariposas». Y con las demás, como no formáramos el club de las marginadas, no se me ocurre el qué. Mi corazón se calma poco a poco. Dejo de centrarme en mí para mirar a mi alrededor. Estoy a los pies de una preciosa y pequeña cascada. Un trío de chorros de agua cae desde lo alto de unas piedras, un pequeño arroyo que se derrama en un delicioso salto, como si fuera un espíritu de las aguas juguetón y con ganas de crear algo bonito. Hay una estatua hecha de piedra blanca con la forma de una bailarina que sintoniza perfectamente con lo el regocijo que siento al descubrir este lugar. También crecen aquí varios álamos, de los blancos, esos cuyo envés de las hojas parece plata, junto algún otro árbol más que no reconozco. Cantan los pájaros y la montaña nace escarpada detrás de este pequeño remanso. Invasión por la súbita paz que me da la naturaleza, cojo agua con las manos y me lavo la cara, me humedezco los labios sin tragar. Está claro que esta escuela va a ser dura. Ojalá supiera cuál es ese potencial que según Eloísa estoy desaprovechando si me dejo pisar. Por cierto, que curioso, en mis pensamientos llamo a la directora por su nombre. Supongo que desde que estoy aquí, viviendo en el edificio que ha mandado construir, quizá hasta diseñado, es como si la conociera y respetara en cierto modo. Como a la mala de una buena película o a la bruja inteligente de un cuento de hadas, una de esas que a veces deseas que ganen aunque solo sea para ver qué son capaces de hacer con todo su poder. Como todavía no los he hecho y aún falta un rato hasta la hora de cenar (el comedor, sentarme con ellas...), saco mi cuaderno y hago los deberes. Ahora sí que me parezco a esa chica aplicada que por lo visto a Paula le saca de sus casillas que sea. Y es irónico, pues en estos momentos no me siento como una gata cabreada, más bien como la delicada mariposa que representa mi broche.



Al volver al internado, remoloneo un poco en su jardín interior, el de dentro de la U. Y cuando voy a entrar al edificio la conserje me ve pasar y me para. Es una mujer menuda pero tiene la misma imponente presencia que el resto de las profesoras.

—Escartín, ¿verdad? —me pregunta.

Me detengo y me acerco a ella.

—¿Sí?

No le he pedido ninguna fotocopia, así que no se me ocurre qué puede querer.

—El cartero te ha traído una carta.

—¿El cartero?

—Sí, es de Oto. Sube dos veces por semana a traernos el correo.

—No lo sabía... —me sorprendo.

La verdad es que ni se me había ocurrido preguntar si nos podían mandar cartas. Como esto está tan alejado del mundo...

En cuanto a Oto, es el pueblecito donde los excursionistas solían dejar el coche antes, cuando aquí había un pueblo abandonado que visitar. Desde allí subían por el pinar. Vamos, o al menos eso dice en Internet.

—Espera, a ver... —Rebusca entre un pequeño montón de correspondencia—. Victoria Escartín, aquí tienes.

Me tiende un sobre, con mi nombre y la dirección del internado manuscritos (Yosa de Broto sin número, muy gracioso).

—Muchas gracias.

El remite es de casa. Lo cual no me cuadra, la letra no es de mis padres. Para leerlo más tranquila, pues estoy intrigada, deshago mis pasos y vuelvo al jardín. Allí, me siento en un banco a la sombra de un sauce. No veo la fuente, con su parrete de rosas, pero la oigo. Está cerca y el sonido del agua cayendo es muy relajante. Aunque la verdad es que dejo de percibirlo en cuanto abro la carta.

*Hola, Victoria,*

*Espero que no te moleste que te escriba, pero mis padres me han confirmado que pronto iré a tu internado, para haceros una visita. Así que espero que te acuerdes de mí, soy el chico que te dio el medallón. Guárdalo, preciosa, cerca de tu corazón.*

*Esto, aunque pueda parecerlo, no es una declaración de mis intenciones. ¡No te estoy tirando los tejos! Al menos no todavía :P Sino que, junto a tu piel, el colgante te será más útil. ¿Has observado ya sus cambios de temperatura? Si es así es porque ya te está ayudando. Eres una chica muy especial. No lo olvides. Y no te dejes influenciar demasiado por la directora. Entre nosotros, esa mujer no está bien de la cabeza, xD. Pero es muy*

*peligrosa. Y perdona si he hecho pasar la carta como si fuera de tu madre. Es lo más seguro. Si no, igual la leían antes de dártela. Eloísa es también muy controladora y sabe que tú eres especial.*

*Ten paciencia. Cuando nos veamos contestaré a tus dudas.  
Hasta entonces, disfruta de las clases, ¡si es que puedes!*

*Un abrazo, preciosa, nos vemos ;)*

*Gabriel.*

¿¿¿Qué?!?

¿Ese rubio está pirado o qué?

No entiendo nada. Saco el colgante de debajo de mi camiseta y vuelvo a mirarlo. Muy bonito, con sus nubecitas en diferentes tonalidades rojas que parecen flotar y moverse, como si fueran una nebulosa en miniatura, apretujada y metida dentro. La vuelvo a esconder. Solo es una esfera bonita, no es nada que me pueda ayudar. Y en cuanto al rubio... No puedo evitar sonrojarme al releer la carta. Para no pretender tirarme los tejos, me llama «preciosa» y «especial». Y afirma no estar tirándomelos todavía... Suspiro. Menos mal que me saca la lengua, al menos puedo pensar que está bromeando conmigo. Vuelvo a suspirar. Me entran ganas de deshacerme del colgante y tirarlo a la basura; pero ya que dice que va a venir, prefiero devolvérselo en persona. Junto con cuatro palabritas sobre lo que pienso de su vacilada. Me levanto y entro al edificio. Me veo reflejada en el espejo de la puerta de entrada, el cual se abre al acercarme y presenta una amplia superficie transparente. Tengo una sonrisa ridícula y bobalicona en los labios. Lo que me faltaba. Estar interesada por el «no todavía» del chico del descapotable.



Pasan varios días. En el comedor, las de mi mesa parecen haber decidido ignorarme como si yo no mereciera su tiempo. Noelia, avergonzada por haberme dejado sola, me evita. No sé qué haría si no tuviera mis llamadas diarias a Ana para desahogarme. Y la tercera noche de la segunda semana, el mismo día que han anunciado por la tele que va a venir una ola de frío, cuando me voy a retirar a dormir me encuentro con que mi ropa está tirada por el suelo, sucia y pisoteada. ¡Qué decir! Paula... te odio.

Mi cuarto, que aunque lo comparta con semejante bruja lo he sentido hasta ahora como un lugar seguro, un sitio para mí donde poder ser yo, ir en calcetines y pijama y soñar despierta antes de dormirme, de repente me parece ajeno. Como si nunca me hubiera pertenecido. Y eso no me gusta.

Mis vaqueros, mis camisetas, mis pendientes... ¡incluso mi saga de Crónicas Vampíricas! Todo desparramado por el suelo. Hasta hay una lata abierta de coca cola

(que es evidente que no es mía) sobre mi falda favorita y un par de conjuntos de ropa interior, con su contenido manchándomelo todo.

Grito. Un alarido breve pero potente, que aunque lleva la fuerza de mi disgusto apenas me hace sentir mejor.

Respiro hondo. Una vez. Dos. Tres.

Muy bien.

La chica pretende que me vaya, que pida un cambio de cuarto o directamente me vuelva a casita. Pues malas noticias para ti, zorra, me niego a dejarme avasallar. Puede que mis padres siempre me hayan dicho que, en un caso así, se lo cuente a ellos o al equipo directivo de la escuela; pero no pienso pecar de idiota. Está claro que mis profesoras, alias «chicas, esto es la ley de más fuerte» no van a salvarme el culito de bebé. Así que, aunque mis padres se horrorizarían si lo supieran, voy a comenzar a devolver la pelota. (Se nota que estoy muy cabreada, ¿verdad?). Donde más le duela. Y creo que eso comienza en su ropa. La cual, a diferencia de la mía, es más cara y ella la aprecia muchísimo más. Pero eso sí, con cuidado. Mi ataque va a ser soterrado.

La muy ingenua, tan segura con sus años de experiencia aterrorizando a pobres chicas en el instituto, ni siquiera ha pensado en guardar sus trapos bajo llave. Abro su armario.

Colérica.

Apenas dirijo una mirada rápida a la cantidad de ropa que lo llena por completo.

Después, me dedico a buscar mi neceser por el suelo. Lo encuentro abierto y desparramado debajo de mi cama. Cojo las tijeras. «Gracias mami por hacerme coger un kit de costura por si me afloja algún botón», pienso. Vuelvo a su guardarropa. Sigo creyendo que con tanta pasta podría haberse comprado un candado. Busco sus modelitos más caros, o al menos aquellos cuyas marcas me suenan, porque tampoco es que yo entienda mucho de ropa pija. Pero eso sí, de *Dolce&Gabbana*, *Ralph Lauren*, *Miss Syxti*, *Levis*... he oído hablar hasta yo. Así que busco las costuras y las saboteo, cortando solo algunos hilos, los justos para que cuando los lleve parezca que ¡ops! se ha descosido.

No soy idiota. Esto es la guerra. Pero a mí, que solo soy una, no me interesa hacerla abierta. Por eso voy a simular que no devuelvo la pelota a su tejado y cuando su ropa favorita se vaya al infierno, espero que se pregunte si de verdad tantos descosidos pueden ser una coincidencia.

Y si esto es desviarme de mi conducta habitual, ¡a la mierda! Esta situación, este internado, tampoco es normal.

Una vez acabado mi sabotaje, vuelvo a colgar mi ropa. La que está salvable. La demás la dejo en un cesto especial que hay en mi armario para que la laven. Sí, la laven. Se supone que hay empleadas que se dedican a limpiar, hacer coladas, cocinar... Aunque he de reconocer que son tan discretas que nunca me las he encontrado.

No sé si el espectáculo estará a punto de comenzar o no pero yo sigo muy enfadada. Así que me voy a hablar por teléfono con Ana a ver si se me pasa. Por el camino, en el peor momento posible para encontrármelo, el chico más puñetero y esquivo que he conocido aparece por delante de mí, saliendo de un recodo del pasillo.

Digo peor, sí. Porque no estoy para sutilezas.

—¡Víctor! —lo llamo.

Está de espaldas y no me ha visto. Se gira. Una sonrisa de algo que no sé si es alegría al verme pero me da igual, pasa rauda por sus labios.

—Hola, cosita.

Se dirige hacia mí. Yo hacia él. Nos paramos en medio del corredor vacío. Parece que va a decirme algo. Soy más rápida y lo interrumpo.

—¿Quién demonios eres? —le espeto.

—Vaya, vaya... así que sabes morder... Pero siento desilusionarte, no soy un demonio.

Es arrogante. Está jugando conmigo. Ya me da igual lo que piense de mí, yo tampoco estoy para miramientos; aunque luego pueda arrepentirme si de esta no quiere volverme a ver. Estará buenísimo, pero sobreviviré.

—No me digas... ¿Alguna gran agudeza más o vas a contarme ya quién demonios eres?

Sigo tan enfadada con lo de mi ropa que parece que mastique las palabras. Más que un gato, ahora soy un perro buscando donde morder. Pensándolo bien, es una pena que a quien tenga delante no sea a la zorra de Paula.

—De acuerdo, Victoria. —Por lo menos no me llama cosita, algo es algo—. Dejaré el placer de bromear contigo para otra ocasión.

Acerca una mano a mi pelo, para apartar un mechón que ha caído sobre uno de mis ojos a causa de tanto cabeceo brusco con el que estoy enfatizando mis palabras. Mi respiración se detiene por unos segundos. De repente me parece haber entrado en una dimensión espuma o algo así. Es decir, como si ya no estuviera furiosa, como si el tiempo se hubiera ralentizado, como si aunque quisiera estuviera envuelta en un montón de espuma blanca que me impidiera moverme con suficiente rapidez como para parar su mano. Mi mente, mirándolo hechizada, solo piensa que va tocarme. El pelo. Para recolocar. Igual que yo he deseado hacer con el suyo desde el primer momento que lo vi. Lo hace. Me roza la mejilla. Su piel es cálida y áspera. Miro su mano. Tiene durezas y pequeñas cicatrices, no es precisamente la de un estudiante. Y de repente la espuma se dispersa, tan rauda como ha llegado, el tiempo recupera su ritmo y yo el control de mi cuerpo.

Recojo el mismo mechón y lo recoloco. Nuestros dedos se rozan. Durante un instante, el contacto es eléctrico. Él aparta los suyos y yo acabo de peinar mi pelo en su sitio. Tras la oreja, vale. Pero lo pongo yo, no él. No es que tenga una pataleta o algo así, ni que quiera reafirmarme o reclamar mi cabello como mío. Es que no me gusta que diga la última palabra, aunque sea en gesto.

Me mira divertido y con algo de calor en sus ojos. Ni que el rompecorazones pueda tener un lado tierno... Antes de darme la oportunidad de seguir increpándole, me habla.

—¿Es que aún no has adivinado que pertenezco a este lugar? —Me guiña un ojo.

Su voz suena arrogante, algo burlona y muy *sexy*. ¡Otro al que mataría! En fin, gracias Paula (supongo), por lo menos con el cabreo me he ahorrado volver a babear por sus huesos.

—Explícate —me obligo a decir de modo pausado.

—Nos vemos, cosita.

Sigue igual de odioso. ¿Por qué los chicos que menos nos convienen son los que más nos atraen? Bufo.

Víctor ya me ha dado la espalda y se está alejando, no ve la expresión de mi cara pero me oye. Se ríe. Observo moverse su jersey por las vibraciones de esa carcajada en la musculatura de su espalda. No dejo de contemplarlo hasta que se pierde en un recoveco del pasillo. Genial. Está claro que ni enfadada soy capaz de sacarle nada o de preguntarle por qué es así conmigo. Ahora sí que necesito una buena sesión de charla con Ana.



—¿Mamá? Hola, soy yo.

Tras un buen rato con mi amiga, llamo a mis padres. Por lo menos, las butacas de las salitas de teléfono son cómodas. Estoy, más que sentada, desparramada en una de ellas.

—¡Victoria! Qué bien que llames, hija. Estábamos preocupados. ¿Has oído en las noticias lo de la ola de frío?

—Sí, tranquila.

Con la vida social tan maravillosa que tengo aquí, ver la tele se ha convertido en una de mis rutinas de la tarde noche.

—Viene de Siberia. Un poco pronto en este mes... pero en fin. Ten cuidado. No te vayas de excursión por el monte si no es en grupo y con una profesora. A ver si te va a pasar algo.

—Tranquila. Hasta la primavera no nos iremos por allí con la profesora de Biología. Y yo, por mi parte, apenas he salido de la escuela. Ya sabéis que soy bastante urbana. Y sin *McDonalds*, librerías, cines... tampoco es que me apetezca mucho salir.

—¿No dijiste que el otro día te fuiste a una cascada?

—Minúscula, madre, minúscula. Y al lado del internado. Es como una prolongación de los jardines del patio interior. Hasta han puesto un sendero de baldosas de gres en el medio del camino, justo hasta la pequeña zona de hierba en la

que cae el riachuelo.

—Vale...

Sonaba más tranquila. Me la podía imaginar, parándose o quizá sentándose en una silla, pues cuando está nerviosa es de las que andan por toda la casa buscando cosas para recoger. Cuando lo hace en mi cuarto, a mí me da algo. Porque siempre encuentra un motivo de queja a nada que deje alguna prenda sobre la cama en vez de en el perchero. O algún lápiz sin guardar sobre mi mesa de estudio. Mi cuarto... ¡cómo lo echo de menos!

—Dime, Victoria —continúa preguntándome—, ¿qué tal las clases?

—Bien, bien. Como siempre.

—¿Habéis hecho algún examen?

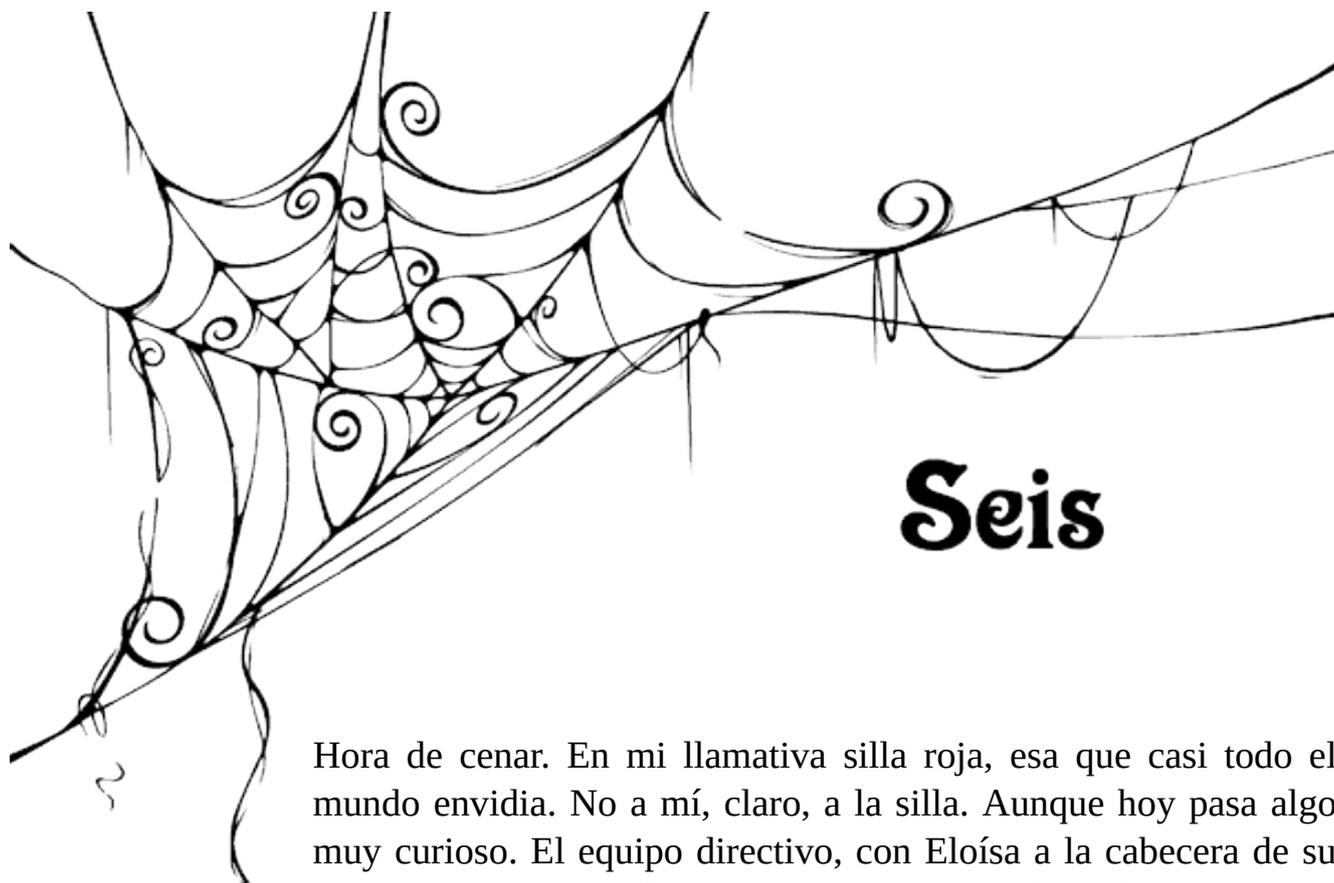
—No, si llevamos tan poco tiempo...

—Vale, mira, te paso a tu padre.

La conversación sigue, como repitiéndose. Me encanta eso de contarle todo dos veces, incluido el tranquilizarlos por lo del tiempo. Aquí todavía hace un otoño de bastante calor. Si viene el frío, no creo que sea para tanto.

Cuando acabamos de hablar cuelgo el teléfono y que quedo sentada, con la cara apoyada contra el respaldo de la butaca, el cual es de un suave cuero marrón. «Víctor...», suspiro. Ya no estoy enfadada por lo de Paula. Y reconozco que he sido un poco brusca con el pobre (aunque no tanto como se merece). En cuanto a lo de que pertenece a este lugar... ni que fuera un fantasma: no tengo ni idea de a qué se refiere. Reconozco que la curiosidad, una vez que me he desahogado a gusto con mi amiga, me está matando. O peor, ya que comienzo a dudar de mi actitud hacia él; es decir, a mí gustar, lo que se dice gustar, nunca me ha gustado ningún chico. Los actores no cuentan. Y con él, desde el primer momento, he reaccionado de un modo que me asusta, como si Víctor fuera un aire más puro que no sabía que existía hasta haber estado a su lado; una droga que, si no la respiro, hace que el resto de mi mundo sea más oscuro y monótono. No tengo claro si eso es algo hormonal o que, sencillamente, me gusta. Y mucho. O lo tendría si no fuera por lo odioso que es el condenado y lo fácil que le resulta sacarme de mis casillas.

Me golpeo la barbilla con el pulgar, una y otra vez. Sacudo la cabeza, para aclarármela. Cojo mi mochila, que había dejado en la mesa y salgo de la estancia. De vuelta a la rutina del internado, sin dejar de preguntarme qué narices hace aquí viviendo un chico.



## Seis

Hora de cenar. En mi llamativa silla roja, esa que casi todo el mundo envidia. No a mí, claro, a la silla. Aunque hoy pasa algo muy curioso. El equipo directivo, con Eloísa a la cabecera de su mesa negra, cenan a la vez que nosotras, no después como ya es habitual. En el descanso entre platos, la directora se levanta y llama nuestra atención. Oigo a mis compañeras cuchichear con ganas, como intentando averiguar a qué se debe el honor. Y sí, digo honor, pues oigo la palabra salir de los labios de Kate. Por favor... reconocería su afectado acento inglés en cualquier parte. Entiendo que ella, que viene de otro internado de la familia Niven, la tenga en un pedestal. Lo que ya no entiendo es que, cuando dejo de mirar a las profesoras para observar a mis compañeras de mesa, estas estén asintiendo convencidas. Esta señora sí que sabe cómo extender su influencia, porque hasta la garza parece considerarla como poco menos que un modelo a respetar. Yo alucino, se ve que les va lo de ser mejores que las demás. Miro a Noelia, está absorta en lo que Eloísa vaya a decirnos, pues no despega la mirada de ella. Lástima. Desde lo de la escenita de hace unos días me ha estado evitando, incluso en clase no me dirige más que monosílabos. En estos momentos, me habría gustado intercambiar con ella un par de ojos en blanco.

Me centro en la directora. Está de pie. Como aquella vez en el salón de actos, no lleva micrófono prendido en su chaqueta y cuando habla su voz nos llega alta y clara. Supongo que el comedor, con su techo de paneles blancos y sus paredes de pintura suave, debe estar diseñado para tener una buena acústica.

—Buenas noches, jovencitas. Espero que estén disfrutando de la cena. Para todas nosotras es un día especial, pues hemos visto su evolución en las clases y creemos que, como les adelantamos el primer día, es el momento de hacer unos cambios. Voy a citar a una serie de alumnas, que deberán intercambiar sus mesas. —No se oye ni una mosca, desde luego, esta mujer sabe cómo llamar nuestra atención—. Acero se

cambia con Sánchez, Ana Martín con Rodríguez y Bosque con Matilda Gross.

Ahora sí que se oyen voces, las de todas las alumnas cuchicheando en plan cotilla.

—Procedan —su voz suena tan desapasionada como es habitual en ella.

Pocas veces la he oído poner el corazón en lo que dice. Mejor así. Ya debe ser bastante duro para tres de esas seis chicas, no necesitan que encima Eloísa se regodee. Observo curiosa, no puedo evitarlo, y veo como tres comensales de las mesas amarillas se intercambian por sus compañeras de las blancas.

—Silencio, señoritas —nos reprende—. Además, tengo un cambio muy especial. Mary...

La profesora de Francés se levanta y se dirige hacia mí. Contengo el aliento. Veo cómo la directora me mira con una sonrisa amenazadora en los labios, una que tiene el mismo efecto demoledor que un martillazo sobre mi cuerpo. Mary se me acerca. Contengo el aliento. Se me acerca y pasa de largo, se encamina a mi derecha; se para delante de Gema y le quita la mariposa. Sin embargo Eloísa no despega sus ojos de mí, no me es difícil leer en ellos una advertencia. Entiendo el mensaje: si no me aplico más, yo seré la siguiente. Creo que la prefiero cuando su mirada es tan desapasionada como sus palabras. Y tampoco sé qué narices espera de mí, pues me esfuerzo bastante en clase y hago los deberes, por muy absurdos que me parezcan. A continuación, la de Francés se dirige a una chica de una mesa amarilla y le prende el broche en la camiseta.

—Señoritas, no sé a qué esperan —les aclara la directora.

Gema intercambia con Paula una mirada horrorizada, sorprendida y dolida. Después mueve sus párpados hacia la chica con resentimiento y le cede su sitio. Parece que la garza va a tener que comer sin su mejor amiga.

—Eso es todo, jovencitas, sigan con la cena.

Eloísa se sienta, gira su rostro hacia el resto de las profesoras y bebe un sorbo de vino. Tinto. Rojo oscuro. Como la sonrisa de alegría y suficiencia de mi nueva compañera de mesa.

Vuelven los cuchicheos, aunque en voz más queda. Las adultas nos ignoran y las camareras nos traen el segundo plato, un pescado en salsa verde y con setas.

—Andrea, ¿verdad? —le pregunta Kate. La aludida asiente—. Bienvenida.

Paula, que no parece nada contenta con la nueva situación, al haber perdido a su mejor aliada en su lucha constante por mantener el liderazgo ante Kate, decide cambiar el tema de conversación. Supongo que no le apetece que la nueva comience a hablarnos de sí misma.

—Por cierto, ¿habéis oído los rumores?

—¿Cuáles? —se interesa la rubia que se sienta a su lado.

—Una chica de bachillerato ha visto al chico misterioso.

¿Chico misterioso? Mi corazón acelera su ritmo. Esto es nuevo. Una cosa es que me pregunte qué hace Víctor en un internado femenino y otra que haya oído hablar de

él a las demás alumnas. Porque dudo mucho que haya otro miembro del sexo masculino por aquí.

—¿Otra más? —pregunta Kate, muy interesada—. Pues ya van seis. ¡A ver si va a ser verdad que tenemos un invitado! La de segundo de la ESO que lo vio dice que debe comer aparte, por eso de no ser una chica. Yo, personalmente, no me creo nada. Ni lo de que debe de estar aquí por los aires del Pirineo, para recuperarse de alguna enfermedad pulmonar. No tiene sentido.

«¿Una enfermedad pulmonar? —pienso—. Pues yo lo veo muy sano. Nunca lo he visto toser. Y desde luego, si un niño rico necesita aires del Pirineo, su padre lo lleva a un hotel, no a un internado femenino. Decididamente, por una vez la inglesa y estamos de acuerdo, pues tampoco me lo creo».

—Cierto, ningún sentido —le da la razón Paula.

—Me pregunto si estará de verdad tan bueno como dicen —comenta la rubia.

Creo que se llama Alicia, pero no soy muy buena con los nombres y la verdad es que paso bastante de mis compañeras de mesa. ¿Acaso no es eso lo que hacen ellas conmigo? Y yo lo agradezco, claro está. No tengo ningún deseo ni de que se metan conmigo ni de participar en su tonta cháchara sobre ropa y color de uñas.

—Sí —aclara la garza—. La de bachillerato no lo reconoce pero por la cara de «oh-Dios-mío» con la que me lo ha contado, para mí que esa también ha mojado las bragas.

—¿Y qué hace aquí? ¿Se lo ha preguntado?

Ladeo la cabeza. Un gesto que hago de manera inconsciente cuando no quiero perderme ni una palabra. Parece que no soy la única que no puede dejar de mirarlo como hechizada. Aunque yo no «moje» nada. No sé si sonrojarme o mirar mal a Paula por lo basta que acaba de ser. Por lo visto, cuando se siente segura y no hay profesores delante, la chica no tiene ni delicadeza ni pelos en la lengua.

—¿Preguntado? No, para nada.

—¿Y eso?

—Él ni se dignó echarle más que un rápido vistazo. Y siguió de largo, como si ella no fuera lo suficientemente interesante.

Me suena. Muy propio del chico de los mechones castaños. Así que, después de todo, el que a mí me dirija la palabra va a ser todo un honor; dudoso, pero un honor. Por lo que a mí respecta, se lo podría haber ahorrado.

—Jo, qué borde, ¿no? —interviene Andrea en el diálogo Paula-Alicia.

Kate se encoge de hombros.

—Bueno —dice—, yo sigo pensando que eso es muy *sexy*. Y seguro que cuando yo me lo encuentre no pasará de mí. ¿Qué os apostáis?

Me encantaría haber estado presente en las demás conversaciones que han debido de tener sobre él, imagino que en la sala de ocio o en los pasillos entre clases. Pero aún me gustaría más ver cómo Víctor ignora a mi estirada tutora inglesa. Tutora que, por cierto, no ha hecho nada por mí. Ni enseñarme el camino a clase o a la biblioteca.

—Un corte de pelo. Si te hace más caso que a mí, te lo cortas al uno —le toma Paula la palabra.

Kate enarca una ceja y apoya el tenedor con fuerza en la mesa.

—¿Así que crees que a ti te hará más caso? Hecho. La que pierda se rapa.

Genial. Las dos a punto de cortarse sus cuidadas melenas por un tío al que ni conocen. Por un momento, me entran ganas de echarme a reír o de meterme en la apuesta. Considerando que a mí ya me hace caso, tengo todas las de ganar.

—¿Y tú por qué sonrías? —me pregunta Paula—. ¿Es que quieres participar?

Me lo dice con un tono tan desdeñoso que puedo ver cómo las demás sueltan una risita. A que le digo que sí... El momento pasa. No pienso intentar ligarme a Víctor ni para ver como esas dos se quedan medio calvas. Ese tío es insufrible, aunque esté buenísimo.

—¿Perdona? No os estaba escuchando. ¿Participar en qué?

—En nada, déjalo. —Su atención vuelve enseguida a Kate, a la que tiende la mano—. Tenemos un trato.

Se la estrecha.

—Hecho.

Muy divertido. Esta vez sí que me paso el resto de la cena sumida en mis pensamientos, unos monopolizados por unos gélidos ojos azules que a veces parecen derretirse ante mi presencia.

Eso sí, cuando al acabar los postres Paula se levanta y frunce el ceño, me apresuro a seguir la dirección de su mirada. Se le ha descosido una costura lateral de su preciado vestido de *Dolce&Gabbana*. Intento no sonreír mientras se despide de sus amigas para ir a cambiarse de ropa. No quiero ser mezquina, pero de repente me siento genial.

Me levanto la última de la mesa. Y mientras estoy andando hacia la salida del comedor, Noelia se coloca a mi lado y me llama, con voz suave.

—Victoria...

—Hola, Noelia, ¿qué tal estás?

Aminoró el paso, no me gusta hablar si voy demasiado rápido.

—Bien, ahora bien. O, mejor dicho, lo estaré cuando me disculpe.

Intento no mirarla. Creo que es algo tímida y me da que, si lo hago, la cortaré.

—Verás —continúa ante mi silencio—, siento mucho haberte dejado sola el otro día, después de que intervinieras a mi favor. Estos días, que he oído que no te fue precisamente bien con ellas, he estado muerta de vergüenza pensando que se han metido contigo por mi culpa.

—No te preocupes —la tranquilizo—, cualquiera habría hecho lo mismo.

—No, cualquiera no... Muchas gracias.

—No hay de qué. Lo que te pasó le puede pasar a cualquiera. Son unas brujas. ¿Amigas?

Ahora sí que la miro. La veo bastante aliviada.

—Amigas. —Me sonríe vacilante.

—Llámame Tory.

—Tory, suena bien.

—¿Te apetece ir un rato a la biblioteca antes de acostarte? Te diría la sala común, pero seguro que Paula y compañía van allí.

—Claro, tengo que ir a coger mis libros. ¿Nos vemos allí en diez minutos?

—Por mí perfecto.

Nos despedimos. La veo dirigirse escaleras arriba mientras yo voy directamente a la biblioteca, en la planta baja. Creo que hay otra más, pero está en el ala de las profesoras. La que, por lo visto, tenemos «prohibida». Algún día me gustaría visitarla, me pica la curiosidad sobre qué tipo de libros deben guardar allí. Aunque claro, más me vale ir sola. Si se lo propongo a Noelia, igual le da algo. Sonriendo, recorro el pasillo, entro en la sala y elijo un libro de lectura mientras la espero. Hoy no me apetece demasiado estudiar y, además, ya he hecho los deberes.



Es por la mañana. Es sábado, no hay clases. Me encanta remolonear en la cama el fin de semana, sobre todo si sirve para levantarme cuando ya se ha ido la garza. Una de las puertas de mi enorme armario tiene un espejo, el cual se muestra cuando la abro. Me echo un vistazo. La verdad es que, con mi pijama, pego en este internado tanto como un pez en un desierto. No es que quiera dejar de ser yo misma pero supongo que para luchar con Paula necesito otro tipo de armas; así que rebusco entre mis ropas hasta dar con una falda recta de *Mango* y un jersey de angorina violeta. Me pongo también mis únicos zapatos de tacón. Yo soy de calzado cómodo, de deportivas, pero quizás si visto más como ellas comiencen a tomarme en serio. Después me dirijo al baño. Que no suela maquillarme no quiere decir que no tenga cosméticos; de hecho, me los regaló María el pasado abril, para mi cumpleaños. María... me la imagino metiéndose conmigo por mis «pintas desastrosas», como ella las llamaba en broma, y siento cómo un nudo se forma en mi garganta. Era una de mis dos mejores amigas y ahora no quiere saber nada de mí porque yo tengo beca y ella no. Es un golpe que, no por intentar no pensar en él, duele menos. La desecho de mi cabeza; ahora no necesito sentirme triste sino guerrera. Agarro base, rímel, sombra de ojos en dos tonos y pintalabios. Me disfrazo, como yo lo llamo. Cuando acabo, la chica que me devuelve la mirada no se parece mucho a mí, tiene un aire más adulto. Me peino con esmero el pelo y me lo plancho, para eliminar todo resto de ondas de mi rebelde cabello. Después un poco de *Poême*, de *Lancôme*; tampoco suelo usar perfume pero este me lo regaló mi madre (también para mi cumpleaños, ni que se hubieran puesto de acuerdo...) y me lo echo de vez en cuando. Y ya estoy lista. Dejo los cosméticos en mi parte del armario del baño y cierro la puerta detrás de mí. De nada sirve pelear

si no pongo la psicología de mi lado. Sonríe, saco pecho y elevo barbilla: estoy lista y dispuesta a jugar con las armas del resto de las mariposas.



Taconeando, camino hacia las escaleras. Como no tengo muy claro a donde ir, me dirijo a los jardines de dentro de la U. Al salir, me doy cuenta de debería haber cogido algo de abrigo pues es cierto eso de que el tiempo está empeorando poco a poco. Como en la fachada de la escuela hay un reloj y un termómetro, compruebo que estamos a ocho grados. Vale, aunque yo soy de las que opinan que un poco de frío nunca viene mal, o que es bueno para la circulación, tampoco es cuestión de quedarme tan helada como ese par de lagos gélidos que tiene cierto chico por ojos. Hum... Hablando de ojos... Entro con rapidez al edificio y me dirijo hacia una de las torres.

A ver, si Víctor vive aquí, debe ser en una zona muy poco frecuentada o habría habido más chicas que se lo habrían encontrado. Así que, o el ala de las docentes o una de las torres. Es decir, hay cuatro torres. Dos en los extremos de la U y las otras dos en las esquinas. Sobresalen dos plantas sobre las tres alturas del resto del edificio. La zona «permitida» corresponde a uno de los brazos de la U (habitaciones, clases, sala de ocio, salón de actos y biblioteca) y a su base (entrada, comedor, cocina, gimnasio o salón de baile). La «prohibida», al otro brazo de la U, incluyendo dos de las torres. El día que me perdí casi accedí a la torre más alejada, la del extremo del brazo de la U prohibido. Creo que allí debe vivir Eloísa. No es que las profesoras sean fáciles de sonsacar, pero de vez en cuando algo se les escapa. De ahí he deducido que la directora tiene toda una torre para ella y como me la encontré justo allí... En fin, a lo que voy, si el chico está en la zona de estudiantes, lo más normal es que esté en la torre del extremo, la opuesta a la de Eloísa, porque en la otra de la zona permitida está el helipuerto.

Con lo cual, cruzando los dedos para que no esté alojado en el ala de las profesoras, me dirijo a la torre del extremo a ver si consigo averiguar dónde está la habitación de Víctor. Son demasiados días muerta de curiosidad, aunque la parte más formalita de mí pretenda negarlo. Y no sé... al pensar en sus ojos y no tener nada importante que hacer, algo ha hecho «clic» en mi cabeza y he sentido el impulso de averiguarlo. A veces me pasa, tengo corazonadas y las sigo. Por suerte nunca han sido muchas o Ana y María habrían dejado de pensar que soy previsible, lo cual me encanta pues me permite pasar desapercibida. Algo que aquí, desde que me prendieron la mariposita, no hay quien consiga. Además, paso de que la garza y su grupito sepan más que yo. Y para nada estoy negando que esta repentina decisión se debe a que no deseo que ninguna de esas dos se lo ligue: yo lo vi primero. Así que yo, yo... yo y él... ¡lo que sea! No es que quiera ligármelo en vez de ellas, pero

todavía puedo sentir cómo se me seca la boca y se me acelera el pulso al pensar en ese beso que no recibí.

Escaleras arriba. Primera planta, segunda, tercera... Un piso más. Y cuarta. Ahora sí debo estar dentro de la torre, cuadrada y de bastantes metros de sección. La escalera se ha estrechado un poco, medio metro apenas. El piso en el que estoy es un rectángulo de un par de metro cuadrados, al cual dan los peldaños que continúan subiendo, y una puerta. Está lacada en marrón, un agradable cambio con respecto al blanco imperante en esta zona. Me estremezco al recordar los tonos más oscuros y tétricos del ala de la Eloísa. Quizá el marrón no sea tan bueno después de todo, se parece al negro... Sacudo la cabeza para desechar todas esas tonterías que se apelotonan en mi cabeza, como por ejemplo la sensación de que el edificio está deseando que toque la puerta. Ridículo del todo. Solo faltaría que un pedazo de ladrillo y escayola deseara que hablara con Víctor. Decidida, apoyo mi mano contra la puerta. Está fría. Lo cierto es que aquí arriba la calefacción no parece funcionar tan bien como abajo. Considerando que el calor sube a las plantas altas, supongo que se deberá a que la torre está en contacto con la intemperie por cuatro paredes. Aunque dudo mucho que la directora, en su moderno edificio, no hubiera puesto en los tabiques lo último en aislantes.

La estoy tocando. Está fría. Su temperatura, esa que me hace divagar otra vez, chisporrotea en mi mano. ¿Quién ha dicho que es solo el calor lo que puede resultar agradable? Este frescor es como una brisa vivificante o una piscina helada en pleno sol de agosto.

Está fría, es agradable y empujo. En realidad, es más como si la puerta estuviera esperando mi toque para abrirse de un modo sigiloso, mostrándome una habitación masculina iluminada por la luz que entra por un par de amplias ventanas.

Dejo de apoyarme en la superficie vibrante de la puerta y entro en el cuarto. Esta se queda abierta pero ni me entero. Tan solo tengo ojos para su dormitorio.

Porque está claro que un chico vive aquí. Hay unas deportivas converse al lado de la cama —hecha de cualquier manera, con la colcha subida hacia arriba y ya está—, un mp3 tirado sobre la almohada, unos pósteres de Muhammad Alí boxeando sujetos en un corcho magnético mediante imanes... en fin, quitando una jaula de pájaros en la esquina más alejada posible de las ventanas, todo cuadra con el cuarto de un chico.

Curiosa, me adentro. La temperatura es más baja que la del resto del internado. Me encantaría saber cómo ha conseguido que su suelo sea de cerámica marrón en vez de blanca. No sé muy bien si dirigirme a ver los pájaros (que juraría que no son ni cantores ni decorativos) o a cotillear el armario entreabierto. Quizá el armario, está más cerca... Sé que no debería. Pero si veo uno de sus jerséis, sabré sin duda que este es su cuarto. Un par de pasos y estoy allí. Acerco el ojo a la rendija, pues tampoco quiero abrir más la puerta. El interior está en penumbra aunque más que ropa me parece ver espadas, de esgrima y también de hoja ancha. Ahora sí que estoy intrigada. Acerco la mano para abrir más el armario y entonces oigo un ruido a mis espaldas.

Me vuelvo sobresaltada.

La puerta, la fría, se ha cerrado. De golpe. Pero no sola. Víctor está apoyado en ella, con una expresión en el rostro que no parece molesta, aunque no soy capaz de averiguar cuál es su estado de ánimo.

«Pillada in fraganti», pienso.

Me lo quedo mirando algo asustada. Desde luego, si fuera al revés, yo me enfadaría y no precisamente poco.

—Vaya, vaya... ¿tantas ganas tienes de que me cobre la deuda que vienes a mi cuarto?

Sigue sin moverse pero me doy cuenta de lo que pasa por su cabeza. He venido a su habitación sola, de modo voluntario y muy arreglada. Así que una de dos, o estoy loca o es cierto que pretendo ligármelo. ¿Cómo le explico yo que tan solo quiero saber de una vez quién es y a qué juega conmigo?

—Buenos días, Víctor. Lo cierto es que solo quiero hablar contigo.

«¡Guau! —me sorprende a mí misma—. Si hasta ha sonado como si ningún otro tipo de pensamiento cruzara mi “inocente” cabecita».

—Es una pena, dulzura, porque yo quiero cobrarme la deuda.

Se me acerca muy despacio. Con el corazón desbocado yo retrocedo, pegando la espalda contra el armario cuya puerta se cierra bajo mi peso.

—¿Deuda? —me hago la tonta—. ¿Qué deuda?

—La de la beca. ¿Querías venir, no?

—Ah, eso... ¿Cómo sé que de verdad has podido de recomendarme?

—¿Por qué soy el hijo de la directora? —me dice mientras ya solo nos separan un par de pasos.

¿¡El hijo de la directora!? Me toca sorprenderme. Pero así todo encaja: el porqué está aquí (lógico, al fin y al cabo esta es su casa) y por qué Eloísa le haría caso.

—¿No estarás enfermo? —le suelto sin venir a cuento.

Lo tengo justo al lado, tan cerca que si se mueve rozará mi cuerpo. Es más alto que yo, tengo que elevar los ojos para mirarlo.

Se ríe. Y sus carcajadas suenan frescas, como agua de deshielo. Porque ya no hace nada de frío, ni siquiera en sus ojos que se muestran más cálidos que nunca.

—¿Enfermo? ¿Eso se dice de mí, cosita? Shhh, no me contestes. —Pone un dedo sobre mis labios y yo comienzo a marearme con su proximidad—. No creo que te parezca enfermo.

Su aliento está cada vez más cerca, embriagándome. La cabeza me da vueltas. Y dudo que sea porque nunca antes haya estado tan cerca de un chico, sino porque Víctor es especial: tiene como un aura donde una no puede más que dejarse atrapar, como una mariposa en un alfiler. Mariposa...

Antes de que mi cabeza pueda divagar con la analogía sus labios se posan sobre los míos, ligeramente ásperos, presionando, exigiendo... Y antes de que me dé cuenta estoy agarrada a su cuello y notando el sabor dulce de su lengua. Pasa un minuto, dos,

una eternidad. No sabría decirlo. Me siento bien, poderosa, eufórica; como si su contacto fuera una energía pura y embriagadora que hiciera desvanecerse el mundo, como si solo él y yo importáramos. Entonces, despacio, diciéndome con su aliento contrariado que no es lo que de verdad desea, se separa. El radiante cielo soleado en el que me había parecido hundir mis dedos y mi boca se va alejando, dejándome con una sensación de pérdida y anhelo. Abro los ojos, que en algún momento que no sabría precisar he cerrado. Miro sus labios, esos que me han robado mi primer beso, y los veo curvados en una sonrisa sardónica.

—¿Ves, cosita?, no ha sido tan difícil...

¡Qué no! Eso será para él. Porque si no estuviera apoyada contra el armario creo que me habría caído desmadejada. No porque yo sea especialmente boba o romántica, sino por lo de la mariposa en el alfiler. Con solo una mirada Víctor hechiza a cualquiera y con un beso... noto que me suben los colores al recordarlo.

—No te emociones tanto, que solo ha sido un beso. —Se encoge de hombros—. Claro que si quieres más...

Doy gracias por esa arrogancia suya tan puñetera, porque me da fuerzas para estirar el brazo y empujar su hombro hacia atrás para hacer que se aleje un par de pasos de mí. (Está claro que he sido una idiota. Imaginar que no deseaba separarse de mí...).

—Ni lo sueñes. Y ahora que estamos en paz, ¿puedes decirme por qué narices me recomendaste?

—Te tiembla la voz, cosita. —Curva sus labios en una sonrisa inmodesta—. Ya lo sabes, me pareces muy interesante.

«¡Maldito seas! —pienso mientras me ruborizo otra vez—, ¿por qué los más guapos sois tan gilipollas?».

—No vas a aclararme nada más, ¿no? —me doy por vencida.

—No. Pero estás muy *sexy*, te sienta muy bien tu nuevo *look*. Sobre todo con el rojo que ahora enciende tus mejillas. —Tiene el descaro de guiñarme un ojo.

—Vale.

Le doy la espalda y me acerco hacia la jaula para cambiar de tema. No me gusta el modo enérgico en el que lo hago. Ese tío no necesita más pistas para saber cuánto me ha afectado o que estoy cabreada. Sí, cabreada. Y mucho. Así que supongo que las zancadas me sirven también para calmarme y aclararme las ideas, esas que todavía están bullendo exaltadas tras nuestra reciente intimidación. Por cierto... Como luego bese a Paula o a Kate yo me lo cargo.

Me paro ante las jaulas y me tomo un par de minutos antes de hablar. Paso de girarme. Yo solita me imagino la sonrisita prepotente con la que debe estar contemplándome.

—¿Qué son? —le pregunto al final.

Sus pájaros son más grandes que los típicos canarios o periquitos y están bastante gorditos. Tienen el plumaje pardo-rojizo con motas marrones.

—¿Codornices?

Su voz me llega desde el otro lado de la habitación, de donde no debe de haberse movido.

—¿Y qué hacen aquí?

—¿No pretenderás que las guarde arriba? Mis halcones se volverían locos.

Vale. Respuesta tonta para una pregunta idiota. Me doy la vuelta y me lo quedo mirando, con el ceño fruncido. ¿Halcones? ¿Codornices? (¿Espadas en el armario?). Preguntaría pero sospecho, por su mirada divertida, que solo daría pie a un nuevo juego. Y paso de deberle más cosas.

—Tienes razón —le contesto y lo veo sonreír como si no me creyera—. Mejor será que me vaya.

—¿Tan pronto? Pero si acabas de llegar... —protesta entre burlón e insinuante, su voz se asemeja a un ronroneo.

—Adiós, Víctor.

Me dirijo hacia la puerta. Me cierra el paso.

—Espera, ¿te apetece quedar? Podríamos ir al cine mañana.

—¿En el helicóptero de tu madre o andando?

—Yo siempre voy a lo grande, cosita. Pero no pretendo asustarte. ¿Qué tal un paseo por la cascada?

—Creo que te sobran chicas para eso. El resto de las del broche de mariposa por ejemplo.

Me arrepiento nada más decirlo. ¿Es qué tengo celos del propósito de ligárselo de esas dos y por eso se lo sirvo en bandeja? O soy idiota o debo cuidar más mi temperamento. Pero es que sigo enfadada con él por cómo está jugando conmigo, por no ser más que una conquista en su larga lista. Y, sobre todo, mientras ha durado su beso, por hacerme pensar que le importo.

Su cara, de repente seria, me contempla con tristeza. ¿Es que de verdad quería quedar conmigo? ¿Una cita?

—Tienes razón, cosita. Me sobran chicas. Pero deja que sea yo quien decida con quién quiero estar, ¿no?

Se aparta, dejándome paso franco. Incluso me abre la puerta. Soy incapaz de contestarle o de mirarlo a los ojos. Avergonzada, me voy en medio del taconear de mis zapatos, el cual me encantaría poder silenciar. Ya no me siento femenina y poderosa. Me siento torpe, como una niñata jugando a ser mayor. Salgo con toda la dignidad que puedo. Me paro en el umbral, deseando volverme y aclararle que no lo decía en serio. No soy capaz. La habitación, a mis espaldas, se vuelve a sentir fría. Como si me reprochara algo. Me voy. A mi cuarto o a donde sea, a cualquier lugar donde poder rumiar mi metedura de pata. Oigo la puerta cerrarse quedamente a mis espaldas, como en un suspiro exhalado por las paredes. Soy genial. Debería comprarme un manual de citas para *Dummies*.



Mañana del lunes. Clase de inglés. Hace bastante más frío, por lo que deben haber puesto la calefacción a tope. La cual, en esta escuela tan moderna, es de suelo radiante además de lo que llaman «fancoils de apoyo» en el techo, que traducido son unas rendijas por donde sale el aire. En todo caso, es agradable notar como el calorcito sube a través de la suela de mis zapatos. La profesora, Ashley Bloom, nos mandó de deberes para el fin de semana una redacción sobre cómo vemos nuestra evolución en las asignaturas y qué opinamos de ellas. Más que un ejercicio de inglés, lo veo como un modo encubierto de preguntar cómo nos adaptamos.

Por supuesto, la primera a la que le toca exponerla en voz alta es a mí.

—Mi nombre es Victoria Escartín y creo que voy entendiendo más o menos todas las asignaturas —comienzo a leer mi hoja del cuaderno, en inglés—. Algunas, como los idiomas, me recuerdan a las que veía en el instituto al que iba, si bien su nivel es más elevado. En otras, como la de codificación o la de danza, estoy un poco perdida. No por no poder seguir las, sino por no comprender muy bien su significado. Hay una que encuentro curiosamente útil: meditación. Creo que la han añadido para que calmemos nuestros nervios, pues siempre es difícil adaptarse a un nuevo centro —«y tanto —pienso— esas náuseas que me revuelven el estómago siempre remiten con las técnicas de respiración que nos enseñan»—. No tengo mucho más que decir, pues considero que voy entendiendo todo y realizando, de un modo más o menos correcto, los ejercicios que nos mandan las profesoras. Pero no veo muy bien el porqué de las asignaturas. No acabo de encajarlas. ¿No se supone que en currículo aragonés para la ESO hay unas materias comunes que deberían darse? Es un tema que me rondaba por la cabeza y lo he investigado en Internet para esta redacción. He visto que hay unos contenidos mínimos para todos los institutos. Nosotros, en la mayoría de las asignaturas, estamos viendo otras cosas diferentes. Supongo que serán como una ampliación y que luego iremos a esos contenidos, pero la verdad es que el tema me tiene un poco confusa. Y como en esta redacción se pide mi opinión, me he sentido libre de mostrar mi extrañeza.

Bloom, con su traje verde a juego con sus ojos, me mira con lo que parece decepción. ¿Y qué esperaba? ¿Que le diga que todo es «super-chuli-guay-de-la-muerte»? Para eso que saque a Paula. Como si me leyera la mente, realiza un barrido hacia ella con los ojos y eso es lo que hace.

—¿Hay alguna voluntaria que quiera darnos otro punto de vista?

Varias levantan la mano. Paula, en concreto, la baja en seguida. Y yo sé por qué. Se le ha descosido la costura al elevar el brazo. Creo leer en sus labios las inaudibles palabras «otra vez». Me siento un poco mal y culpable. Pero se me pasa al recordar mi ropa sucia y tirada por el suelo.

—Señorita Martínez, lea la suya si es tan amable.

Aquí nos tratan de usted pero no se cortan un pelo en sancionarnos si no estamos

calladas y atentas en clase. Su mayor arma es la expulsión definitiva del internado. Lo cual, considerando que todas están encantadas de estar aquí, vaya si les funciona.

Paula, con aires de superioridad, de quien sabe que la han sacado porque ha escrito lo que Ashley quiere que oigamos, se levanta. No la lee sentada como yo, no... Ella se pone en pie, para que todas la veamos bien mientras nos llega su clara voz.

—Me llamo Paula Martínez y quiero decir que es un honor estar en esta escuela.

Miro a mi alrededor. ¿Será posible que nadie cuchichee «pelota»?

—Las asignaturas me parecen mucho más interesantes que las de mi antiguo instituto —sigue leyendo, en inglés—. Me parece un acierto incluir danza moderna en educación física, aunque por ahora estemos todavía aprendiendo a disociar nuestro cuerpo.

Disociar... y tanto. Juro que si me hacen volver a desplazar una cadera sin mover el pecho, o la cintura como si mis piernas estuvieran ancladas en el suelo y me tiraran de un brazo, o el *espagat*, o movimientos ondulantes al son de una música de tambores que parece de alguna tribu que se ha perdido el siglo XXI... cogeré complejo de contorsionista.

—Y la recitación poética es preciosa. Sobre todo en el idioma codificado que parece un juego de palabras para nuestro ingenio.

Yo sigo pensando que donde esté Bécquer... Por lo menos, al leer sus poemas, me entero de algo. No es por ser cursi, pero el rollo del romanticismo de cementerios del siglo XIX me encanta. Sobre todo después de ver *Crepúsculo*.

—Y así podría seguir citando todas y cada una de las maravillosas asignaturas —continúa la garza tan seria que parece que hasta se lo crea—. Porque lo más importante para mí es algo que he encontrado en este instituto, algo por lo que antes los profesores o incluso mi padre me miraba mal: el honor de ser parte de la élite.

Ay, ay, ay. Allí le ha dado. Contengo como puedo las ganas de reírme. Está claro que, si eres una niña rica y quieres que te reconozcan tu superioridad, Broto es tu internado.

—Lo que quiero decir es que aquí se valora el trabajo individual, el esfuerzo, el contar con unas capacidades de base superiores a las de la media. —Desvía la mirada, orgullosa, hacia su mariposa—. Sé que todas las que estamos aquí lo somos. Al fin y al cabo, las becas fueron dadas a dedo. Pero algunas, las que llevamos este broche, lo somos aún más. Pienso seguir trabajando duro para seguir mereciendo el honor de llevarlo.

Un repentino y entusiasta chocar de palmas invade la clase. Ella lo recibe con una sonrisa. Debo ser la única que se queda quieta mirándola con una ceja enarcada.

En fin. No puedo negar que la chica sabe cómo dar un discurso. A diferencia de mí, que siempre he sido mejor en ciencias. Y lo sabe dar aunque sea en el idioma de Shakespeare... Está claro que el nivel de inglés aquí es alto, pues todas la entienden. Si no, no estarían aplaudiéndole. Bloom, con su ya típico moño francés, ha suavizado

la severidad de su rostro y la mira aprobadora. Genial. Me hablaron de una película (El mar, La ola o algo así) donde un profesor educaba a sus alumnos poco menos que para ser nazis. Ya no tengo ganas de reír; ahora desearía que la tierra me tragara pues Paula nos ha leído sus absurdas ideas y todas las chicas (hasta Noelia, espero que lo haga por no dar la nota) parecen apoyarla deleitadas. Ni que hubiera dicho esta noche hay fiesta... Es algo demasiado surrealista y lo peor es que está sucediendo de verdad. Para rematarlo, tengo otra vez esa sensación de que el edificio me observa y me quiere decir algo. Si de aquí salgo paranoica, los demando. Porque es como si la misma clase, como una extensión del resto del internado, como la boca de una presencia que lo habitara, me esté reprochando algo. Reprobando. Y no por hacerme demasiadas preguntas, como lo del currículo no oficial, no... sino por no saber darles una respuesta adecuada. Así que genial, ¡ahora las paredes me observan y me hablan! Prefiero tomármelo con humor pero está claro que voy a tener que replantearme si le cuento las «rarezas» de esta escuela a mis padres. Si no fuera por Víctor, creo que ya lo habría hecho. He de reconocer que ese chico me gusta. Y mucho.

—¿Ve usted, señorita Escartín? Esto es una respuesta emocional correcta a la suerte que tienen de que elevemos su currículo oficial a uno más acorde con sus características. La señorita Martínez tiene razón. —Deja de mirarme reprobadora y se dirige a toda la clase—. Todas y cada una de ustedes han sido elegidas, becas, porque tienen unas capacidades muy superiores a la media española. Y por eso, nuestra educación se ha programado para adaptarse a ellas. Ahora, dejen todas sus redacciones encima de mi mesa. Nos vemos por la tarde, que disfruten de la comida.

«¿Yo con capacidades muy superiores a la media? —pienso confundida—. ¿O incluso más por eso de la mariposa que llevo prendida en la ropa? —esta vez un vestido sin mangas y un jersey fino debajo, sigo en lo de imitar a las otras dentro de mis posibilidades—. ¿De qué va Ashley? ¿De verdad pretende que nos lo traguemos?».

Porque vale, tonta no soy y suelo sacar buenas notas pero de allí a ser de las pocas alumnas españolas dignas de merecer el honor de estar en este internado...

Miro a Paula, Kate, Gema (que fuera del comedor sigue yendo con ellas pese a su «degradación») y el resto de su grupo. Se pavonean orgullosas. Como sigan así, voy a cambiar el animal con el que las comparo. En todo caso, está claro que ellas han nacido para sentirse integradas en una comunidad de «élite». Esto es de locos...

Me dirijo hacia Noelia, que está acabando de recoger sus cosas. Ya no nos sentamos juntas. Nuestra querida Bloom, jefa de estudios y tutora, me cambió al lado de las mariposas, diciendo que Noelia no era una compañía que me conviniera. Así, tal cual, poniéndola colorada como si ella hiciera algo malo y de paso a mí roja de vergüenza. ¡Ni que yo fuera tan especial como se empeñan en decirme! Si no nos hubieran cambiado de sitio, quizá habría conseguido intimar más con ella. Para ser lo más parecido que tengo aquí a una amiga, muy abierta no es que se diga.

—Hola, guapa. ¿Dejamos esto en la biblioteca y vamos juntas a comer? —le

pregunto intentando sonar animada.

—Bueno. —Se encoge de hombros.

Caminamos en silencio hacia la puerta, lugar donde está el corrillo de Paula reunido. Esta me mira de arriba abajo desdeñosa y no se corta en hacerme un comentario.

—Victoria... ¿De verdad crees que vas elegante por combinar un poquito mejor tus ropas de mercadillo?

Paso de contestarle, solo conseguiría incomodar a Noelia que sigue la táctica del avestruz; es decir, si me escondo y no las veo, ellas tampoco me ven.

«Lo mío con las aves ya es gordo, a este paso voy a tener que hacérmelo mirar», bufo para mí.

Una vez a solas en el pasillo, aminoro el paso y me giro para encararla.

—Qué fuerte la clase de hoy, ¿no?

Ella está concentrada en sus zapatos. Como si pisar baldosas blancas y calentitas fuera lo más interesante del mundo.

—No sé... empiezo a pensar que es verdad eso de que estamos aquí por algo. Es decir —se apresura a aclarar ante mi aire exhalado de manera brusca—, que nos han elegido porque tenemos talentos. Por ejemplo, está claro que Paula es muy buena en eso del cifrado y de recitar poesía. Y yo, bueno... —La noto azorada—. A mí se me da muy bien la danza. Siempre me ha gustado y mi madre nunca me ha querido apuntar. Dice que como deporte es mejor el baloncesto. Así que aquí me tienes, pasando del estúpido juego de botar una pelota y sintiendo la música. No sé... quizá ellas lo sabían. Además, he descubierto que me resulta muy fácil este nivel tan avanzado de inglés y francés.

—Vale, sirves para azafata capaz de contorsionarse en aviones de tercera —no puedo evitar ironizar.

Otra vez que digo lo que no pienso. No suelo ser borde, pero entre lo del beso de Víctor y la tontería que veo en esta escuela, estoy muy susceptible.

—Perdona —añado rápidamente al verla dolida—, perdona, de verdad. No pretendía molestarte. Solo es que no le veo ninguna utilidad a la danza. Por lo menos en el baloncesto haces deporte y trabajas en equipo.

Se para. Yo lo hago también. Me mira.

—¿Sigues con lo de preferir los viejos valores? Yo también. Pero estos tienen sentido. En el mundo real, cuando busquemos trabajo, no nos lo van a dar a todos los aspirantes porque no quieran decirnos «no» o sea más guay que todos estemos felices.

—¿Qué?

Ahí me ha descolocado.

—Tómatelo como una preparación para cuando salgamos de la universidad. El mundo es duro. Mi madre se derrumbó cuando perdimos a mi padre pero se levantó en seguida. Ella era la única que podía hacer que siguiéramos adelante.

Me quedo helada. No tenía ni idea. Puede que ahora entienda un poco más a Noelia. Intento cambiar de tema.

—Perdona... supongo que tienes razón. ¿Qué te parece mi nuevo *look*?

—Que de verdad quieres ser como ellas y jugar en su liga. Aunque intentes negarlo. Al fin y al cabo, llevas el broche. —Vuelve a encogerse de hombros.

Eso me deja unos instantes pensativa. Mi compañera reanuda el paso. La sigo. Yo no pretendo ser una hipócrita que critica lo que defiende la escuela para luego ir imitando a las demás mariposas. Tan solo es que no quiero jugar con desventaja. Por eso me acerco un poco más a lo que parece el modo normal o correcto de vestir. Y aunque la garza se haya apresurado a aclararme que no lo consigo, siempre es mejor esto que mis vaqueros viejos y mis deportivas.

Seguimos el camino en silencio. Cuánto me encantaría pedirle consejo a mi madre. Pero si lo hago, sé que se alarmará y me sacará de aquí enseguida. Y algo dentro de mí me grita que, ahora que me ha besado, sería duro vivir sin estar cerca de Víctor.



Extracto del diario de Paula Martínez:

*Querido diario,*

*¡Estoy harta!*

*No aguanto a Victoria. Una chica del montón que tiene la suerte de entrar en Broto y se comporta como si el favor se lo hicieran a ella. O como si yo hiciera algo malo por ser rica. Ya tengo bastante con que mi padre me haya hecho ir toda la vida a concertados por eso de que él consiguió su fortuna trabajando y formándose «desde abajo». No entiende que ni mi madre ni yo estamos de acuerdo. Y esa Victoria, cada vez que me mira como si yo fuera tonta o superficial, me lo recuerda.*

*Hoy ha estado especialmente odiosa con lo del currículo. Ya sabes que me digné ofrecerle mi amistad dos veces y las dos, ¡en público!, me rechazó. No hago más que oír que ella, con su talento, es poco menos que el ojo derecho de la directora. ¡Pues bien oculto que está, porque yo solo veo a una tía insoportable y que va poco menos que de modelo moral! Pero eso no es lo peor, no...*

*¿Te acuerdas del chico? ¿Ese tan guapo que dicen que está de visita por su enfermedad respiratoria? Sí, el mismo con el que he apostado con Kate que yo me enteraré de qué hace aquí primero. Ella todavía pretende minar mi liderazgo y quizá, si gana esta apuesta, lo consiga. Por eso esta tarde, cuando me lo he cruzado en uno de mis paseos al monte, no he podido evitar pensar*

que soy una chica con suerte. Sí, uno de esos paseos para ver si, si subo lo bastante sin cargarme mis botas, seré capaz de encontrar cobertura. Internet en los pcs del internado no es lo mismo. Estoy convencida de que vigilan dónde entramos y con quién chateamos y a mí me gustaría hablar con mis amigas de toda la vida tranquila. Como siempre, no he logrado nada. O al menos nada con el móvil. Porque me lo he encontrado a él. Él... Él subía por la senda mientras yo bajaba. Se ha parado a mirarme y tengo que decir que lo de su belleza no es ninguna exageración. ¡Esta bueniiiísimo!!! De verdad. No podía dejar de mirarlo. Hay algo en él que es como si te imantara. Uf, aun me mareo solo de pensarlo. Y por culpa de esa Victoria no he conseguido nada.

Le he lanzado mi combinación de mirada y caída de pestañas número 3. Esa que nunca me ha fallado. Hasta esta tarde. Yo intentando hacerme la interesante y él limitándose pasando de mí por ella. Fue algo así:

Yo: Hola, no sabía que hubiera chicos por esta zona. Me llamo Paula.

Él: Hola. ¿Tú eres la que comparte habitación con Victoria, no?

Yo: Sí. ¿Puedo ayudarte en algo? (Aquí puse la mirada).

Él: Depende. ¿Sois amigas?

Yo: No. No exactamente.

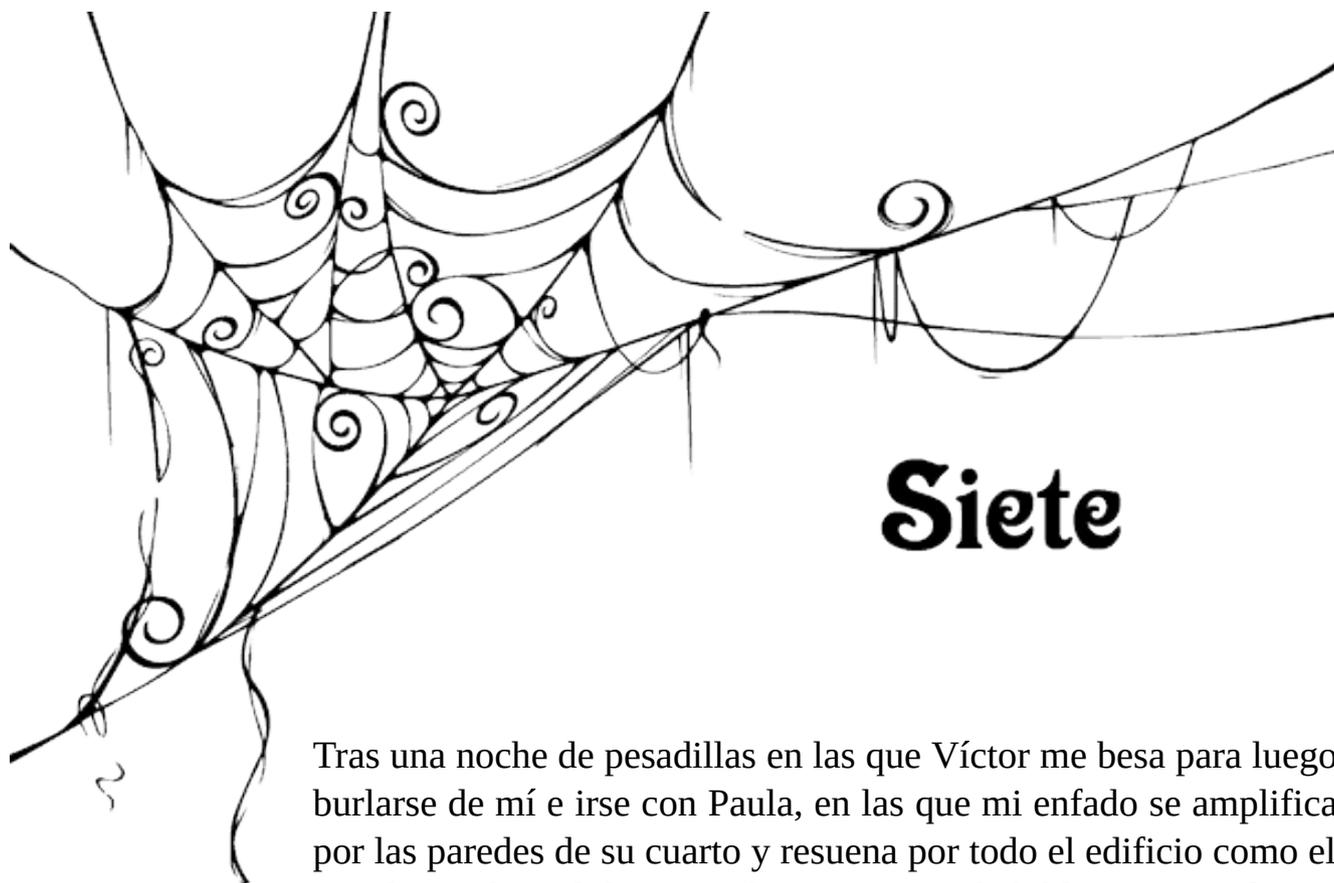
Él: Entonces no, si me disculpas... (Comenzó a sobrepasarme).

Yo: Espera, ¿no vas a decirme quién eres y qué haces por aquí?

Él (sonriendo de un modo arrogante que... uau...): Olvídalo, chica, necesitas aprender más si quieres algo de mí.

Evidentemente, lo dejé ir. Todavía no entiendo qué quiso decir con eso. ¿Más de qué? Menudo corte... Si no fuera tan guapo pasaba de él. Eso y la apuesta. Pero hay que ser positiva, si le gustan las sasonas como Victoria, está claro que Kate tampoco tiene nada que hacer. Y ya me encargaré yo de sonsacarla y enterarme al menos de lo quiero saber. Aunque ya es oficial, diario, la odio.

Solo me faltaría que se ligara al chico misterioso.



## Siete

Tras una noche de pesadillas en las que Víctor me besa para luego burlarse de mí e irse con Paula, en las que mi enfado se amplifica por las paredes de su cuarto y resuena por todo el edificio como el sonido por la piel de un tambor, me voy a la biblioteca. Mi ánimo es extraño, estoy mucho más irritable que de costumbre. Por ello, mientras estudio con Noelia, intento no hablar demasiado. Y justo cuando estoy pensando en esas dos intentando ligárselo, entra Paula. Sola. Algo extraño, a esta chica le gusta encontrar su fuerza en su grupo de seguidoras. Se dirige hacia mí. Miro a Noelia y enarco una ceja. Más le vale que no sea para meterse con nosotras.

Se sienta sobre nuestra mesa como si le perteneciera, cruzando las piernas y apoyando una mano sobre la tabla de madera. Lleva unas medias tan finas que, pese a ser oscuras, dejan ver su piel perfecta y que todavía conserva algo de bronceado. La bibliotecaria la ve, enarca una ceja ante el comportamiento inadecuado de Paula y no le dice nada. Genial. Me pregunto que vendrá ahora.

—Victoria, quiero hablar contigo un momento. Sin ella —me ordena la garza con condescendencia.

Frunzo el ceño.

—«Ella» se llama Noelia.

—Está bien. —Suspira con hastío—. Noelia.

—¿Es importante?

—Para mí sí, cosita. —En sus labios siempre suena despectivo.

—Si nos disculpas, Noelia...

La aludida cabecea afirmativamente, muy cohibida. No ha separado la vista de sus apuntes desde que ha llegado Paula, la cual comienza a alejarse de mi mesa. La sigo hacia los baños de la biblioteca. Esta, por cierto, con sus mesas de estudio y sus libros en vitrinas es tan normal como la de cualquier instituto. Las únicas diferencias

son la ausencia de ordenadores y las materias que tratan los libros. Y en cuanto a los baños, no son el mejor lugar para hablar, pero por lo menos allí no tendremos que hacerlo en susurros y estaremos tranquilas.

—¿Y bien? —le pregunto en el lavabo, una vez hemos bloqueado la puerta.

—Tú me dirás —me contesta sarcástica.

¿Sarcástica ella? Me enfado. Empiezo a estar muy harta de la gente de este internado, Víctor incluido.

—¿Qué yo te qué? Mira guapa, lo primero deja de llamarme cosita. Por lo menos en ese plan despectivo. Porque puedo no ser tan pija y elegante como tú pero tengo otras cualidades.

Solo me encantaría saber cuáles, a parte de una lengua que ya podría morderme muchas veces antes de hablar. Como por ejemplo ayer con Víctor.

—De acuerdo. Victoria. —Parece que le cuesta pronunciar mi nombre. Y yo debo ser más mala de lo que me pienso porque me encanta—. Lo que deseo saber es qué quiere el chico misterioso de ti.

Lo confieso, estoy anonadada. Me ha hecho una pregunta cuya respuesta ya quisiera saber y, además, que solo puede significar una cosa: se lo ha encontrado y tiene más información que yo en ese aspecto.

—¿Por qué?

—Dímelo tú.

Se cruza de brazos, desafiante. Yo también.

—Bueno, chica —continúa—, parece ser que eres más dura de lo que aparentas. Entiéndeme, tú y yo no nos tragamos. La posibilidad de ser amiguitas ya pasó. Así que, ¿te parece que yo te doy mi información y tú la tuya?

—Eso dependerá de lo buena que sea la tuya —le sonrío.

Mi sonrisa no tiene nada de bondadosa, más bien es una mueca deleitada. Por fin tengo algo de poder. ¡Me encanta la sensación! De algún modo extraño, siento como si las estrechas paredes del lavabo se regocijaran conmigo, aprobadoras. Es algo parecido al hechizo del beso de Víctor pero, en vez de con energía luminosa, con un oscuro y pulsante fondo que me lleva a estar satisfecha de enfrentarme a esa zorra. Cuando comienzo a sentirme mal por ello (yo no soy así), me parece ver los ojos azules y acerados de Eloísa clavados en mí con frío interés. Me estremezco, pues por unos instantes me la imagino como una enorme araña que se dedicara a mover los hilos de nuestras acciones, tejiendo una maraña de redes que nos llevaran a donde ella desea.

Yo flipo.

Pero me da igual. Por una vez que tengo algo que quiere la garza, no pienso ponérselo fácil. Esta va por todas las chicas que han sufrido sus humos y su crueldad.

—Muy bien. Me lo encontré en el monte, en un sendero.

—¿Y qué hacías tú de excursionista?

—Eso no es asunto tuyo. —Me fulmina con la mirada.

—Tocada. Sigue.

—Intenté hablar con él.

Hablar... Ya.

—Me preguntó si era tu compañera de cuarto. Más en concreto, si era tu amiga.

—¿Y le dijiste?

Se exaspera tanto que descruza los brazos, abriéndolos en un gesto irritado.

—¡Que éramos amigas del alma! —ironiza—. ¿Tú que crees?

—¿Y?

Noto que la estoy poniendo nerviosa. Genial. Que tome un poquito de su medicina porque esta vez mi estómago está tan calmado como si estuviera tumbada bajo el relajante sol de la playa.

—Pues que pasó de mí. A quien quería era a ti. ¿Por qué? —Me mira inquisitiva.

—Fácil, guapa. Os oí en la comida. Lo de tu apuesta con Kate. Y siento decirte que lo tenéis crudo —exagero—. Él ya me ha besado.

La dejo tan boquiabierta que tarda unos segundos en reaccionar y apretar las manos, clavándose las uñas de impecable manicura, en la carne.

—¿Sois pareja?

Noto cómo mis mejillas comienzan a arder, síntoma de que me estoy poniendo colorada. Pero entonces vuelvo a sentir esa extraña conexión con el edificio y, ladina, me encojo de hombros. Que piense lo que quiera. Estoy convencida de que el chico es un conquistador y ya ha acabado conmigo pero no seré yo quien se lo cuente a la garza.

—¿Puedes decirme al menos qué hace en este internado?

—No. No pienso meterme entre tus juegucitos con Kate.

—¡Eres odiosa!

Estira su brazo, para apuntarme con el dedo con tanta fuerza que la costura de su axila se va a la mierda. Sonrío.

—¿Y a ti que te pasa ahora? —me escupe.

—Naaada. —Me hago la ingenua—. Cuantas ropas descosidas, ¿no? ¿Crees en el Karma? A lo mejor eso te pasa por ir pisoteando la ropa de las demás.

Me fulmina con la mirada. Otra vez. ¿Es que no sabe hacer otra cosa?

—Esto no acaba aquí. Por más que todo el mundo diga, no eres nada. Te vas a enterar.

—¿Qué vas a hacer? ¿Romper mi ropa? No vale ni la décima parte de la tuya. Ni tengo tanta.

Por toda respuesta se gira, me obsequia con un latigazo de su melena, abre la puerta y se va. Sus pasos resuenan fuertes y furiosos, rompiendo el silencio de la biblioteca.

Esa lengua mía... Habría sido mucho más inteligente no decirle nada, dejar que intentara seguir sumando dos más dos. Supongo que me he ganado una enemiga, aunque como si no lo fuera ya...

Con la sonrisa en los labios, sintiéndome una con el edificio, salgo del baño. Quizá era esto a lo que Eloísa se refería con no desperdiciar mis dones. En todo caso, sea Paula capaz de lo que sea, la estaré esperando. Con la novedosa sensación de haber vencido a la garza, con lo que todavía no sé identificar como ego hinchado, vuelvo con Noelia. Ante la que quito importancia a lo que ha pasado allí dentro.

Lo que más miedo me da luego, cuando rememoro la escena, es que no me siento ni extrañada ni culpable por haber tenido los humos de portarme así con Paula.



Tarde noche. Después de cenar. Llevo mi anorak, la que tiene tanto relleno que me hace parecer gorda; pero es que hace bastante frío. Todavía no hiela, no obstante, no creo que las temperaturas tarden muchos días en caer bajo cero. Me apetece salir del edificio, el cual cada vez noto más opresivo, como si aplaudiera unas acciones de las que no me siento orgullosa y me recriminara las demás. Algo similar les pasa al resto de las chicas, sobre todo a la garza y su grupo. Cada vez están más idiotas, más puestas en su rol de alumnas de élite.

Dejo atrás la puerta, con su reloj y termómetro digital que prefiero no mirar. Esta vez no voy a los jardines internos, a los de dentro de la U. Prefiero los «rústicos», como los llamamos, los que llevan a la pequeña cascada. Avanzo por las baldosas de gres que han colocado en el centro del camino de arena apisonada que da a los prados. A los pocos pasos, a mi derecha se abre el camino hacia el lejano pinar y la aún más lejana carretera asfaltada. Sigo de frente, entrando en el primero de los dos pastos donde antaño las vacas campaban a sus anchas y esparcían sus boñigas como quien tira ensaimadas mallorquinas teñidas de marrón. Por suerte todo eso ya no está, aunque el recuerdo de esas fotos que saqué de Internet todavía me hace arrugar la nariz como si pudiera encontrarme con alguna. Ha sido reemplazado por una hierba rala, algún arbusto y alguna aún más ocasional aliaga. Salgo del camino de gres y me dirijo hacia la izquierda. Y me quedo anonada observando la vista. Hay una montaña enorme, llena de pinos, más allá de una ladera escarpada que primero baja hacia un valle. Dudo mucho que yo pudiera deslizarme por ella a no ser que me convirtiera en cabra. Y esa montaña... es alucinante. Grandiosa. Magnífica, con su diversidad de tonos de verde, como si se hubiera mezclado todo el color con algo de azul en una paleta, se la hubiera hecho girar y, con los tonos nuevos creados, se hubieran desperdigado los pegotes por los árboles. Impresionante, tan cerca y tan lejos a la vez. Si yo fuera un pájaro, podría alargar el ala y llegar a ella. Mis ojos se deleitan con la mirada en profundidad, esa que es tan difícil en la ciudad donde casi todo son distancias cortas. Hincho los pulmones. Adoro el aire puro, fresco, vivificante que reciben golosos. Sonrío. Quizá Eloísa no esté tan errada después de todo: en este lugar se respira paz. Vuelvo a las baldosas. Ahora tengo los otros montes de frente,

terriblemente hermosos también pero no tan imponentes, con sus terrazas de piedra semiderruidas por la intemperie y los años de abandono; supongo que allí los del viejo pueblo cultivarían o harían pastar a su ganado. Avanzo, de espaldas al internado, de su estructura en U de ladrillo caravista. Atravieso el prado siguiendo el sendero de cerámica; por suerte para este paseo he vuelto a mis vaqueros y a mis zapatillas, menos elegantes pero mucho más cómodas. Con la vista fijada en mis deportivas y las baldosas, pienso que si estas fueran amarillas yo ahora mismo me sentiría como en el mago de Oz. Pero son grises. Sonrío. Mi estado de ánimo anterior se ha desvanecido como un mal sueño ante la luz del sol. A diferencia de dentro del internado, aquí todo parece hablar de paz y benevolencia. Cuando subo el desnivel que lleva a la segunda pradera, la que desemboca en la ladera de la montaña por la que discurre la cascada, lo veo. Está allí, disfrutando de la naturaleza tanto como yo. No parece reparar en mí. Yo tampoco hago nada por llamar su atención. Está de espaldas, mirando a un ave que sobrevuela la montaña y que, de repente, baja en picado hacia abajo y vuelve a remontar el vuelo entre una nube de plumas, con otro pájaro en sus garras. Se aleja con su presa. Contemplo absorta cómo baja con esta al suelo para comérsela, para desgarrar con su pico esos pedacitos de carne que le sirven de alimento. Al cabo de un rato Víctor, que está tan absorto como yo mirándola, la llama. Con silbidos y un nombre: Bella. El halcón, pues eso es lo que es, se posa sobre su antebrazo, sobre un amplio brazalete de cuero que lo recubre. Me doy cuenta de que hay una jaula vacía a su lado y empiezo a atar cabos sin dejar de mirarlo. Él, sin embargo, tiene toda su atención puesta en el ave. Le susurra palabras dulces, de las que solo distingo el tonto meloso y alguna suelta como «Bella», «magnífica» o «cariño». Coloca una capucha sobre su cabeza y se da la vuelta. Entonces me ve. Cerca suyo y observándolo tan quieta como una estatua sin aliento.

—¿Qué haces aquí? Para evitarme pareces demasiado interesada en perseguirme. Su voz suena brusca.

No puedo evitarlo. Me echo a llorar. No es que él haya sido hiriente pero son ya demasiadas cosas: la amenaza latente de la garza tras descubrir que yo he ido descosiendo sus mejores ropas, la opresión del edificio cada vez mayor, las estupideces que nos enseñan en las clases, el no atreverme a contárselo a mis padres... Y, sobre todo, esa sensación de poder horrible sobre Paula que tanto me gustó, el beso que él me dio y la cita que rechacé.

A través de las lágrimas, noto cómo sus hombros se suavizan. Con una mano pasa el halcón a su hombro y se acerca a mí. Me abraza.

—Shhh, ya está, perdona, no pretendía ser tan brusco o irónico. Solo es que... no me gusta que nadie me vea así.

Sus brazos huelen a cuero y a plumas. Ya lo había olido antes y ahora entiendo el por qué. Me falta un tercer olor. El metálico. Ese que estoy segura que se debe a la colección de espadas que guarda en el armario, las mismas que dan las rugosidades y callos a sus manos. Cierro los párpados y, por unos instantes, imagino que no hay

nada más en el mundo que el dulce aroma de su cuerpo y la delicada presión de sus brazos.

Dejo que mis nervios por lo de Paula se diluyan a través del agua de mis ojos, acompañados de mi angustia por esa absurda esperanza que me dice que quizás le importo.

—¿Tan duro eres que no soportas que te vean en tu faceta tierna? —hipo para mí, tan bajito que si no fuera porque él aumenta la presión de sus brazos creería que no me ha escuchado.

—Gracias, Víctor, ya es suficiente —me oigo decir con un hilo de voz.

—¿Seguro? —Noto otra vez esa odiosa prepotencia en la suya—. A mí me parece que estás bastante a gusto.

—¡Víctor!

Lo separo de golpe y le amago un puñetazo al estómago; el cual, considerando nuestra diferencia de alturas, me cae muy a mano.

—De acuerdo, dulzura, de acuerdo.

Me sonrío, con un gesto luminoso y radiante como el día. O bueno, como el día que teníamos hace un ratito pese al frío; porque ahora hay unas cuantas nubes algodonosas cubriéndolo.

Después, con el dorso de sus dedos, me enjuaga las lágrimas. Hay tal delicadeza en su gesto que sé que no es algo que haya hecho antes. No descarto que este chico sea un ligón pero me doy cuenta de que no se comporta como tal en este internado. No puedo seguir pensándolo ahora que sé que evita a las demás, gran Paula incluida; no ahora que he visto esta nueva faceta suya y que el roce de su mano, tan suave, me hace pensar que siente por mí algo genuino. Mi corazón se acelera. Quizás, a lo mejor... es posible que vaya a besarme. Mi pecho se expande.

—¿Mejor? —me pregunta, su cabeza inclinada hacia abajo, cerca de la mía.

—Mejor. Gracias. ¿Eso tan bonito es un halcón? —le pregunto sin apenas prestar atención a nada que no sea su cercano aliento.

—Sí. Es bonito pero también es salvaje. Son señores del aire, depredadores de la naturaleza. Con el hombre hacen un pacto, pero a cambio tú tienes que respetarlos, no hacer nada que pueda herir su confianza.

¡Wow! Sin olvidar la posibilidad de ser besada por esos labios, al oírlo hablar con tanta pasión me contagio de su entusiasmo. Siento ganas de preguntarle si puedo tocar a Bella pero no me atrevo. Con este chico siempre me siento tímida y minúscula, de un modo que solo lo soy con él.

—¿Y esa jaula? —digo en cambio.

—Para su comida, las codornices.

—¿Esas tan gorditas y monas de tu cuarto?

—Ay, dulzura, parece que no te enteras. —Mete uno de mis mechones tras mi oreja derecha, como recreándose en su tacto (anda que no me gustaría a mí hacer lo mismo con él...)—. Son su comida. Por eso las crío. No te pongas triste, es la ley del

más fuerte.

—¡Ey!, que no me pongo triste.

—Mejor —continúa con su mano en mi oreja, jugueteando con ella, haciendo correr escalofríos por mi cuerpo debido a su tacto que parece ser de alas de mariposa—. Porque si estás triste, no podrás venir mañana conmigo de pícnic. Qué me dices, ¿te apuntas? —Me guiña un ojo.

—¿Y la comida del comedor?

—¿No estarás olvidando que soy el hijo de Eloísa?

—Tienes razón, acepto.

Se me acerca más. Noto como su cuerpo se tensa con expectación. Creo que lleva algo diferente en mente, algo que nada tiene que ver con pícnicos. Lo cual hace que mi corazón se acelere otra vez.

—¿Aceptas?

A cien por hora. Alocado.

—Acepto.

Me besa. Sus labios tienen la misma suave aspereza de antes. Su cuerpo, fuerte, se moldea en las suaves curvas del mío. Mientras nuestras lenguas entran en contacto, siento que vuelve el calor arrollador del sol, que todo mi cuerpo hormiguea, que mi mente intenta retener el instante para siempre y que mi boca, ávida de la suya, solo sabe fundirse en el sabor dulce de su aliento.

En algún momento se separa y es como si me faltara el aliento, como si él fuera una suave caricia de viento que me promete cosquillas todos los días. Esta vez soy yo la que me doy el lujo de peinar un par de esos rebeldes mechones castaños.

—Cosita... —En sus labios no me importa oírlo, es extraño—. No olvides que en este internado no puedes ser blanda. Mi madre ha diseñado esta escuela para algo. Te aviso, porque eres poderosa, que solo las fuertes sobreviven.

Después coge la jaula vacía del suelo y recoloca a su Bella sobre su brazalete de cuero; se da la vuelta y se va. Yo me quedo pensando en esas últimas palabras que me ha dicho con sus ojazos azules repentinamente serios. ¿Soy poderosa?, ¿desde cuándo? Porque por ahora me siento más sola e inútil que nunca en mi vida. Mi madre está lejos, Ana también, María me odia o se muere de envidia, con Paula tengo declarada la guerra... Ojalá fuera tan poderosa como dice Víctor (aunque quizá antes con la garza...). Si no fuera por él, correría a llamar a mis padres para que me sacaran de este instituto de locos. Pero está él... Y besa... Jamás me habían besado (primero de primaria no cuenta). Pero si lo hubieran hecho, dudo mucho que hubiera sido así. Mi corazón todavía palpita acelerado al pensar en él, eso que ya no lo veo. Y su boca, el sabor dulce de su aliento, ese aroma tan suyo... debo estar volviéndome boba, porque necesito esa brisa cálida y energizante correteando por mi piel, ese día de sol radiante que solo siento cuando estoy en su presencia.

La noche está cayendo. Cada vez hace más frío. No sé cuánto tiempo me he quedado aquí parada, sumida en mis pensamientos. Me arrebujó en mi abrigo y me

apoyo en la fuente de mármol blanco de la bailarina. Un chorro de agua brota de su boca y, con esta temperatura, casi parece de hielo. Dejo de divagar y pienso en comenzar a dirigirme de vuelta al internado. Entonces me pasa algo muy curioso, el medallón se calienta, casi quemándome, como si quisiera avisarme de algo o pasarme su fuerza o qué se yo. Porque entonces aparecen las mariposas. Todas. Sonriendo deleitadas de haberme encontrado en medio de tierra de nadie.

—Vaya, vaya, si aquí está la mierdecilla que se cree tan lista —me dice Paula y juro que puedo oír el deleite en cada una de sus palabras.

Un escalofrío premonitor me recorre la espalda.

—Adiós, no tengo nada que deciros.

—Pero yo a ti sí. —Me empuja Kate, tan fuerte que casi me tira al suelo.

—Déjame en paz —siseo, no por hacerme la valiente, sino porque de repente estoy furiosa. Han roto un momento mágico, es como si hubieran profanado los jardines.

Además, son cinco contra una. No es justo, aunque nada en este lugar lo es. Comienza a llover, con esas gotas finas y frías que te calan por completo.

—¿Con que descosiendo mi ropa?

Me vuelve a empujar la garza, esta vez tan fuerte que me tira contra la fuente, clavándoseme la cadera de la bailarina en mi espalda. Y duele, pero duele más la humillación de no poder hacer nada. El medallón me abrasa. Siento ganas de quitármelo. Sin embargo es la menor de mis preocupaciones. Ahora solo deseo llegar sana y salva al internado. O a casa.

—¿Te crees muy lista? —se envalentona Gema.

Ella siempre emplea a alguien para que abra la caza. Por sí sola no vale nada. Juro que la tengo fichada.

—A ver qué te parece esto —me escupe.

Y me obsequia con una patada en las tripas. Otra vez las náuseas. Que ahogan mi rabia en dolorosas arcadas de impotencia. Que son cada vez más fuertes. Y otra vez ese malestar. Lo que me faltaría, vomitar. Aunque si es encima de su ropita de marca no me importaría nada.

—Mírate —se burla Paula—, ya no pareces tan gallito. Así aprenderás a dejar de ser tan chulita. Y ni de coña voy yo a raparme el pelo por tu culpa, ¡puta!

Esta vez el golpe es en la cara, o lo habría sido si no lo hubiera parado con mis brazos. El siguiente ya no sé de quién es. Me tiran al suelo. Mi estómago está tan revolucionado, me siento tan enferma, que no soy capaz de atinar a defenderme. Me patalean. De repente una pátina de irrealidad lo cubre todo, mientras me aferro al calor de medallón que está como ardiendo contra mi piel y al malestar de mis tripas. Es como si yo ya no estuviera allí; por lo menos siento menos el dolor, el de mi humillación y el de sus golpes. Es como si me viera desde fuera de mi cuerpo. Cansada de una escena que no puede estar ocurriendo, me centro en la fuente y en los rosales podados, los cuales parecen destilar tristeza, como si tampoco ellos aprobaran

lo que está sucediendo. Debo estar perdiendo la consciencia, porque me parece ver cerca de mí al chico rubio mirándome preocupado, abriendo unos labios de los que no salen palabras pues me he aislado de ruido para no oír las patadas que golpean mi espalda, brazos y mis piernas, para no escuchar los insultos deleitados de esas capullas. Hace días que no pienso en él pero me da la sensación de que de algún modo está aquí conmigo y me intenta decir algo. Algo. El medallón y las náuseas son mi único contacto con el mundo real. Su colgante... lo siento vibrar. Algo. Algo raro está pasando aquí, algo muy malo. Vuelve el sonido y un increíble dolor en mi cuerpo. Las chicas se crecen, se creen quiénes no son. Y yo, por llevar la etiqueta de «poderosa» pegada en la frente y haber pasado de ellas, soy el chivo expiatorio perfecto. Lo último que recuerdo antes de perder el sentido es a Kate, con su odioso acento diciendo «Dejémosla, tampoco es cuestión de matarla. Si acaso ya se encargará el frío».



Debe ser por la mañana. Estoy en la enfermería. Algo curioso pues ni siquiera sabía que hubiera una. Se trata de una habitación aséptica y luminosa, con enormes ventanas cuyos vidrios están cerrados y sus cortinas abiertas, por las cuales el sol entra a raudales. Me duele la cabeza. Me duele pensar. Me duele recordar.

Ni siquiera sé si no ha sido un sueño. Lo de las mariposas no. No tengo más que mirar mis brazos para ver las magulladuras, moretones oscuros que duelen al más mínimo contacto; o intentar moverme para sentir el dolor. Lo que ya no sé si es real es el resto. Si lo recuerdo o es producto de algún delirio o deseo de mi mente. La lluvia arreciaba. Noté que alguien me sacudía como para sacarme de la inconsciencia en la que estaba sumida. Después, una tela suave. Con olor a cuero mezclado con plumas y acero, con olor a él. Una tela que me cubría, que me levantaba. Y un trío de dulces y castos besos. Dos en mis párpados cerrados, el tercero en mis labios. Un beso tan suave y delicioso que parecía sacado de un cuento de hadas, uno donde el caballero rescataba a la chica y depositaba con adoración una suave muestra de afecto en su piel. Me quedé, y aún ahora me parece sentirla, con una sensación de que le importaba lo suficiente como para estar preocupado, como para acariciar mis párpados y boca con un roce de sus labios tan leve y dulce como el aleteo de un colibrí. Juraría que era él, mi Víctor. Víctor envolviéndome con su abrigo de cuero, abrazándome, levantándome y llevándome adentro. Mi Víctor... Debo desvariar mucho si ya lo llamo «mi». Pero cómo iba a ser Víctor... él es un chico duro, fuerte y mordaz, no un caballero de un cuento infantil. Me da igual, ¡qué sensación! Mataría por saber si esos besos tan suaves fueron de verdad, porque para mí significan mucho más que el apasionado del otro día. Si de verdad, mientras pensaba que estaba inconsciente, me demostró su afecto y me llevó al internado. A esta enfermería,

supongo. Porque si es así, entonces ese chico es mucho más de lo que aparenta. Sonríe. De repente ya no me siento tan mal porque me guste. Amplíe mi sonrisa y me muevo como puedo, ignorando el dolor de mis partes magulladas. Acercó con resquemor los dedos a mi rostro. Compruebo, con un suspiro aliviado, que conseguí salvar mi cara de los golpes, que la protegí con los brazos. A continuación toco mi pelo, notando que está enmarañado, hecho un desastre. Aparto la sábana que me cubre y observo que llevo uno de esos camisones horribles de hospital, solo que aquí, en la academia Broto, lleva el escudo de la escuela. El cual por cierto es nada menos que la bailarina de la fuente. No obstante, en vez de agua de su boca sale fuego, como si fuera un dragón. Y viste unas ropas como las de los cuadros que vi en el ala prohibida. Aparcando esa conexión, el acabarme de dar cuenta de dónde había visto antes a la mujer de la estatua, me centro en palpar sobre el camisón. Llevo lo que parece gasa en varios puntos del pecho y del estómago, pero ninguna venda que me pueda indicar que me hayan inmovilizado algún hueso roto.

Vuelvo a suspirar aliviada. Mi aspecto será horrible pero parece que estoy entera. Ojalá me haya traído él... Pero no son más que eso: deseos, sueños. Observo que hay un timbre a la derecha de la cabecera de la cama. Lo utilizo para llamar a la enfermera. Cuando viene, una mujer de rostro serio y sonrisa austera, me informa que, más allá de un par de puntos y unos cuantos moratones, estoy bien. Por lo visto puedo volver a mi cuarto en cuanto quiera y hoy no hace falta que asista a clases. Agradecida, le doy las gracias. Tengo que investigar más esto del escudo de la escuela, ver de dónde sale esa bailarina. Pero por ahora... por ahora creo que me voy a dormir un poco más. Más tarde ya volveré a mi habitación.



Extracto del diario de Paula Martínez:

*Querido diario,*

*¡esto es el colmo!*

*Ayer le dimos una lección a esa pánfila de Victoria. En realidad, no sé muy bien lo que pasó y tampoco me siento especialmente orgullosa de ello. El grupo, la presión de liderarlo, la rabia por mis descosidos (¿tiene idea esa idiota de lo que me cuesta sacarle a mi padre dinero para mi ropa?)... no lo sé. A veces pienso que la directora, a la que casi nunca vemos, es como si aprobara mi comportamiento, mi lucha con Kate por ser la más fuerte, el tener cruzada a Victoria. Como si tuviéramos que demostrar algo o estuviéramos compitiendo por algo.*

*El caso es que ayer entró Víctor en la habitación con la boba en brazos. Reconozco que me sentí fatal, como un monstruo. Su rostro y manos estaban*

amoratados por el frío. Y antes de que pudiera recapacitar sobre lo que habíamos hecho (en el viejo insti jamás hicimos algo así), va el tío y me echa.

«Fuera. Voy a dejarla en su cama hasta que venga la doctora».

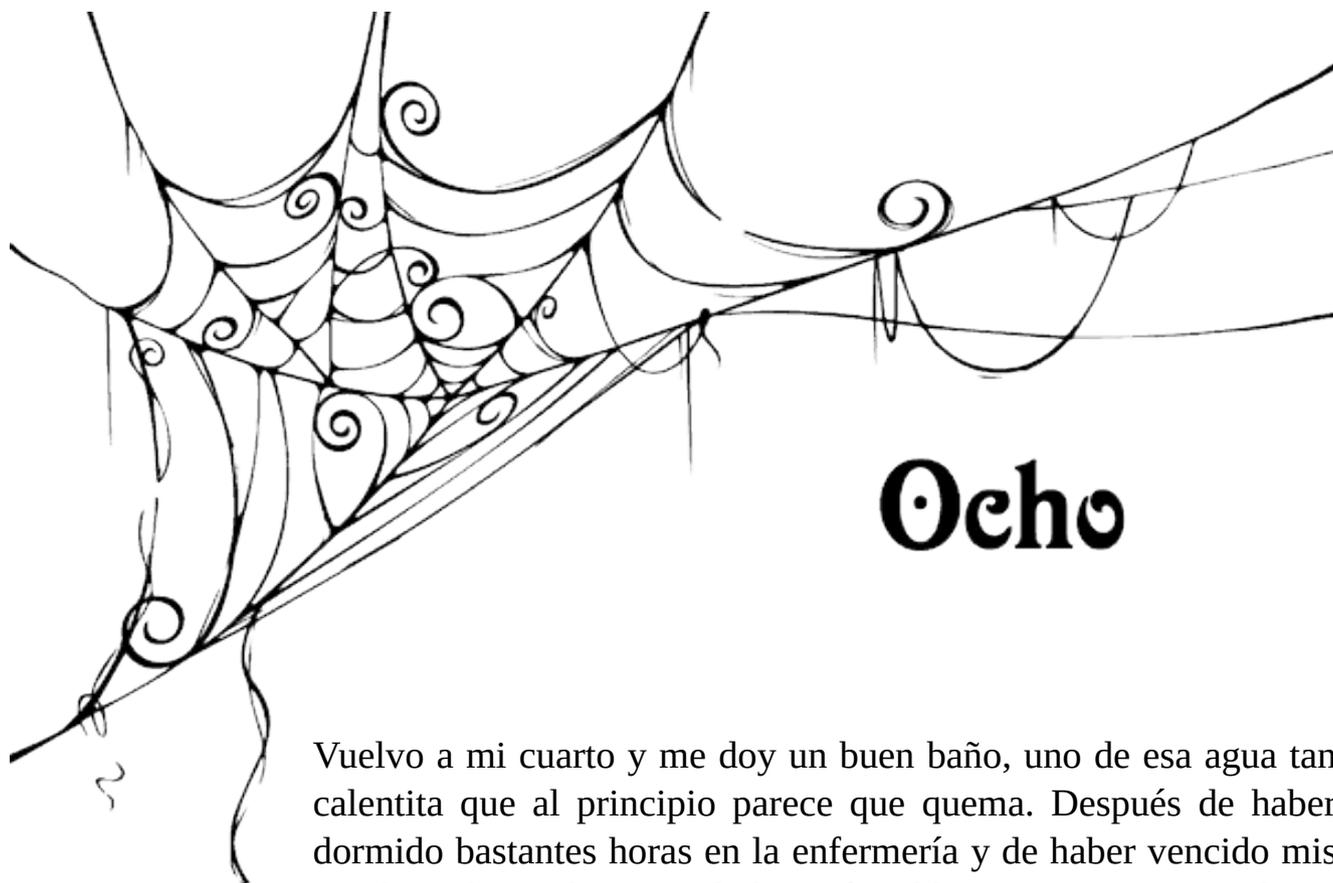
Entonces me enteré que hay una. Algo lógico con un internado tan grande y alejado del mundo.

«No me pienso ir, es mi cuarto», le contesté airada. No sabía si era este dichoso edificio, que a veces me pone los pelos de punta y me cabrea, o mi mala leche. El caso era que me sentía con ganas de pelea y desde luego, las de disculparme que acompañaban a los remordimientos se habían esfumado.

Entonces él me miró con unos ojos que parecían... parecían... no sé. Me viene a la mente un lago helado a punto quebrarse hacia dentro, dejando salir lo que quiera que bullera en su cabeza a través de su furiosa mirada.

«No pienso dejarla inconsciente contigo. Vete hasta que venga la doctora. Y que sepas —vi en sus labios una chispa de esa malicia de chico duro que me vuelve loca—, que así no estás haciendo precisamente puntos para conquistarme. Las fuertes atacan solas, no en manada».

Vale, querido diario. Me fui. Aún le haría un favor a la pánfila dejándola en brazos de su flamante novio nuevo... ¡Maldita sea! Estoy furiosa. Como que me llamo Paula Martínez que ese chico no se me escapa. Me da igual que le guste esa, sigue siendo un tío, pienso tentarlo hasta que sea mío. Será fácil, sobre todo si sale con esa estrecha.



## Ocho

Vuelvo a mi cuarto y me doy un buen baño, uno de esa agua tan calentita que al principio parece que quema. Después de haber dormido bastantes horas en la enfermería y de haber vencido mis miedos sobre volver a mi habitación, el baño me sienta genial. No he contado que ellas me dieron una paliza, tampoco me lo han preguntado. Es extraño, en cualquier sitio me habrían acribillado a preguntas pero aquí se han limitado a curarme. Yo creo que lo saben y que están esperando a ver qué hago. Pues desde luego, no pienso confesar la verdad; no porque no solo no las expulsarían sino que encima me sancionarían a mí. Sí, a mí: por ser tan débil como para pedir ayuda a las profesoras. Sé que suena absurdo, pero así es cómo funcionan las cosas por aquí. Solo espero que eso no envalentone a Paula y les de por acabar lo que dejaron a medias. Me estremezco. Dejo que el agua muy caliente, casi ardiendo, vuelva a relajar mis músculos y aleje mis temores. Hablando de quemar... mi medallón ya no lo hace, vuelve a tener la temperatura de mi cuerpo. ¿Para qué me lo daría aquel chico rubio? No me ha llegado ninguna otra carta suya, nada que pueda explicármelo. Aunque tampoco me importa mucho, si me soy sincera. Ahora solo deseo saber si de verdad Víctor fue tan dulce como para acariciar mis párpados con su aliento.

Salgo de la bañera, me visto y me arreglo. Sigo en la línea de intentar imitar a las garzas, esta vez con un vestido negro corto de Mango, un cinturón ancho de piel y mis únicos zapatos. Como es de manga larga, no se notan los moratones, bien también por las medias tupidas. Y bueno, para ser una chica del montón no estoy tan mal. O mejor dicho sí lo estoy, pero en otro sentido. Me muero por llamar a mis padres y que vengan al rescate; pero también me muero por GRITAR. Por cargarme a esas zorras, por devolverles la paliza. Del miedo a la ira... estos cambios de estado de ánimo no son normales, no en mí. Este centro es muy raro. Es como una inmensa tela de araña hecha de ladrillos que parece tenernos a todas atrapadas y controladas de

algún modo. Ridículo, lo sé; pero ese es el ambiente que se respira en estos muros tan modernos. No quiero ni pensar lo que deben sentir las alumnas inglesas, pues por lo que hablan esas en la mesa, su instituto Niven era un auténtico castillo.

Sacudo la cabeza para alejar esos pensamientos. De inmediato acuden otros:

Cuando he llegado a mi cuarto, por suerte estaba vacío. El de Kate también, o al menos no se oían sonidos a través de su puerta. En todo este rato no han entrado ni ella ni Paula. La verdad, algo en mí está empezando a romperse, o a formarse, y no es que me esté volviendo loca: es que estoy harta de jugar en desventaja. Quizá debiera montar el club de las marginadas o, todo lo contrario, aceptar mi posición de mariposa y luchar por el liderazgo con la garza. Los nervios en el estómago me están machacando, ya me angustia tan solo el pensar en encontrármela. En qué haré. En qué hará ella. En si se me cruzarán los cables y seré yo la que la emprenda a ostias. La enfermera se ha limitado a sonreír cuando le he contado que me caí por el monte. Eso era mentira, de acuerdo, pero no la parte sobre mis náuseas. Me ha comentado que ya va siendo hora de que saque mi potencial; así que estoy deseando saber cuál es. ¿Voy a hacer como Medusa, la de las serpientes en la cabeza, y dejar a Paula y sus amiguitas convertidas en piedra cuando las mire? No estaría mal. Ironías aparte, si nadie hace nada, yo tampoco. Voy a empaparme de todo, a no dejar que nada se me escape. A actuar con normalidad, todo lo tranquila que pueda; porque si de algo me ha servido el baño (aparte de relajarme) ha sido para darme cuenta de que dudo que se atrevan a cogerme otra vez por banda esas cinco: debe acojonar bastante darte cuenta de que casi matas a una alumna, más que por la paliza por dejarla inconsciente al frío. Por eso, voy a simular que no ha pasado nada, a confiar en cabrearme y darle un bofetón a esa zorra. Voy a aplicarme más en las clases, a dejar de pensar que son chorradas y de estudiar tan solo para sacar buenas notas, porque en este instituto pasa algo raro. El temario, los principios, la actitud de las profesoras... puede que esté pensando tonterías, pero la bailarina de la fuente se contorsionaba en una postura que me recuerda mucho las de las clases de danza. Como si tirara con un hilo de su cadera y con otro de su pecho, en direcciones contrarias, con su cuerpo en un escorzo casi imposible. Además, en meditación consigo calmar a mi estómago, es como si las profesoras supieran de mis nervios y me enseñaran a tranquilizarlos. Imagino que no seré la única. Y el medallón... que me perdone el poco sentido común que me queda pero empiezo a creer que de verdad me va a servir para algo.

Tomo aire para darme valor en mi autoafirmación:

Soy Victoria Escartín, una chica normal y corriente; pero si todo el mundo dice que soy especial, voy a cambiar de chip de una vez por todas. Y como de aquí no me voy, no después de besar a Víctor, si hace falta le quitaré el liderazgo de su grupito de falsas a la garza.

Taconeando —cada vez lo hago mejor—, con la espalda recta y la cabeza bien alta, salgo al pasillo. Hace todavía más frío y el cielo está lleno de nubarrones negros. Me da igual, me doy un paseo y me despejo, ignorando lo que queda de los susurros

quedados de dolor de mis magulladuras. Y a cada chica que se cruza conmigo la miro desde arriba. Se acabó jugar a ser la débil, ya va siendo hora de marcar mi territorio. El medallón, en mi pecho, se enfría, como alimentándose de mí y de mi renovada fuerza.



Tras la comida y una llamada telefónica a Ana donde le cuento lo de la fuente, de un modo tan frío y resumido que la asusto, me vuelvo a las clases. Y sí, frío y resumido. Porque si pienso en lo ocurrido me desoriento, tengo miedo, ansiedad... me acojono. Y no pienso permitir este acoso ni un minuto más. En clase, no me achico ante sus miradas. Si había algo de culpabilidad en ellas se ve borrada por mi actitud. Seré una suicida, pero me da igual. Esto es la guerra y yo no pienso perderla sin luchar.



Después de clase, hago en un momento los deberes y vuelvo a la cascada. Sé que hoy ellas no vendrán a por mí. No tan pronto. Pero también sé, algo en mí me lo susurra tan alto que hace que mi corazón truene en mis oídos, que él va a estar allí. Porque si de verdad me salvó, si de verdad es posible que haya un fondo dulce bajo su arrogancia, me estará esperando junto a la estatua. Donde lo vi cazar y acariciar a su halcón. Cerca de donde me encontró medio helada y me salvó la vida (algo así no puedo haberlo imaginado). Yo, desde luego, tengo mucho que agradecerle. Me da igual que esté comenzando a nevar.

Debo llevar una media hora cerca de la cascada, con abrigo, guantes, gorro y bufanda, cuando él aparece. Lo oigo andar, pisando la leve capa de nieve que se todavía no se afirma en la hierba quebradiza. Sonrío. Ni me giro, me limito a hablarle pues sé que está allí. Vuelvo a sentirme completa, esa brisa desértica que parece levantar su presencia está envolviéndome otra vez.

—Tú me rescataste, ¿verdad?

—Sí.

Me coge del brazo y me da la vuelta, obligándome a mirarlo. No va tan abrigado como yo, tan solo con ese abrigo de cuero negro que le queda tan perfecto. Su cabello a mechones deshilachados está apelmazado por la nieve. Alargo mi mano para quitársela.

—No tan rápido, dulzura. —Me la para con la suya—. He venido a buscarte y a darte un aviso.

—Y yo a preguntarte por qué me rescataste.

Estoy tan embobada mirándolo que es como si no hubiera oído sus palabras. Su mano, sobre mi muñeca, es cálida con un día verano.

—No te ilusiones, cosita, alguien tenía que hacerlo. Además, teníamos un pícnic pendiente, aunque ahora habrá que retrasarlo hasta que mejore el tiempo. —Se encoje de hombros.

Noto que intenta hacerse el duro pero esta vez no cuela. Sé que algo, por muy poco que sea, le importo. De un tirón suelto mi mano y le quito la nieve del pelo, ese que me tiene loca.

—Escucha, dulzura, hay que ser duro y fuerte. —Se suavizan sus rasgos y me deja pasar los dedos, recolocar su cabello, como he imaginado desde el primer día.

—¿Quién lo dice?

Apenas le escucho, su pelo está muy suave así de húmedo y le cae tan *sexy* por la frente...

—Mi madre.

Ahora sí que soy toda oídos. Mi mano se queda congelada, inmóvil, y mi medallón comienza a calentar mi pecho.

—Tu madre quizá no lo sepa todo.

Víctor me mira como si yo no supiera de qué estoy hablando. Veo la lucha mental en sus ojos azules, como si quisiera aclarármelo. Pero gana el hielo, ese que va tan acorde con la nevada que cada vez es menos suave. Noto como todo rastro de ternura desaparece de su cuerpo.

—Victoria —me dice, y debe ser importante porque es la primera vez que me llama por mi nombre—, tienes que entenderme. Yo soy fuerte. Lo de los animales, mi halcón Bella... es algo aparte, no me hace débil. Y si tú quieres sobrevivir, tendrás que serlo también. No te encariñes conmigo —su voz vacila y se vuelve dura—, porque si no eres fuerte dejarás de ser digna de mí.

Me taladra con su mirada unos instantes, como pretendiendo llegar al fondo de mi alma. A continuación frunce el ceño, se da la vuelta y se va. Todo ello demasiado rápido como para darme tiempo a asimilar sus palabras, no digamos ya reaccionar.

¡Y es que ese imbécil debería estar estudiando arte dramático! Menuda salida de escena... Lo peor es que ha vuelto a hacerlo, ha vuelto a enfadarme. ¡Con lo feliz que estaba yo pensando que me había besado porque yo le importaba!, porque se suponía que estaba inconsciente y no podía notarlo... Debí soñarlo. Y debo estar mal de la cabeza por haber empezado a verlo como a un chico dulce que es cariñoso con sus mascotas y que quizá no esté jugando conmigo, que quizá le guste de verdad. ¡Ja! Gustarle. Ya ha dejado bien claro que solo quiere a sus halcones. Encima es posible que tenga razón, no me conviene convertirme en una boba que suspira cada vez que él está cerca. No aquí. No ahora. Estoy en guerra, por llamarlo de algún modo, y eso es algo que no debo olvidar.

Aprieto los puños y me obligo a relajarlos, frustrada. Todos estos pensamientos quedan geniales en mi cabeza, es una pena que mi corazón no esté de acuerdo.

—¡Tú!!! —Corro detrás de él, cabreada, perdiendo los papeles—. Tú, ¿por qué eres tan borde?

Lo alcanzo. Consigo que pare, no que se dé la vuelta; así que sigo gritándole a su espalda.

—Por más que seas el hijo de la directora, ¿qué haces aquí en vez de en un internado masculino? Y tampoco estás enfermo. ¿Así juegas con tus conquistas, primero las besas y luego te vas?

Debo darle pena (¡ag!, qué odioso) porque noto como relaja sus hombros.

—¿Conquista? Yo no me atrevería a llamarte así con el carácter que tienes... —su voz suena burlona—. Pero si quieres, cosita, puedo estar enfermo... por ti.

Se ríe. Menudo sentido retorcido del humor que tiene el condenado. Por suerte, antes de que yo me enfade más y haga alguna tontería, reanuda su camino; pero no sin antes decirme algo que me corta toda la furia de golpe. Porque siento en mis huesos que es verdad.

—No tengas tanta prisa por enterarte de qué va todo esto, cosita. Quizás lo que averigües te guste tanto que serías capaz de vender tu alma al diablo por ser parte de ello.

Vuelvo al internado, sola. Las lágrimas se congelan antes de llegar a mi bufanda. No puedo contarles esto a mis padres; ya ni a Ana, pues es demasiado fuerte. Si me echo a llorar siento que no podré parar. Aprieto los dientes. Dejo que sea el frío el que me corte las lágrimas. Al enemigo ni una muestra de debilidad. El colgante, la joya de mi pecho, me da algo de su calor y me reconforta.

«Cabeza alta, Tory, cabeza alta —me digo—. Pase lo que pase, que ni Paula, ni Gema, ni Kate te vean sufrir». Y entro al internado, marcando el paso, con los tacones manchados de tierra y una sonrisa dibujada a la fuerza en mis labios. Me veo fugazmente reflejada en la puerta de entrada. No tengo muy claro si parezco loca o doy miedo, porque ni creo en el diablo ni voy a misa pero desde luego, por la pinta de mi cara, cualquiera diría que acabo de encontrarme con uno.



Al día siguiente me levanto tarde de la cama. Paula ya no está; tampoco la vi llegar anoche, debió acostarse cuando yo ya estaba dormida. Me visto todo lo rápida que puedo para llegar a tiempo al desayuno. Al bajar las escaleras, noto al edificio «raro». Bueno, no es que no lo haya notado extraño y vigilante desde que llegué pero hoy esa sensación, esa que parece recorrer mi nuca con dedos intangibles, es mucho más fuerte. Es como si el ladrillo de las paredes estuviera expectante, como si algo terrible fuera a ocurrir. Miro por una de las ventanas. El temporal de nieve ha arreciado. Gruesos copos golpean furiosos el cristal y no consigo ver nada. Todo está oscuro, eso que el sol lleva al menos una hora en el cielo. El silencio aquí dentro, conseguido con los materiales aislantes de última generación en los que no ha escatimado dinero la directora, es aplastante, hace que me sienta como si alguien andara sobre mi tumba.

El contraste de la ausencia de sonido con la furia que debe estar rugiendo allí fuera me provoca escalofríos.

En el comedor, contesto desafiante a las miradas de Paula, Kate y Gema. Pero pronto cesa nuestro juego, porque Eloísa entra en la estancia y reclama nuestra atención. Parece ser que la tormenta está arreciando, los vientos se están volviendo huracanados y que, hasta que no se pase, estamos incomunicados. Tanto por el camino como por helicóptero. Y como guinda final, nos va a acompañar a clase y nos dice que, aunque tan solo sea noviembre, hay un examen sorpresa que va a ser eliminatorio para aprobar el trimestre. Eso me pasa por quejarme de que las cosas me iban mal.

Sumida en mis pensamientos, salgo mecánicamente detrás de Kate, que está muy tensa. Algo tan inusual en ella que no puedo evitar fijarme.

La directora en persona nos lleva al ala prohibida. No al aula de clase sino al ala prohibida. El cambio de unos pasillos familiares a otros de baldosas cada vez más pequeñas, iluminación más espaciada y paredes más estrechas es como lo recordaba; si bien una vez que hemos sobrepasado el nivel al que yo llegué es mucho más acusado. Y la sensación... mil veces peor. Sobre todo hoy. Escucho los cuchicheos de mis compañeras, las cuales están asombradas con el cambio de decoración, enfadadas por lo del examen y con algo de la excitación que da entrar en los misteriosos dominios de las profesoras. Pero yo no la comparto. No puedo más que sentir cómo la inquietante presencia de las paredes, cerrando pasillos cada vez más opresivos, crece y se torna amenazadora. Así como un eco de expectación que se amplifica con cada paso que damos, con cada nuevo pasillo recorrido, con cada peldaño de la escalera de caracol que es cada vez más empinada, con cada baldosa que se torna pequeña y oscura, con lo que en mi imaginación es la furia del temporal de nieve arremetiendo violento contra estos muros. Gruesos. Que matan su sonido.

Subimos a una de las torres y allí, en la habitación más alta, que está tan llena de sombras como carente de muebles, la directora nos sonrío. No es que yo sea demasiado imaginativa, pero juro que esa manera que tiene de curvar las comisuras de sus labios hacia arriba, como si estuviera paladeando algo que lleva tiempo esperando, hace que se me revuelvan las tripas. Sí, vuelvo a sentir ese malestar en el estómago, por lo que intento usar las clases de meditación para calmarme; lo cierto es que esta vez no funcionan demasiado. Sin embargo, lo que sí que noto es cómo el medallón comienza a calentarse contra mi piel. Aquí pasa algo muy extraño y no estoy precisamente deseando averiguarlo.

—Chicas... no os preocupéis, el examen es muy sencillo. Solo tenéis que llegar al patio para aprobar. ¿Veis como no hay para tanto?

Su sonrisa y sus ojos simulan taladrarnos una a una durante un instante que parece congelado en el tiempo, como si la mujer supiera lo que pensamos. A continuación, tras esas breves décimas de segundo de contacto visual, inclina su cabeza hacia debajo de manera casi imperceptible, en una especie de despedida que

me da muy, muy mal rollo. Y se va. Se gira y desaparece por el hueco de la puerta, su gesto corta en seco los suspiros aliviados que empezaban a salir de las gargantas de mis compañeras tras escuchar lo sencillo que es aprobar. La puerta se cierra sola tras de ella y es justo en ese momento cuando comienzan los cánticos. Sí, cánticos, como los que imagino que en la Edad Media podías encontrarte en un convento. Puedo parecer una friki del Señor de los Anillos pero no tengo otra palabra para describir estas voces tan extrañas. Las cuales no solo me parecen raras por estar sonando en un internado sino también porque parecen emerger de las propias paredes, como si viajaran por ellas, se amplificaran con sus ecos. Nos quedamos todas mirando. No sé si es en busca de guía o porque quiero saber qué piensa mi tutora de todo esto, al fin y al cabo se supone que ella ya lleva un año estudiando en una escuela de estas, pero a quien yo observo es a Kate. Sus ojos están paseando por los de las demás alumnas extranjeras. Algunas le responden con miedo, otras con resignación, pero todas ellas comparten un mismo impulso: la decisión. Y como si estuvieran conectadas por su mirada, sin mediar palabra, abren la puerta y se marchan. Las demás nos quedamos allí, como si todavía no hubiéramos decidido si lo del examen va en serio o es algún tipo de broma o novatada. Frunzo el ceño y bajo los párpados un instante para centrar mi atención en los cánticos. Escucho con tanto cuidado que llego a distinguir palabras, pese a lo distorsionadas que nos llegan. Son de la lengua que nos han enseñado en clase de códigos y me parece oír «invoco», «entrad» y «atados a estos muros». Lo que yo digo, una auténtica locura. Tan solo me gustaría saber por qué siento resonar a esas palabras en mis huesos como si tuvieran entidad propia, como si fueran algo real.

—¿Qué es esto? —pregunta una de las chicas más jóvenes, rompiendo el mutismo en el que nos ha sumido la marcha de las tutoras.

—Una broma de mal gusto, está claro —le contesta una de las mariposas.

Eso parece tranquilizarlas a todas. Al menos hasta que la alumna que ha preguntado suelta una risita nerviosa y dice que esa letanía de voces femeninas que estamos oyendo es tan rítmica que le recuerda a los tambores de la mina de Mordor. Me estremezco. No debo de ser la única que ha visto esas pelis. La imagen de un montón de orcos preparándose para el ataque parece germinar en las mentes de la mayoría de nosotras, de repente nos ve incluso más nerviosas.

Entonces, de improviso, el aire de la habitación parece ondular. Se me eriza el vello. El ambiente está cargado de electricidad, como justo antes de una gran tormenta, y esa ondulación parece tener contornos que poco a poco se van solidificando. Es demasiado. Como si fueran solo una persona, mis compañeras huyen, se van corriendo. Sé que es una locura, que no deberíamos sentir miedo, o al menos no a algo más que sacar un cero o hacer el ridículo por seguirle el juego a Eloísa. Pero nos da igual. Mi vello está erizado, mi estómago revuelto y paso de racionalizar esto. Me da igual que unirme a la histeria general —por llamarla de algún modo— sea absurdo. Me voy detrás.

Busco a Noelia. No la veo. Cuando llevo varios escalones recorridos a toda velocidad, me doy cuenta de lo que estoy haciendo y bajo más despacio; la escalera es estrecha y empinada, no me apetece caerme rodando. Mis compañeras, las que habían quedado detrás de mí, me sobrepasan y las pierdo de vista. Cuando llego al final de los escalones me encuentro con que el pasillo ya no es recto sino una especie de pasaje retorcido, uno que se pierde en esa penumbra apenas iluminada por las lámparas de pared. Entonces cesan los cánticos, tan súbitamente como han comenzado. Y los muros parecen aumentar su expectación, como si estuvieran esperando algo, como si hubiera «algo» acechando. Justo entonces comienzo a oírlas gritar.

Toda coherencia me abandona y acelero el paso, como la niña asustadiza e idiota que debo parecer en estos momentos. Que alguien me despierte, porque por la sensación que me dan, juraría que las paredes están sonriendo.

Los gritos se interrumpen con brusquedad y comienzan otros nuevos. El pasillo parece curvarse cada vez más, tanto que me cuesta ver más allá del siguiente recodo, como si no fuera más que un maldito laberinto.

Sigo con el vello de punta y entonces veo las primeras manchas de sangre. Contra una de las paredes. Enormes y oscuras bajo la escasa iluminación de las lámparas. Me paro en seco. Me entran ganas de vomitar. El medallón arde, doliendo como si quemara, como el día de la paliza. Lo ignoro. No puedo dejar de mirar las manchas. Y desde luego no pienso ser yo quien las toque para comprobar si son de pintura o de ketchup. Señor... ¿quién dijo aquello de que el miedo se ceba en los que tienen una gran imaginación? Pues bien, de repente creo que yo la tengo.

Me quedo allí, hipnotizada, como una presa fácil ante una serpiente hambrienta. Excepto que la pintura que cubre los ladrillos parece beber de esa sangre humana (sé que lo es, puede parecer absurdo pero lo sé), que los mismos muros destilan una sensación de satisfacción, de saciedad que me pone los pelos todavía más de punta y hace remitir las náuseas. Por lo que reacciono, vuelvo a correr, con el corazón desbocado y la garganta ardiendo por el esfuerzo de mantener el paso.

Voy medio rozando las paredes, mucho más estrechas de lo que eran antes. Casi ni veo en aquellos tramos donde las lámparas se han apagado. Por suerte, antes de que el miedo vuelva a paralizarme, oigo un taconeo rápido cada vez más cercano. Acelero. Tras una curva veo que Kate avanza justo delante de mí. Apenas tengo tiempo de extrañarme ya que ha salido de las primeras y debería estar más lejos. Simplemente siento alivio. No nos llevamos muy bien pero estoy encantada de no tener que seguir sola.

—Kate, espérame —grito.

No puedo evitar asustarme ante el tono agudo de mi propia voz, como si llamar la atención fuera peligroso. Pues lo es. Sé que lo es. Es como si una parte de mí siempre lo hubiera sabido y ahora, bajo la presión del examen, estuviera despertando.

—Olvídame, perdedora —me contesta, tan odiosa como siempre—. No tienes ni

idea de lo que es esto.

Ni siquiera se vuelve a mirarme.

Abro la boca para protestar. Y la cierro. Poco a poco, mis piernas dejan de impulsarme hacia delante, las baldosas del suelo parecen aumentar su densidad alrededor de mis deportivas. Es un visto y no visto. Algo, de una forma demasiado aberrante para poder entenderla, sale de una de las sombras del techo, dispara un apéndice con garras hacia Kate, le secciona la garganta y la arrastra hacia arriba. Desaparece en la oscuridad que se apodera aún más de las desperdigadas luces, en medio de un escalofriante «glup». Otra de esas criaturas se descuelga cerca de mí.

Grito. Grito y recupero el control de mis piernas, dejándome parte de las suelas en las baldosas. Pero aquello es rápido. Me giro. Estoy asustada. No entiendo lo que está pasando pero no pienso morir como una cobarde. Aprieto los dientes. Y entonces aparece él. Él. Que me empuja, que se coloca entre ese ser y yo.

Él...

Está tan imposiblemente arrebatador como siempre. Mi corazón palpita traidor con la idea de que va a salvarme. Lleva una espada y con un tajo demuestra que sabe usarla. La cosa se desintegra en una nube que huele a huevos podridos.

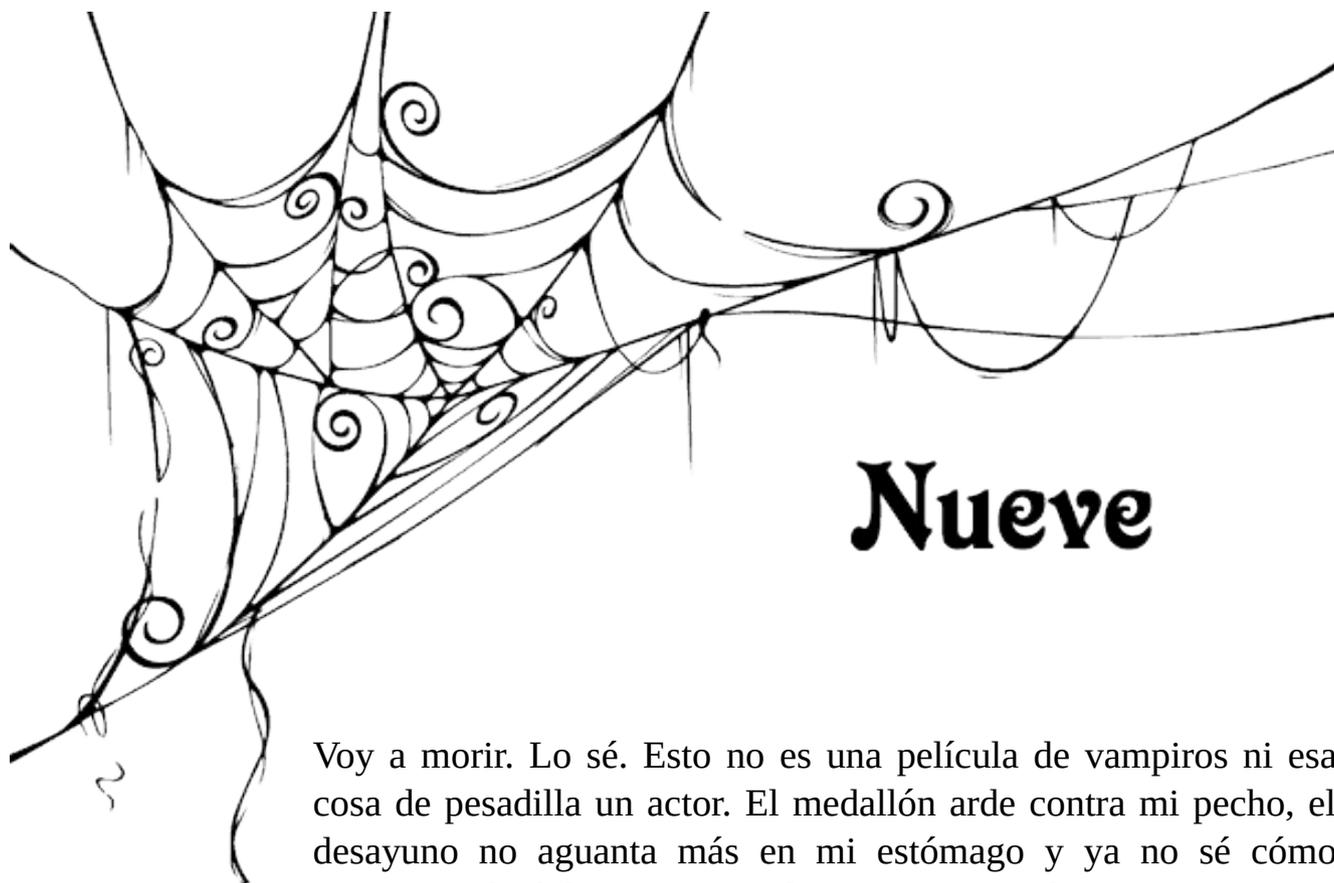
«Víctor...» —suspiro, como una boba.

No puedo evitar fijarme en la soltura con la que porta el arma o en el brillo de sus ojos azules mientras extiende el brazo hacia mí, ofreciéndome una salida.

—¿Otra vez? —Retira burlón su mano tendida antes de que la mía la alcance—. ¿De verdad crees que voy a sacarte de aquí? Solo venía a despedirme. Me decepcionas —silabea desdeñoso—, esperaba mucho más de ti. ¿No sabes enfrentarte a un demonio menor? Después de todo, va a ser cierto lo que dice Paula. Que no eres digna de mí.

Me sonrío. Un gesto sarcástico que pese a todo hace que los nervios revoloteen en mi pecho, bajando hacia mi desayuno. Es tan guapo... incluso cuando lo odio. Y tan silencioso como ha venido se va, apenas resonando sus confiadas pisadas por el pasillo.

Un demonio... Absurdo. Las lágrimas mojan mi jersey, gotas de humillación. No debería haber vuelto a pensar que le importo. Y corro. Sin rumbo. En vano. Aparece otro de esos seres delante de mí, esgrimiendo una sonrisa hambrienta en las desdentadas encías de su agonizante boca. Él me ha rechazado, ese cretino engreído ha vuelto a burlarse de mí. Mi colgante quema tanto que duele, la rabia se pelea con el miedo en mi estómago. Me doblo hacia delante apretándome la tripa con un brazo. Voy a vomitar. Mientras unos tentáculos se alargan hacia mí, no puedo evitar preguntarme qué será más difícil de limpiar de mi ropa, si el vómito o la sangre. Aunque tampoco es que nadie vaya a querer de recuerdo lo que quede de ella.



## Nueve

Voy a morir. Lo sé. Esto no es una película de vampiros ni esa cosa de pesadilla un actor. El medallón arde contra mi pecho, el desayuno no aguanta más en mi estómago y ya no sé cómo contener el dolor. Oriento la otra mano, la que no tengo apretándome la tripa, hacia ese ser monstruoso, en un intento absurdo de protegerme de esos tentáculos imposibles. De esos miembros serpenteantes hechos de tinieblas aberrantes y retorcidas. Entonces sucede. Los ojos del chico rubio se aparecen con fuerza en mi mente, como indicándome que toque su colgante. A continuación se transforman en los de Víctor, burlones. Víctor... mi corazón se ralentiza, siento el golpeteo del eco de los cánticos en las paredes retumbar en mis huesos, como si tambores tribales estuvieran marcando el ritmo del bombeo de mi sangre. No es que parezca que el tiempo se detiene: es que lo hace. De repente toda la agonía de mi estómago se canaliza hacia mi mano extendida en uno de esos lentos y rítmicos latidos de mi corazón. Y desaparece. Ya no hay náuseas. Ni miedo. Ni nada. El dolor se descarga como cuando tocas la puerta de un coche con las yemas de los dedos y te da una garrampa de electricidad estática; pero más fuerte, más poderosa, ¡más brutal! Ante mi anonadada mirada, una especie de onda de presión sale de mi mano en medio un ruido atronador y golpea de lleno al ente de los tentáculos.

Y el monstruo ya no está.

Desaparece, como si nunca hubiera existido.

Se desintegra, en un segundo. Su contorno tenebroso disuelto en un estallido de vacío. Escucho uno de esos «glups», como si el aire reclamara de repente el espacio que le pertenece. El colgante comienza a enfriarse en mi pecho.

*¿Qué he hecho?...*

Me siento fuerte y cansada a la vez. Poderosa y vaciada. Como si yo hubiera sido, desde que entré en este internado, el contenedor de una fuerza que no me pertenecía y que de repente, en un instante, hubiera soltado. Sonrío. Sonrío y entonces la letanía, la cual había cesado, se había marchado junto con el dolor de mi estómago, vuelve otra vez. Corro. Centro todas mis energías y mi atención en devorar el espacio a largas zancadas, pero aun así puedo notarlo: las paredes ya no me oprimen, el suelo ya no intenta cazarme, ahora es más bien como si me ayudaran a avanzar. Como si aprobaran lo que acabo de hacer. Siento en el edificio una extraña conexión con Eloísa, con esa sonrisa de deleite suya, como si yo fuera parte de lo que hubiera estado esperando.

No puedo evitar pensar que si de verdad existen seres sobrenaturales, si de verdad acabo de cargarme a uno, si todo esto no es un mal sueño, entonces, que la directora esté satisfecha es el menor de mis problemas.

Sigo corriendo.

En algún momento, cuando mis piernas y mi pecho protestan demasiado y si todavía aguanto es por la caña que nos meten en educación física, me encuentro con Noelia. La veo justo al doblar uno de los laberínticos recodos de este pasillo imposible, que parece tener una longitud infinita. Aminoró un poco mi velocidad y abro la boca para llamarla. De inmediato la cierro, antes de proferir ningún sonido. Ella está parada mirando a un punto de su derecha, quieta, apenas no osando respirar. Aunque solo veo su cabello oscuro y su espalda (ese jersey morado que lleva es inconfundible, demasiado *vintage* para mi gusto), sigo con mis ojos la dirección de su cabeza. Y veo a otro de esos seres que se dirige con lentitud hacia mi amiga, como paladeando su miedo. El malestar de mi estómago comienza otra vez.

Lo ignoro.

Corro hacia ella y me coloco delante. Apenas oigo un sordo «Tory» de protesta, un apagado y sorprendido jadeo. La entiendo. A mí también me parece como si el miedo pegara mi lengua al paladar y el aire se negara a salir por mi boca, pero me da igual. Lo he hecho antes y espero poder volver a hacerlo. Mi cabreo contra la situación me da fuerzas, es como si esos estados de ánimo llenos de furia que he sentido desde que estoy aquí no fueran más que un modo de hacerme distinta. Más valiente. Pues no paso de largo, no obedezco al miedo y no dejo a esa cosa ocupada con ella. Por decirlo suavemente, ya no tengo sentido común. Así que toco el colgante de modo instintivo, estiro mi otro brazo apuntando la palma hacia el ser que Víctor llamó demonio y me concentro.

No sucede nada.

¡Mierda! El ser está cada vez más cerca. Uno de sus tentáculos se enrosca en mi muñeca, provocándome un dolor lacerante. Me arrastra hacia él. Oigo los gritos de mi amiga a mi espalda. Veo la boca desdentada, que comienza a gotear un líquido que corroe las baldosas del suelo, y comienzo a desesperarme, a sentir náuseas otra vez. No sé quién me he creído que soy, los superpoderes son cosa del papel entintado y de

la pantalla grande. Abro más los ojos, sin resignarme. No sé por qué pero justo en estos momentos recuerdo las clases de meditación, esos ejercicios que usamos para concentrarnos, y sigo un instinto que sale de lo más profundo de mi ser, uno que me grita que los use. Canalizo los nervios que están en mi estómago, los obligo a desplazarse; hago que mi sangre lata de manera rítmica, cada vez a mayor velocidad. El flujo de poder vuelve, me llena, me recorre. Esta vez no sale de mi interior sino del medallón y de todo lo que me rodea. Me da igual, pues todo lo que importa es que me carga como si yo fuera una gigantesca batería. El colgante queda frío contra mi pecho. Siento la energía bullendo en mí, llenándome de una fuerza que parece capaz de todo. La libero a través de mi mano, esa misma que tiene prendida el ser. A una orden mental. Y sucede otra vez: me vacío aun más de golpe de lo que me he llenado. La cosa desaparece en medio de ese inquietante sonido de succión, llevándose su olor a huevos podridos.

Me derrumbo, acuclillada en el suelo delante de Noelia. Como en sueños, percibo que me levanta. Durante unos minutos estoy como en *shock*, apenas enterándome de nada; quizás haya sido demasiado pronto para hacerlo otra vez.

—¡Corre, vámonos! Tory, ¿estás bien?

Al final su voz histérica, sus palabras, llegan a mi cerebro y les doy forma. Consigo entender lo que dice.

—Sí, vamos, tienes razón.

Esta vez andamos, yo apoyada en ella.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo lo has hecho? —juraría que el miedo y la negación pelean en su voz por ver cuál de los dos se hace con el control de su sentido común.

—No lo sé. Salgamos de aquí.

Poco a poco las fuerzas vuelven a mí. Y el colgante, que se había quedado helado, recupera una temperatura más normal. Me paro un segundo, introduzco la mano por mi escote y toco con recelo la piel que está bajo la joya. Parece estar bien, sin quemaduras ni nada. Continúo caminando, sin el apoyo de Noelia y sin contestar a sus preguntas; son demasiados interrogantes y no quiero parecer un bicho raro. Aunque ahora mismo no sea capaz de decidir si lo soy.

Al final, ese corredor laberíntico, de longitud y trazado imposibles, desemboca en la zona común. Todas las habitaciones han desaparecido, sustituidas por una pared interminable, pero lo menos el pasillo ya no se curva aunque más de la mitad de las lámparas sigan apagadas. Seguimos avanzando. La puerta de salida al patio está donde siempre. Puedo verla. ¡Por fin! El alivio me devuelve unas pocas fuerzas más, las cuales se desvanecen de golpe. Pues diviso también a Paula y a Gema quienes, ignorantes de una ondulación en el espacio a su derecha (como si un espejismo se emborronara), están a punto de alcanzarla. Lo siento en mis tripas antes de que ocurra: el aire vuelve a cargarse, como cada vez que aparece uno de esos seres. Abro la boca para avisarlas pero no me sale el sonido. Veo que los ojos de Paula se desorbitan y ella reacciona en el acto, empuja a Gema hacia la cosa que está casi

formada y aprovecha para salir al exterior. Abre la puerta con el peso de su cuerpo, apoyándose en ella como si le costara vencer su resistencia, y se oye el estruendo del viento huracanado y la nieve. Por su parte el demonio (o lo que sea) extiende sus extremidades hacia la odiosa rubia número dos. Va a matarla y llevársela. No puedo permitirlo. Esprinto, con mis últimas fuerzas. Noto que Noelia me sigue de cerca.

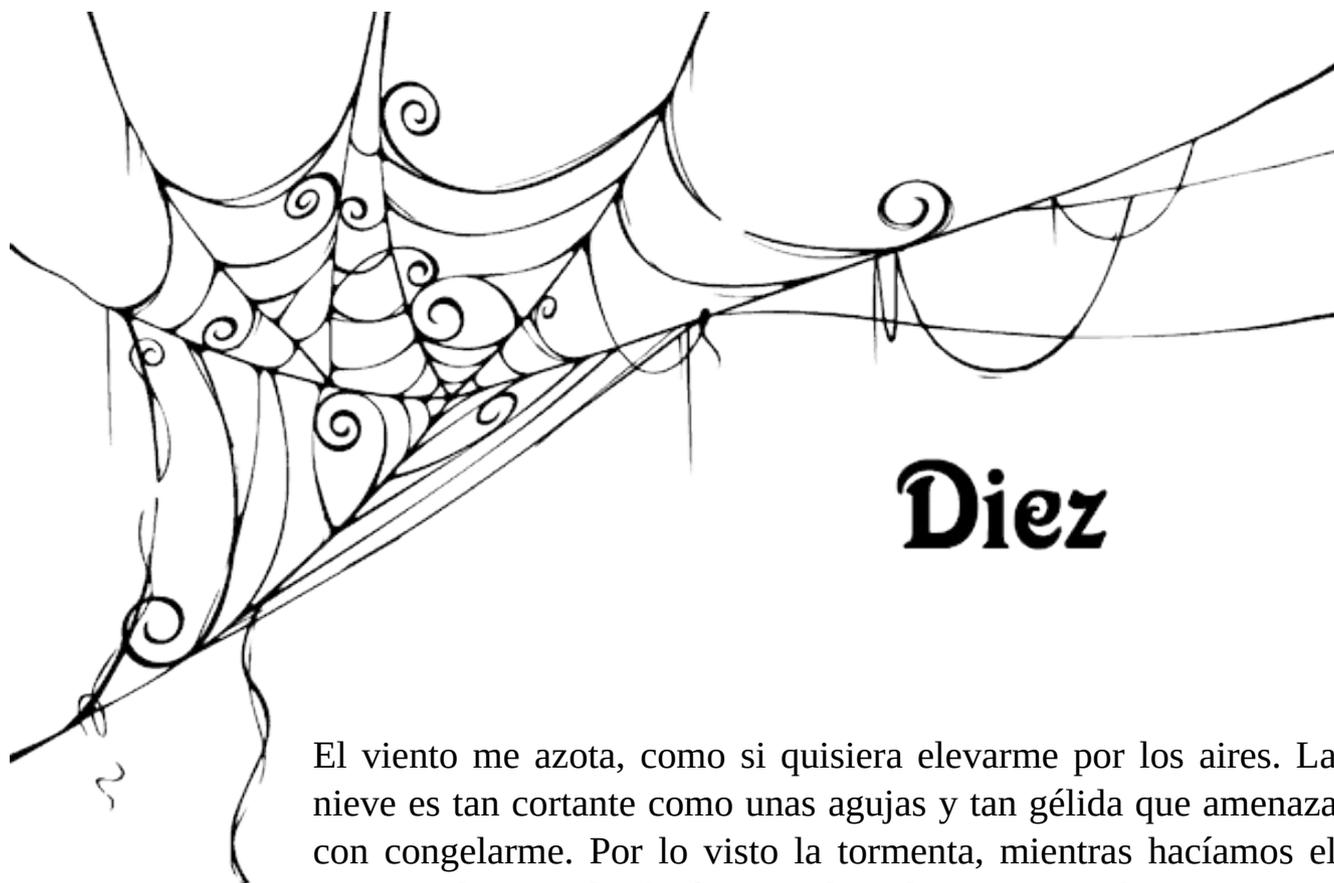
—Sal —le grito.

Ella parece hacerme caso, pues me adelanta y cruza el umbral que da al patio. Debo estar loca, pues me noto débil y el medallón no parece tener todavía energía para mí. Pese a todo empujo a Gema a un lado y me enfrento a la aberración oscura, la cual parece dudar, como si estuviera considerando si merece la pena atacarme. No tengo otro modo de describirlo pues sus tentáculos se paran a mitad de camino y en vez de extenderse para agarrarme comienzan a oscilar. El ser desaparece en medio del ya casi familiar «glup». No sé si liberar un suspiro de alivio o fruncir el ceño confundida.

¿Es que me tiene miedo?

Paso de pensarlo, por más que haya matado a dos de ellos. Me limito a sentirme aliviada y empujar la puerta para enfrentarme al frío exterior. No puede ser peor que este edificio de pesadilla.

Quizá haya sido demasiado ilusa.



## Diez

El viento me azota, como si quisiera elevarme por los aires. La nieve es tan cortante como unas agujas y tan gélida que amenaza con congelarme. Por lo visto la tormenta, mientras hacíamos el examen, ha pasado de fuerte a brutal. Como puedo, avanzo un paso detrás de otro. No veo a Gema, ni a Noelia, ni a nadie. De repente la furia que se está desatando sobre mi cabeza parece amainar. Deja de ser tan poderosa y aterradora, de parecer que vaya a matarme de frío o a despejarme del suelo en los próximos segundos. Aunque si sigo aquí, sin abrigo, unos minutos más...

Una voz llega hasta mí; nítida de un modo increíble considerando el viento y la nieve. Apenas logro ver mis propios dedos, cubiertos de blanco; así que mucho menos a su dueña. Pero reconozco su tono orgulloso, su voz de mando: es Eloísa. Continúo avanzando. Me tropiezo con alguien. El temporal sigue con su furia disminuida, como si me hubiera metido dentro de una burbuja. Siguiendo un impulso, miro arriba. En el cielo, sobre mí, veo puntos blancos que golpean el aire a toda velocidad y salen rebotados, para después deslizarse sobre nada, agrupándose, formando una especie de río blanco con forma semiesférica que nos está rodeando. Que fluye. Que se ve interrumpido de vez en cuando por ráfagas violentas de aire y nieve que rompen el manto blanco para volver a formarlo cuando el viento sopla hacia otro lado. Está claro que esto es una burbuja de calma, lo que ya no sé es cómo la física ha podido crear algo así. Aquí dentro sigue habiendo nieve pero está como estática entre nosotras, moviéndose la que tengo delante con mi respiración y mis gestos. No sé cómo será el ojo de un huracán pero aunque es el único símil que se me ocurre, dudo mucho que esto lo sea. Mi colgante está ardiendo otra vez, puedo distinguir la chica con la que he chocado como una forma borrosa. Y hay más alumnas a nuestro alrededor y en el centro de todas está la directora. A mis espaldas, aunque sé que si me giro no voy a poder verlo, siento el edificio. Cercano,

amenazante... No puedo evitar estremecerme. Es muy raro. Debería estar como en *shock* por lo que acabo de vivir. La sangre, las muertes, mi poder... Sí, poder, porque no tengo otra palabra para definir lo que acabo de hacer. Pero no lo estoy. Mi mente, aunque parece ralentizada, congelada por el frío, aterrada por lo que está pasando... sigue clara y activa. Y escucha la voz de Eloísa.

—Bueno, señoritas, parece que por fin han salido las últimas que quedaban. Señorita Escartín —dice mientras me mira y de repente veo con claridad su rostro. Es muy raro, lo sé. Pues apenas distingo las formas de las que tengo a mi lado. Pero a estas alturas ya no me sorprende nada—, usted ha pasado el examen con sobresaliente. —Me está sonriendo con aprobación y algo que juraría que es ansia—. Matrícula no. —Sus ojos miran ahora a un punto cercano a mí donde de repente se vuelven nítidas las figuras de Noelia y de Gema—. Ese lastre se lo podía haber ahorrado. Esto no es lo que le hemos intentado enseñar.

Lo normal sería que un coro de murmullos siguiera a semejante afirmación; pero nadie dice nada, tan solo susurran el viento y la nieve que se arremolina. Me siento aliviada al ver que ambas están bien, asustada por esas palabras de la directora, eufórica por mi nota, estúpida por sentirme eufórica y enfadada por ese sentimiento de plenitud, porque parte de mí disfruta encajando aquí y siendo poderosa. Y, sobre todo, enfadada con ella por hacernos esto y otra vez más conmigo misma por no ser capaz de contestarle que se puede meter su nota donde le quepa, que yo me largo a casa. Pues lo único que hago es mirarla muy quieta y con la boca medio abierta, como una estúpida embobada.

—Haced todas como ella —les dice, pero me sigue observando a mí—. De lo contrario, Victoria se llevará el premio.

¿Premio?, ¿qué premio?

Miro a mi alrededor a ver si alguien sabe de qué va esto. Entre los rostros borrosos que me rodean, tan cerca de mí que si alargara la mano podría tocarla, distingo a Paula. Ha salido antes que yo y, casualidades de la vida, he ido a parar justo a su lado; tan cerca que, pese al temporal, incluso distingo su inequívoca mirada de rencor.

Rencor...

«¿Por qué? —no puedo evitar preguntarme—, ¿por salvar a Gema?».

En todo caso, Gema acaba de colocarse a su lado. Puedo ver que inclina su cabeza para acercar sus labios al oído de la garza. El temporal no me deja escuchar lo que debe de estar diciéndole hasta que, de repente, es como si el mismo viento mismo me trajera sus palabras, esas que imagino está gritándole a la oreja para que Paula las entienda. Un escalofrío recorre mi espalda pues juraría que Eloísa, la cual sigue mirándome, está sonriendo como si me estuviera haciendo un regalo.

«Esa imbécil se cree que me ha salvado. Como si no hubiera podido hacerlo yo sola».

Frunzo el ceño al escuchar las palabras de Gema ya que no, no habría podido.

Ella lo sabe, Paula lo sabe y yo lo sé; al igual que las tres sabemos que su mejor amiga la abandonó. Y en esa percepción aumentada mía tan extraña, noto que el edificio ha dejado de estar expectante, que esa especie de aura de malevolencia que emanaba de sus paredes está retrocediendo y que Gema, que estaba asustada, pasa a sentir rencor y envidia. Pero no hacia la garza sino hacia mí. Entonces Eloísa deja de mirarme y dejo de poder distinguir su rostro como algo más que un borrón, pasando a ser la misma mancha en medio de la nieve que son las caras del resto de las alumnas. Tan solo su voz sigue llegándome a través de esta esfera donde la tormenta es más leve.

—Ahora escuchadme bien. Eso que habéis visto eran demonios de otra dimensión. Os aviso que no quiero escenas. No os asustéis, ni comencéis a gritar, porque la mayoría de vosotras sabe que existen. Lo lleváis en la sangre. Lo habéis sabido siempre. Y algunas, solo algunas, las que acabáis de ser probadas a muerte, ahora sabéis, sentís —su voz se eleva más, entusiasmada—, que habéis nacido para dominarlos. Que pertenecéis a una élite superior. —Guarda silencio unos segundos, en los cuales ninguna acertamos a decir ni una palabra—. Pues bien, el resto estáis bajo mi poder y pronto olvidaréis. Yo tengo la habilidad, el don, de abrir puertas a otros lugares. Algunas de vosotras también. Ops. —Sonríe complacida, adquiriendo su voz un irónico tono meloso—. ¿Olvidé decirlo el día de la presentación? —Deja una pausa dramática y sigue hablando—. Voy a enseñaros a dominarlo, a desarrollarlo. Aunque, claro, solo si vivís lo suficiente. Y... una última cosa. Mañana hay una misa por las «caídas».

Y así, después de semejante discurso, Eloísa se va. Nos deja a todas atónitas, sin saber cómo encajar lo que acaba de decirnos con lo que acabamos de vivir y con lo que siempre nos han enseñado en casa y en la escuela.

Se va.

Las voces de protesta y pregunta mueren a pocos centímetros de las que abren la boca para detenerla; el temporal engulle todo sonido que no sea su propio rugido. Antes de que ninguna nos decidamos a seguirla, a volver a ese edificio de pesadilla, Víctor, que no sabía que estaba aquí con nosotras, se abre paso entre las chicas y se me acerca. Mucho. Tanto que la nieve apenas puede pasar entre nosotros, tanto que captura mis ojos con su mirada gélida. Sí... este tiempo juro que le pega. Pero ya no me hechiza, será que desde este puñetero examen siento que pocas cosas pueden hacerlo, será que todavía estoy con la euforia que ha dejado en mi ese poder que he recolectado y arrojado. Enarco una ceja en un gesto sarcástico dirigido tan solo a él y, pese a que noto que somos el centro de atención, dudo que las demás puedan darse cuenta del enfado que llevo. Aunque tampoco me importa. Solo importa él.

—Me has dejado tirada —le reprocho.

—No, te he ayudado a romper, cosita.

—¿Romper? No sé de qué hablas.

—Así lo llamamos.

Romper... romper... ¿el qué? Noto que sus ojos me observan, que intentan decidir si lo entiendo animados por un brillo burlón y serio. Curiosa combinación. Nada más especular sobre su mirada la palabra se forma sola en mi cabeza. El poder. Romper el poder. Mis náuseas de repente encajan en mi cabeza cual una pieza de *puzzle*; en una especie de revelación las asimilo no a nervios sino a energía, la cual yo estaba acumulando y se manifestaba en los momentos de tensión, como cuando Paula me acosaba. Como si tanto poder dentro de mí no pudiera ser bueno y tuviera que soltarlo para no dañarme pero no supiera el modo de hacerlo, de liberarlo. Como si no supiera cómo romper. Romper... La palabra, tan sencilla, define perfectamente lo que me acaba de pasar durante el examen.

Víctor nota con exactitud el momento en el que lo averiguo, ya que veo a su boca curvarse con aprobación. Me sonrío. Está tan cerca de mí, a tan pocos centímetros de mi rostro, que pese al temporal puedo verlo.

—No te acostumbres, cosita. En fin, quiero darte la enhorabuena: también has pasado mi examen.

Esto es demasiado hasta para un día como el de hoy; puede que ya no me hechice con su belleza pero todavía tiene el don de sacarme de mis casillas. En este extraño cóctel de emociones que se están agitando dentro de mí desde lo de los tentáculos, donde miedo, euforia, pasmo... se han peleado por asomar a mi rostro, ahora toman el control las hormonas revolucionadas y levanto la mano para abofetearle. Pero antes de que pueda hacerlo él la para con la suya y se echa a reír.

—Vamos, preciosa, no sabes aceptar una broma... —me contesta enarcando una ceja y poniendo cara de niño bueno.

La cual, por más que esté para comérselo, no le pega.

De repente sus labios se acercan a mi mano, esa que ha sujetado, y la besan. Muy despacio. Sin que sus ojos se separen de los míos. Juro que de repente no me parecen tan fríos.

Entonces despega su boca. Se yergue tan arrogante y burlón como siempre. Pero me sigue mirando, con una especie de calidez que podría derretir la nieve que nos cubre.

Se va.

Lo último que veo antes de que la burbuja desaparezca de repente, como si nunca hubiera existido, es la mirada de odio y celos de Paula.

La furia de los elementos cae otra vez sobre nosotras. Gélida, cortante, brutal; con lo que parecen agujas de hielo impactando contra mi piel a causa de los fuertes vientos. Supongo que la directora no habrá tenido muchos problemas para volver al edificio. Yo no tengo ninguna gana de hacerlo, no teniendo tan recientes a esas cosas, pero tampoco de morir congelada o estampada contra un árbol. Así que, paso a paso, vuelvo. Supongo que las demás hacen lo mismo. No me extrañaría nada que alguna no lo hubiera conseguido. Prefiero no pensarlo o siento un vacío, un malestar en mi estómago, que amenaza con volverme loca. Una vez dentro, una vez a resguardo del

temporal, veo corrillos de chicas por el pasillo; se apartan cuando paso cerca con algo que juraría que es miedo. Me da igual. Me voy a la cama. Una vez vi una peli antigua con mi madre, esa de *Lo que el viento se llevó*. Sin que sirva de precedente, estoy totalmente de acuerdo con ella. En estos momentos, en mi imaginación mis labios se unen a los suyos del pasado y, juntas, recitamos aquella frase que tanto le gusta. Y es que mañana será otro día.

**Fin de la primera parte**

## **Nota de la Autora**

Tu opinión es muy importante para mí. Si deseas dejar una reseña sincera en Amazon estaré encantada de leerla. Muchas gracias por haber llegado hasta aquí ;)



AMAYA FELICES. Licenciada en Ingeniería Química y diplomada en Filología Inglesa, es profesora de secundaria en Zaragoza. Cuando no está trabajando ni cuidando de sus dos hijos, se dedica a escribir.

Su primera novela, *El pozo de todas las almas*, fue publicada en junio de 2011 por Mundos Épicos. En diciembre de 2011 la Máquina China editó el libro *Sueños de navidad*, que recoge los cinco relatos ganadores de su I Concurso de Narrativa Romántica. La autora participa con *Hechizo de invierno*, un relato sobre fantasmas y sentimientos.

En las antologías II y III de Ediciones Evohé tiene publicados un relato y un poema (*La claridad de tu amor a través de mi ventana*, *Te veo*).

En el año 2006 ganó el primer premio de relatos de Ocafriki con *Aspirante a guerrero* y en diciembre de 2011 obtuvo el tercer puesto en el XXVIII concurso literario Picarral con su relato juvenil *Rocío Dark Violet*.

En febrero de 2012 salió publicado *Ese amor que nos lleva*, de la editorial Rubeo. Esta convocó un concurso de relatos en 2011 para hacer una antología y *Eurídice* fue uno de los seleccionados como ganadores.

En mayo de 2012 Mundos Épicos publicó su novela de fantasía juvenil *Pacto de piel*; así como Ediciones Babylon publicó su novela romántica adulta de ciencia ficción space ópera *Hipernova*, una fusión de géneros en la cual es pionera en España.

A finales de 2012 participa en la antología benéfica *Ilusionaria III* con su relato

*Despierta, dragón esqueleto*, escrito junto con su hijo Santiago e ilustrado por Laura López.

En enero de 2013 Ediciones Babylon publicó su relato *El manual de la esposa perfecta*, una comedia romántica paranormal.

En mayo de 2013 participa en la antología benéfica *Catorce Lunas*, publicada por Ediciones Kiwi, con su relato *Rocío Dark Violet*.

Por último, está representada por Agencia Autores desde inicios del año 2013 y tiene el libro técnico *Belly dance: The teacher's book*, publicado en *Create Space Amazon*, en inglés y en español, en el año 2010.